

*Conversación
Bajo la Lluvia*



Jessiea Machado

Contents

[Título](#)

[Copyright](#)

[Dedicación](#)

[Nota Marginal](#)

[Preludio](#)

[Capítulo Uno Caluroso Plenilunio](#)

[Capítulo Dos En Algún Lugar de los 80 y los 90](#)

[Capítulo Tres Onceavo](#)

[Capítulo Cuatro El inicio de una Obsesión](#)

[Capítulo Cinco Tiempo sin tiempo](#)

[Capítulo Seis Ataques de Lujuria Reprimidos](#)

[Capítulo Siete Declive y Caída en el Falso Olvido](#)

[Capítulo Ocho Cartas sin Orden](#)

[Capítulo Nueve El Demonio](#)

[Capítulo Diez Soñando con Z](#)

[Capítulo Once El Oscuro Capítulo de mi Vida](#)

[Capítulo Doce Encuentro Fallido](#)

[Capítulo Trece Febrero](#)

[Capítulo Catorce Recuerda el Agua](#)

[Capítulo Quince Despecho](#)

[Capítulo Dieciséis La Canción de Kenny](#)

[Capítulo Diecisiete Tripolar](#)

[Epílogo](#)

[OTROS LIBROS DE JESSICA MACHADO](#)

Jessica Machado

España

Librosjessicamachado@gmail.com

Conversación Bajo la Lluvia

Jessica Machado

Título Original: Conversación Bajo la Lluvia
Autor: Jessica Machado

Adaptación de cubierta: Jessica Machado
Imagen de la cubierta: Chica sentada sobre un sillón, con fondo de lluvia,
diseño de Jessica Machado
Primera Edición Diciembre 2018

ISBN: 131-216-960-200-1
Copyright © año 2013 Jessica Machado
Todos los derechos reservados.
Publicación Independiente

AZ

Nota Marginal...

En este intento de corto relato, se encuentran fragmentos que fueron adheridos a otras historias de mi autoría, en un intento desesperado de volver fantasía a los anhelos originados de realidades poco tolerables.

Preludio

Estos últimos días me encuentro pensando en Él.

En su rostro aguileño, sus ojos marrón claro, con leves rayos verdes.

Su risa macabra, los lunares simétricos en sus mejillas, "sus ojos de repuesto", como solíamos bromear.

La forma en que me abrazaba por la espalda, apretándome contra su cuerpo.

La forma en que me quedaba dormida en su cama, rozando sus dedos con los míos, casi pegando nuestras frentes.

Cuando nos sentábamos en el muelle a pretender que pescábamos, cuando realmente lo que hacíamos era compartir un tan necesario silencio. Su frustración cuando no podía pescar ni una lombriz. Mi inevitable ataque de risa al verlo lanzar las carnadas al canal en frustración.

Su costumbre de llamarme marciana cada vez que me daba alergia, y yo comenzaba a hablar con voz chillona.

El día en que discutimos cuando íbamos en la moto y decidí bajarme, para caminar de regreso a la casa, y después verlo devolverse, pidiéndome que me subiera a la moto, manejando lentamente a mi lado hasta que cedí.

Las horas, minutos (no lo sé), qué pasábamos en la piscina enredados en nuestros brazos, balanceándonos en el agua. Su respiración contra mi oído.

Esa noche de Halloween en que casi nos besamos en la calle fuera de su casa. Si tan solo no nos hubieran interrumpido.

Las conversaciones que solíamos tener tarde en la noche, hablando de cualquier tontería que se nos ocurriera.

Esa Navidad en la que dijo que yo siempre sería el amor de su vida, pero, pero, ¡maldito pero!

Todos esos recuerdos se arremolinan en mi mente, y escucho a mi corazón romperse una vez más.

Él es el Él en letras mayúsculas, porque es Él único en mi mente, Él único que me hace querer lanzar todo el contenido de mi cuarto por la ventana, y al mismo tiempo es Él único que me obliga a mantener la calma. Él es y siempre será Él único al que quiero de verdad. Él es el Él. Por muy idiota que sea.

Maldito sea mi subconsciente, obligándome a recordarlo, a soñar con Él.

Justo cuando creo que olvidé todo, o al menos creo que ya no me

molesta, que ya no me duele, que ya lo superé. Mi subconsciente viene y me jode una vez más.

Recordar el futuro es el peor de los castigos, y cada vez que todos esos condenados recuerdos sacuden mi cabeza, los recuerdos del supuesto futuro que tendríamos, me atacan una vez más.

Lo amé con locura, con pasión, lo amé a distancia, porque era muy pronto, para ese entonces la edad si importaba. Yo me apresuré en nacer antes, y Él se tardó mucho en nacer.

Estoy cansada de mentir, de decir que no me importa, que se joda. Cuando lo único que quiero es regresar atrás o al menos que el destino lo regrese a mi vida.

El maldito amor de mi vida. Que broma tan cruel, hacerme conocerlo desde pequeña, para que luego fuera arrebatado de mis manos. Por capricho, por ego.

Sí me he enamorado de otros, no puedo decir que no, pero inconscientemente elijo a los que no son adecuados, saboteándome a mí misma, castigándome de alguna forma, por haber esperado demasiado, por sucumbir ante la presión social. Por ignorar mis instintos.

Siempre será el amor de mi vida.

Quiero dejar de sentir esto, quiero seguir con mi vida.

Pero, ¿cómo se supone que haga eso, si mi estúpido cerebro se reusa a escuchar razones y simplemente no lo olvida?

Los recuerdos de Él tocando una canción de los Bittles torpemente en una guitarra, una canción que ahora no puedo escuchar sin sentir que algo se quiebra dentro de mí.

No soy Adele, no quiero a alguien como Él, lo quiero a Él, pero no quiero rebajarme a ir hasta su puerta e irrumpir en su vida para preguntarle si puede cambiar de opinión. Puede que sea orgullo, o ego. No lo quiero hacer.

Estábamos destinados a ser, pero no somos, lo fuimos, pero no lo somos.

Esa sensación en mi pecho atacándome, lágrimas amenazan con salir de mis ojos. Quiero paz, quiero poder encontrar a alguien que me haga olvidar esto, que me haga olvidarlo a Él.

Pero creo que eso también es parte del problema, mientras más diferentes son a Él, más me rompo, porque no son Él.

Siempre arruinando todas las relaciones que pudieron ser algo, solo porque mi necio cerebro se reusa a olvidarlo.

He rechazado tres propuestas de matrimonio porque no los quería a ellos, a ninguno de ellos. No los amaba. Y tampoco era que estaban forrados en billete. Bueno, uno de ellos sí, pero...

Pero el solo pensar, en pasar el resto de mi vida junto a alguien que simplemente me exasperaba en una forma terrible, que no me inspiraba ni un solo mal pensamiento, tenía sabor a infierno. Uno peor que este.

Me convertí en este monstruo. No es que no crea en el amor, de hecho le tengo un pavor terrible. Solo creo que el amor está sobrevalorado.

Después de una terrible experiencia decidí que no iba a dejar que nadie me lastimara más nunca, y dado que mi corazón ya estaba destrozado, mal remendado con curitas, decidí dedicarme a la vida feliz.

No quiero novios, no quiero a nadie llamándome a cada segundo, preguntándome ¿Dónde estoy? ¿Con quién estoy? ¿Qué estoy haciendo? No quiero presiones, no quiero amarres, solo quiero amigos con los que de vez en cuando libere la tensión. Y los he tenido; solo dos, o tres. Tampoco soy una gran y monumental puta, pero si trato de vivir mi vida sin complicaciones, hasta que llegue alguien que valga la pena.

Algo me dice que Él no va a regresar a mi vida.

Cómo lo amé, como aún en cierta forma lo amo, como sigo pensando en Él, soñando con Él. Deseando estar con Él.

Me da tanta rabia pensar que quizás debí hacer algo diferente, ¡demonios! Hacer todo diferente.

Era el amor de mi vida y lo dejé escaparse de mis dedos.

Mi ataque de rabia, al pensar en la mujer que eligió.

Recuerdo que vi clases de criminología, lo cual me da una guía perfecta para perpetrar el asesinato perfecto y no ser atrapada.

No. No puedo hacer eso, no puedo seguir sumando más karma sobre mi alma.

Pero ¡maldición cómo lo extraño!

Odio no poder saber a qué saben sus labios, o cómo es estar con Él.

¡Alguien consígame un Delorian! Necesito viajar al pasado. Necesito gritarle a esa tonta niña de dieciséis años que se deje de melodramas y se viole al carajito de una buena vez.

Z, es la forma en la que mi mente se ha empeñado en llamarlo, como si reemplazar su verdadero nombre con una runa o una simple inicial pudiera exorcizarlo de mi mente.

Hace pocos días soñé que Z estaba en mi casa, estábamos en mi cuarto encerrados, besándonos, y comencé a buscar el preservativo que me queda en el estuche. Creo que hasta debe estar vencido, porque tengo tanto tiempo que no uso uno. Lo llamo el de la suerte, porque cuando es el último que me queda en el estuche, allí es cuando la relación de turno se termina.

En el sueño estábamos atrapados entre nuestros brazos, y cuando estábamos acabando, lo escuché gemir en un grito, tapé su boca de sopetón riéndome.

Y ¡maldita alarma! Mi móvil sonó. La puta alarma del despertador.

Me desperté, tratando de acallar esa voz en mi cabeza que me pide buscarlo, llamarlo, pero no lo haré, Él tiene su vida. No pretendo buscarlo.

Él tomó su decisión, la equivocada, pero, eso fue lo que Él decidió.

Durante años he intentado escribir esta historia, pero cada vez que llevo unas cuantas páginas, la rabia se revuelve en mí, y borro el documento.

Deshaciéndome de Él.

Pero me vuelve loca el hecho de que a pesar de tantos años sin ver su cara o escuchar su tonta voz, siga recordándolo como si todo solo hubiese pasado ayer.

Voy a intentar darle coherencia a todo este asunto, a pesar de que muchas veces la realidad se me nubla y se mezcla con mis sueños. Todos y cada uno de mis sueños sobre Él son excepcionalmente reales, nunca sé que estoy soñando hasta que despierto y me encuentro con la agria realidad.

Esta historia no solo es mía, involucra a mucha gente y experiencias que quisiera borrar o cambiar. Pero todas y cada una de estas personas y vivencias, se relacionan de una u otra forma con este ser oscuro que acosa mi mente.

No puedo comenzar la historia con el día en que lo conocí, porque realmente no recuerdo cuándo fue el día en que lo conocí. Yo solo tenía tres años y Él usaba pañales.

No. Esta historia comenzó incluso antes de que alguno de los dos existiera, antes de ser siquiera un proyecto de nuestros padres; de hecho no fuimos planeados, ninguno de los dos. Ambos fuimos una sorpresa tanto para sus padres como para los míos.

Aunque de cierta forma siempre fuimos convocados por nuestras madres de alguna forma. Las culpo a ambas por todo este asunto, fue su culpa que todo este desastre ocurriera.

No puedo recordar ni un solo condenado momento de mi vida en que no haya querido estar junto a Él.

Es extraño, absurdo e injusto con mis padres el hecho de que deba admitir, que en mi casa nunca me sentí a gusto o segura. No tiene nada que ver con ellos y siempre hemos vivido en un apartamento, de un edificio decente, en una buena urbanización. Nunca me ha faltado nada.

A lo que me refiero es al dicho de "Tu hogar es donde está tu corazón" y bueno, mi corazón no está conmigo, ni en nuestra casa, está en otro lado, en otra casa, en otro lugar del mundo, lejos de mí.

¡Maldita sea mi suerte!, mi ego, mi condenada necesidad de creer cosas que una persona normal no cree.

¿Cómo demonios se supone que voy a encontrar a esa persona con la que voy a pasar el resto de mi vida, si la única persona que siempre quise, decidió ir en otra dirección?

Sigo recordando un poema que leí hace no mucho, que se sigue repitiendo en mi cabeza, "mi alma hecha un ovillo" no dejo de llevar mi mano hasta ese lugar entre mi pecho y mi cuello, tratando de arañar mi piel, de sacar algo que se arremolina allí. Tan estresada estoy con todo el condenado asunto que tuve que pintar un cuadro en el que representaba el sentimiento. Sin embargo el sentimiento no se va. Los recuerdos no se van.

¿De qué sirve esconder mis viejos diarios, si no puedo deshacerme de este sentimiento? ¡No sirve de nada!

También culpo a nuestras abuelas, dándonos el mal ejemplo de emparejar a miembros de una misma familia.

No importa como lo vea, que tantas vueltas le dé al asunto, Él siempre va a ser un gran nudo en mi garganta, una alarma en mi cabeza, un dolor en mi pecho, que por mucho que he intentado aplacar o de sustituir, no he podido.

Cada vez que lo recuerdo se manifiesta una extraña sensación que nace en mi cuello. Una tira que es jalada. Electricidad que se apodera de mi pecho en el mismo lado. Una carretera que se extiende por todo mi brazo izquierdo, terminando en mi pulgar y dedo índice.

Es una sensación de entumecimiento, de electricidad descontrolada que ruega por salir. Mi mandíbula se torna rígida. No puedo evitar colocar la mano en mi pecho y cuello, de ese lado. Masajear mi mano izquierda con mis dedos, justo en ese espacio que está entre el pulgar y la muñeca.

Una electricidad que no sé si es una buena sensación o un mal presagio...

Todo empezó el día en que todo quedó claro para mí. No había nada que se pudiera hacer. Nada que se pudiera decir. Tal vez es un efecto retardado del golpe que me di. Me estrellé tan fuerte que lo único que pude sentir fue esa electricidad en el lado izquierdo de mi cuerpo. En ese momento la sentí, o me percaté de ello, sé que antes lo había sentido, pero lo confundía con nervios.

Recorro la autopista eléctrica con la punta de mis dedos, partiendo desde el pulgar y culminando en la parte que está debajo de mi oreja. Hasta allí se extiende, se instala en mi pecho y quiero arrancarme esa tira que se tensa.

¿Será una vena?, y si lo es ¿por qué insiste en atacarme?, ¿que causa esa sensación que me vuelve loca?, todos los días está presente, pero es más potente cuando mi cerebro decide desobedecerme y teletransportarse a otros tiempos.

A veces siento el dolor fantasma de una daga clavarse en la parte alta de mi espalda, a la altura de mi hombro derecho, justo donde en otra vida un puñal se clavó. Luego unos dedos rozan mi piel encima de la supuesta herida, dejando un rastro de electricidad.

No entiendo el motivo, se supone que la persona que perpetró esa herida en esa otra vida, ahora está en otro cuerpo, completamente vivo. Y jodiéndome la existencia.

¿Será que esa oscura parte de su oscuro espíritu decidió permanecer vagando en el aire, con la denotada intención de torturarme, de castigarme por crímenes cometidos en otra vida segada por la rabia?

¿Será que aún no ha terminado conmigo? ¿Será que lo que pensé que había sido solventado hace ya tanto, realmente no sucedió? ¿Será que haberlo destrozado todo no fue suficiente? ¿Será que nunca me va a dejar libre?

¿Acaso alejarnos no fue suficiente? ¿Acaso el hecho de que me rompiera el corazón con sus condenados peros y excusas, no fue suficiente? Ahora también ese condenado ápice de su espíritu ha decidido irrumpir nuevamente en mi vida, atormentándome, castigándome.

Él tomo su decisión, yo tomé la mía. ¿Cuándo será suficiente? ¿Suficiente, pesar? ¿Suficiente tormento?

¿Acaso amarlo y tener que dejarlo ir no fue suficiente?

Espero que eventualmente encuentre una cura para este mal. Una vía de escape. Encontrar a alguien que me haga olvidar siquiera el hecho de haber conocido a Z alguna vez. Que me haga olvidar que realmente nunca lo perdí,

porque nunca lo tuve conmigo.

Hace un tiempo cuando pensé que ya lo había olvidado, cuando estaba tratando de abrirme camino en otra dirección. Los recuerdos de Él inundaron mi mente.

Sin embargo eso se fue a la mierda porque, ni era la persona adecuada, ni el momento adecuado, ni las circunstancias adecuadas, simplemente era algo que no debía ser.

Organizar mis pensamientos es realmente difícil, es realmente molesto, no sé que colocar. En qué orden debo hacerlo, ¿por orden de relevancia?, ¿en orden cronológico?

Por lo menos ya pude sacar, de alguna forma cómo fue que todo comenzó, o al menos la forma en que lo recuerdo.

Las páginas en blanco son aterradoras, sigo pensando en ¿Qué tal si Él ve esto? Aunque lo dudo mucho, porque el hombre de carambola lee los anuncios publicitarios en las autopistas, o las caricaturas del periódico, aunque solía ver animes, esos vienen en japonés, y hay que leer subtítulos, y se supone que estudió periodismo.

A veces no se sí lo amé porque simplemente no podía no hacerlo, o si era solo porque sabía que no podría tenerlo. Extraño a la persona que yo solía ser cerca de Él, atrevida y tímida al mismo tiempo; siempre buscando alcanzarlo con la punta de mis dedos, pero sin realmente atreverme a hacerlo.

Siempre recuerdo el momento en que supe lo monumentalmente jodida que estaba, todas las imágenes en mi cabeza, los números invisibles sobre mi cabeza, marcando la cuenta virtual de los años que debía esperar. Por alguna razón visualizaba mi espalda, (la que Él siempre buscaba acariciar) marcada con una "Z" entre los huecos de mi cadera; supongo que por eso en mi mente me ha dado por llamarlo así, y también por eso llevo la runa Sigel que evoca esa letra, tatuada en la parte baja de mi espalda, entre los huecos de mi cadera.

Me sigo pateando internamente por seguir enamorada de ese chico que conocí hace años. No logro entender cómo puede ser. Ya el Él que yo conocí, no existe, Él no es esa persona que yo conocía y amaba en silencio como una adolescente estúpida (porque eso era); ya no lo conozco, y sin embargo cuando veo su rostro, sigo viendo a quién conocí hace todos esos años. Y una voz en mi cabeza me grita "¡no es la misma persona!", una voz que ahuyento dando palmeadas en el aire como si de una mosca se tratara.

¿Cómo se puede superar algo que nunca sucedió?, pero que lo pareció.

Rogándole a la luna que esclarezca mis pensamientos, que me ayude a ver la maldita señal de stop que siempre se ha atravesado en mi campo visual cuando de Él se trata.

Hace muchos años después de sentir que el corazón se me partía en pedazos, después de tanta mierda, me prometí que no pondría mi vida en pausa esperando por algo que quizás, muy probablemente no sucedería. Me pareció que eso hacía, pero la verdad era que sólo estaba pasando el rato, entreteniéndome en banalidades mientras a nivel subconsciente esperaba y esperaba, negándome a reconocer que esperaba por Él.

Así que aquí estoy, pensando en sí debo colocarme el filtro entre cerebro y boca para evitar decir las cosas que me ahogan y no marcar mucha más distancia de la que ya hay. O si debo desbordar todas y cada una de las palabras, apóstrofes y proverbios que necesitan, que urgen, ser liberados después de años en una prisión invisible en lo profundo de mi mente.

Es como si nunca aprendiera de mis desastres, no me gusta crearlos, pero me cuesta tanto evitar crearlos.

Todo esto es una mierda. Quiero contarlo todo, deshacerme de todo esto que me acosa, que me molesta que no me permite seguir adelante con mi vida.

Pero me da tanto miedo, tanta ansiedad. Él me rompió el corazón. No se merece que le escriba un libro.

Él me rompió el corazón, debo repetirme eso a cada segundo, para evitar desear que regrese a mi vida.

Capítulo Uno Caluroso Plenilunio

No sé si algún día realmente Él llegue a ver esto, o si en realidad le interese, solo sé que en realidad no tengo nada que perder al decirlo.

¿Todavía piensa en mí? ¿Mientras camina por su casa, se acuerda que yo alguna vez estuve allí, mirándolo como adolescente enamorada, sentada a los pies de las escaleras, esperando a que apareciera en mi campo visual? Cerca, pero no lo suficiente.

Diez años han pasado y aún sigo pensando en Él. En los lunares en su rostro. En su tonta sonrisa. En sus manos sobre mi espalda. Esa noche entre los pequeños árboles junto a su casa. El brillo que aluciné ver en sus ojos. La forma en que movía sus labios, se veían tan rosados y suaves. Todos y cada uno de esos malditos recuerdos que atormentan mi mente, día y noche.

He intentado callar las voces en mi cabeza que me gritan, que me piden exigir una respuesta a por qué se alejó, o si fui yo la que lo alejó. Durante años intenté establecer una relación con alguien, pero nunca pudo llegar a ese lugar dentro de mí al que Él llegó con simples conversaciones y ratos de silencio.

Muchas veces he intentado encontrar el coraje de buscar a Z, de hablarle, incluso una vez lo hice, las manos me temblaban, gotas de sudor bajaban por mi espalda, y por días esperé una respuesta de su parte, una respuesta que nunca llegó.

Hace diez años dije que no iba a esperar por Él, que no iba a detener mi vida por Él, y realmente lo intenté, pero aquí estoy, diez años después y sigo esperando.

Sigo estando enamorada de ese chico que me hacía reír cuando lo único que yo quería hacer era llorar, que buscaba eliminar mi incomodidad con cosquillas.

Todos mis recuerdos de Él siguen acosándome como un fantasma. Le sueño todas las noches. A pesar de todos mis esfuerzos, sigo estando enamorada de Él.

Por si alguna vez se lo preguntó... cuando me sentaba a los pies de esas escaleras o me paraba en el balcón con la mirada perdida, en realidad no estaba vagando en otros mundos (pero si estaba pensando en alguien, en Él), estaba haciendo cuenta mental de cuánto tiempo más debía esperar, de si

realmente debía esperar, si todo era parte de mi imaginación, si yo estaba enamorada sola; pero luego su mirada, que me hacía temblar de pies a cabeza me sacaba de esa duda. Sin embargo las demás preguntas seguían bailando en mi mente.

Nunca tuvo idea de cuántas veces me abstuve de sentarme a horcajadas sobre Él, y besarlo hasta dejarlo sin aliento.

Recuerdo esa franela negra que llevaba una vez que fui a su casa. La forma en que el sudor bajaba por su cuello, a causa de la calurosa atmósfera de la noche; y las desesperadas ganas que tenía de pasar mi lengua por su cuello. Las cosas que pasaban por mi cabeza, el hambre que tenía de saborearlo entero. Y entonces la macabra voz en mi cabeza me gritaba ¡tiene catorce años!

Luego cuando ya la cuenta virtual de los años que llevaba en mi cabeza llegó a la prometedor edad de dieciséis, me di cuenta que esperé mucho, que alguien más estaba en su vida. Y me dije que así como yo tuve novios a esa edad, Él merecía tener una novia.

Yo soy muy intensa, (lo sé, no hace falta que me lo digan) y no quería presionarlo, nunca me ha gustado presionar a nadie. Pero por esos sagrados y malditos momentos en que estaba cerca de Él, lo único que podía pensar era en quitarle toda la ropa que llevaba puesta (la cual me estorbaba tremendamente), y poder obtener la compensación por todos los años que me obligué a esperar.

Todos esos años, fueron una tortura, verlo y no poder tocarlo, fue terrible. Pero esos años de tortura fueron lo máximo en comparación con estos largos diez años en los que no he podido verlo, en los que no he podido siquiera robarle una mirada.

Si ya sé... que tontería. Pero soy así de cursi, antes escribía poemas (aún lo hago).

Creo que lo que quiero decir, es... realmente preguntar es: ¿sigo esperando o busco en otro lado?

Es en las noches cuando más me acuerdo de Él, por muy cansada que esté, no puedo dormir pensando en Él. Pienso en circunstancias que lleven a vernos, pienso que hablamos, que Él me cuenta sobre su vida y yo le cuento de la mía. Pienso en todas esas veces que sí nos vimos, en las conversaciones que tuvimos. Y luego recuerdo que todas esas veces fueron hace muchos años,

hace tanto tiempo que hasta se me había olvidado el pitido en su voz al terminar una expresión, se me olvidaba que su voz ya técnicamente no es la misma, es diferente, y sin embargo es la misma. Hace tanto tiempo que no nos vemos que se me había olvidado su rostro; pero en las noches, en las noches su rostro vuelve a mi memoria y su voz es exacta.

No es insomnio, porque muchas veces me duermo al rato de acostarme, aunque su rostro, su voz, y su nombre se reproducen una y otra vez en mi cabeza. Pero, hay noches en que todo es tan claro, tan terroríficamente claro, que no puedo dormir pensando en por qué no nos hemos visto.

¿Por qué le pregunta a otros cómo estoy en vez de llamarme y preguntármelo a mí? ¿A caso aún no le ha quedado claro que cada vez que lo hace me lo comentan?

Cada vez que intento buscar una excusa para hablarle, me doy contra una pared: necesito una excusa para hablarle.

No puedo saludar solo por saludar, porque no sé qué decir después de "hola", y mis intentos de conversación siempre mueren al principio.

Hay tantas cosas que no entiendo, que no cuadran en mi cabeza. No veo lo que no existe, veo lo que es; lo que quiero ver no está a la vista, y lo que veo me molesta, me confunde, me causa ansiedad. Tengo tantas preguntas, preguntas que he hecho y han sido ignoradas, o que Él ha respondido de forma vaga e inconclusa. Cómo detesto las respuestas inconclusas, de contenido ambiguo que no dicen nada, intentando decir algo, pero debido a su naturaleza ambigua, no son una respuesta en realidad.

Quiero verlo y gritarle, exigirle algo que no me debe, pero en lo que está en mora desde hace muchos años. Preguntar y preguntar hasta que me de las respuestas exactas; pero eso sería tortuoso y no llevaría a nada más que más molestia, confusión y ansiedad.

Intento dormir, pero no puedo.

La mente me da vueltas y millones de cosas se conglomeran a mí alrededor.

No puedo dejar de pensar en cosas, de todo tipo: reales, imaginarias, deseos, sueños; qué hice, qué quiero hacer.

No tengo descanso.

La cabeza me late y comienza a doler, nada me entretiene, y me desespera más.

Intento respirar, pero solo hace que escuche el tic tac del reloj como a

una bocina en mi oído.

El sonido de polillas volando a mí alrededor, el aleteo de sus alas de pétalos acercándose a mi oído.

El calor de las sábanas me abrumba, haciéndome sudar, acelerando y obstruyendo mi respiración.

Camino un poco, intento calmar mi mente con aromas de té caliente, pero sólo me pone más alerta, a la expectativa.

Cada noche es igual, deseos y recuerdos se confunden en mi mente, y cuando finalmente logro atajar un sueño, es extraño, impaciente, y me despierta constantemente.

Poco a poco la oscuridad se desvanece, apareciendo el canto de las aves, trayendo un nuevo día. Aún cansada, con martilleos en mi cabeza, aún sin poder aplacar todos los pensamientos sin sentido, aun analizando sueños, repasando cada segundo.

Y en ese breve momento en el que mis ojos captaron su inesperada presencia, me di cuenta que todo el vacío que sentía por dentro, todo el dolor que me dejó su ausencia, todos mis intentos fallidos, todo eso dejó de existir, porque en ese preciso momento me di cuenta que estaba equivocada, que siempre lo estuve.

No había razones para esperar, no había que llevar una cuenta virtual de los años, porque todo eso era irrelevante, Él era mío, y yo lo alejé de una u otra forma, yo fui la que lo alejé, con dudas, dando pasos atrás, retrayéndome.

Y ahora el destino me estaba dando una nueva oportunidad, o más bien una buena patada en la cara, gritándome, mostrándome con un gran cartel de luces de neón, que o tomaba ahora lo que siempre fue mío, o lo dejaba irse para siempre.

No supe cómo reaccionar, y lo único que hice fue empeorar una situación que ya era bastante jodida, simplemente actué como una completa perra, fui grosera y pedante, actué como una exnovia celosa, cuando realmente nunca llegué siquiera a estar en esa lista.

El sueño llega a mí a mitad de mañana, y duermo en la tarde hasta que el ruido de las llaves en la vieja cerradura de la reja de mi apartamento me obliga a despertar de mis sueños de redención. Me levanto rápido y cierro la puerta de mi cuarto, no quiero ver a nadie. Finalmente estaba durmiendo, y no solo eso, estaba con Él, estaba en sus brazos, estaba en el lugar al que pertenezco.

La voz de mi madre me llama desde el otro lado de la puerta de mi cuarto, avisándome que ya llegaron.

Ya lo sé. Pienso con amargura.

Mi madre sigue llamándome para que salga del cuarto. Respiro profundamente tratando de tragarme las lágrimas que amenazan por salir de mis ojos, sostengo mi pecho sintiendo que algo lo golpea internamente.

Me levanto de la cama y busco mi ropa para vestirme. Me gusta dormir completamente desnuda, la tela de las sábanas ya me molesta lo suficiente como para agraviar el asunto usando ropa que se arruga y molesta contra mi piel.

Me observo en el espejo tratando de cambiar mi expresión de rabia. Esto es su culpa. Si ella solo hubiese mantenido su boca cerrada, si no hubiese sido tan ella, haciendo a los demás sentirse menos. Entonces esto no estaría pasando, tal vez yo no me sentiría tan vacía. Sin rumbo (sorry mom).

Capítulo Dos

En Algún Lugar de los 80 y los 90

Había una vez dos primas, una mayor que la otra por un año y medio, ambas poseedoras del mismo nombre. La madre de una, es la tía de la madre de la otra.

Una de ojos verdes aguarapados, la otra de amplios ojos marrones; ambas de cabellos castaños oscuros, la misma estatura, y el mismo deseo de ser una mejor que la otra. Sin embargo ambas buenas amigas, casi hermanas, ambas rivales. Siempre planeando alguna travesura que eventualmente metía en problemas a las primas de una y hermanas de la otra.

La mayor de ellas fue criada por una tía, que a su vez es tía de la madre de la otra.

Sí, es un poquito complicado el asunto. Pero así era la vida en esa época, si no podías mantener a un hijo o simplemente no sentías suficiente apego hacia la criatura, se la cedías a algún familiar dispuesto a criarla.

Así pasó con una de ellas. Su mamá no podía o no quería tenerla a su cargo, así que se la dio a su hermana que ya estaba casada y no podía tener niños para que esta la criara, pero como era un asunto de familia, y en las familias nunca hay secretos, la niña sabía quién era su verdadera madre, aunque nadie hablaba del asunto, al menos no en su cara.

Ambas niñas eran un desastre a punto de ocurrir en cualquier momento. Siempre fueron así.

Cuando ya ambas estaban en sus veinte pocos. Una de ellas tenía un novio al que su familia adoraba, un hombre universitario, magister y demás. Pero en personalidad... en mi opinión era y sigue siendo una porquería de hombre (no soy la única que lo piensa).

El caso es que cuando la más joven, ya no tan niña, regresa de España después de vivir años en otro tipo de sociedad, sintiéndose como cucaracha en baile de gallina, fue arrastrada por su prima querida y el novio de esta a una fiesta de disfraces típicas de los carnavales; allí ella conoció al hombre que dos años después sería su esposo.

La mayor de las primas se casó al poco tiempo después de salir con el tipo con quién estaba (sí, soy despectiva con él y tengo mis razones), el cuál para ese momento al mismo tiempo estaba saliendo con otra mujer, a la que por años le escuché mencionar en las reuniones familiares cuando se pasaba

de copas (siempre estaba pasado de copas). La prima de mayor edad se quería casar y fue de echo ella quién le pidió matrimonio a la piltrafa, a lo que él malcriadamente le puso como condición que si se iban a casar tenía que ser ya. El hombre estaba un poco despechado porque la otra mujer se había enterado de la existencia de esta, que le había pedido matrimonio.

El matrimonio fue sencillo y planeado con premura, una opaca ceremonia civil. Ella se vistió de blanco porque como cualquier novia ese era su deseo. El "magister" con el que contraía nupcias muy despectivamente arremetió contra su vestido blanco, alegando que no era una ceremonia por la iglesia.

Yo, particularmente yo, no me caso después de eso, pero era otra época, y ella pensó que estaba pescando un pez gordo.

La ceremonia ocurrió, y esa misma tarde se les esperaba un pequeño agasajo en la casa de los padres de ella, al cual el magister no quiso asistir despreciando así a sus nuevos suegros.

Un par de años después, la más joven de las primas se casó con el hombre que conoció en esa fiesta de disfraces. A diferencia de su prima mayor, ella contrajo nupcias en una iglesia, dos horas después de la hora pautada, porque el chofer decidió irse a comer perros calientes antes de buscarla, y esta prácticamente tuvo que subirse a un taxi u autobús vistiendo un vestido de novia que odiaba, pero que debía usar o la costurera (que era amiga de su abuela) se ofendería. Después de la retardada ceremonia, le siguió una celebración en un salón de fiestas junto a familiares y amigos.

Un año después de las accidentadas nupcias la menor de las primas tuvo a su primera hija (yo).

Yo nací después de torturar a mi madre por día y medio, luchando por salir (creo que por eso soy claustrofóbica), porque el médico de turno, estaba extremadamente ocupado en un bar con sus amigos y colegas, y no podía ir en ese momento a atender el parto. Y por teléfono le ordenó a la enfermera que le aplicara pitocin a mi mamá para que esta dilatara (ella no podía).

El asunto es que en principio mi madre quería una cesárea, pero como el doctor no estaba presente no podía realizarse. Después de muchas horas de dolor y sufrimiento, yo casi sin oxígeno dentro del vientre de mi madre, el doctor decidió hacer acto de presencia realizando una terrible cesárea, y de paso como sus manos estaban temblorosas producto del alcohol y ¿quién sabe qué más? El doctor decidió utilizar fórceps; un instrumento que ya para ese tiempo era algo que no se usaba casi, al menos no por médicos decentes. Pero

como el muy poco profesional doctor estaba ebrio utilizó eso contra mí.

Casi nos mata a mí y a mi madre debido a su mala praxis. Pero afortunadamente nada malo pasó. Y lo que el día en que nací parecía ser una laceración bastante fea en mi rostro, ahora solamente parece una adorable mueca que muchas actrices tienen también (vale acotar).

Un año después tuvieron otra hija. Mi hermana. El nacimiento de ella fue menos acontecido que el mío, lo único que vale mencionar es que nació amarilla y mi bisabuela se antojó de vestirla de amarillo, lo cual la hacía ver bastante extraña, pero más allá de eso, no pasó nada extraordinario.

Durante los primeros años en que la mayor de las primas estuvo casada, se separaba muy seguido de su esposo, a causa de peleas de carácter colorido (el tipo es una plasta, es amigo de mi papá, pero sigue siendo una plasta) sin embargo, ella tampoco era un ángel.

Cuando yo tenía dos años, la prima de mi mamá tuvo una fuerte pelea con su esposo, y se separaron por meses, y ella decidió buscarse otro tipo de hombre en su vida (la relación era un secreto a voces).

Un día llamaron a mi mamá para que fuera a ver qué le pasaba a su prima. La mujer se había desmayado en su lugar de trabajo y nadie sabía qué le ocurría, y como es costumbre en esta familia, todo el mundo pensó que era una tragedia. Al llegar mi madre al hospital, encontró a su prima con un ataque de nervios. Por la forma en que hablaba y se expresaba, daba a entender que o estaba realmente enferma o se estaba muriendo.

Vaya la sorpresa de mi madre cuando su prima le dice: "No estoy enferma. Estoy embarazada" lo que mi madre en su forma inocente de ser tomó como una buena noticia, porque su prima tenía muchos problemas para quedar embarazada. Pero lo siguiente que escuchó de su prima fue: "No es bueno, porque mi esposo y yo hemos estado separados por meses".

Como personaje de caricatura, mi mamá casi no se cayó de culo. A alguna de las arpías de la familia se le ocurrió confabular, para que ella (la prima de mi mamá) regresara con su esposo, y luego decirle que estaba embarazada. Este plan obviamente infantil nunca se ejecutó. A pesar de que el magister sabía perfectamente bien que ese niño no era suyo, igual decidió criarlo y quererlo como suyo propio. Y a su vez le dio tres nombres bastante fuertes, nombres de filósofos. Siempre pensé que le dio esos nombres como una especie de venganza.

El niño. Él, Z. Mi primo. El ser oscuro que atormenta mi alma, nació

durante el famoso "Caracaso", el día en que todo el país estaba en caos, tanques de guerra circulaban por las calles principales de todo el país, la gente se asesinaba en las calles como si estuvieran en un campo de guerra.

Yo estaba escondida en el armario del cuarto de mis padres junto a mi hermana, con trapos impregnados de vinagre sobre nuestra nariz y boca para que no nos afectaran los gases lacrimógenos que impregnaban el ambiente. Esta era (y sigue siendo) una táctica que empleaba la Guardia Nacional para dispersar las conglomeraciones de personas en las calles. Mi familia vivía en ese entonces en el hervidero: Guarenas, el mismísimo epicentro en el que comenzó la revuelta.

Después de que la prima de mi madre lograra salir de Guarenas, dónde ella también vivía, y atravesara toda la ciudad capital, evitando ser desviados de su camino, llegó a la clínica y tuvo a su hijo.

Debido a este capricho de la naturaleza, siempre molesté a Z alegando que Él era inadaptado porque cuando nació, el aire estaba impregnado de gases lacrimógenos. Creo que nunca le gustó esta broma, porque su rostro se endurecía cuando yo muy maliciosamente narraba el acontecimiento cada año en su cumpleaños. Pero Él también sabía cómo ser molesto, así que se la calaba.

El primer recuerdo que tengo de Él es de cuando yo debía tener unos cinco o seis años (no estoy segura), fue en una fiesta de disfraces, por ser carnavales (sí, ya noté la similitud), en el salón de fiestas del edificio en el que Él vivía. Era el cumpleaños de Z.

Creo que cumplía tres o cuatro años. Él estaba disfrazado de dálmata, y su hermana que era una bebé de brazos, estaba disfrazada de hada. Mi hermana y yo llevábamos disfraces de vaqueras, con nuestros sombreros, botas, y pistolas de agua a los lados.

Z estaba llorando. Por alguna razón cada vez que lo veía mientras éramos niños Él siempre estaba llorando malcriadamente por algo. Esta vez lloraba de forma molesta y para que se callara la boca le di una de mis pistolas, la cual perdió o rompió (no estoy segura); el asunto es, que después del poco rato de darle la pistola, Z estaba llorando otra vez.

Quería golpearlo, patearlo, gritarle, me tenía aturdida. No estoy segura de si hice alguna de esas cosas, probablemente sí, pero no lo recuerdo.

Después de eso, recuerdo que cuando éramos pequeños el niño solía

robarme mis juguetes, escondiéndolos en los bolsillos de su pantalón o en su bolso. Más específicamente, siempre se robaba un canguro bebé de plástico naranja que teníamos mi hermana y yo, y cada vez que yo iba al apartamento de sus padres y veía el canguro por algún lado, lo agarraba y lo guardaba en la cartera de mi mamá.

Un día estaba en el apartamento donde Él vivía con su familia. Estábamos comiendo en la cocina, la comida era pasta con salsa napolitana. Recuerdo exactamente que comida estábamos comiendo porque la pasta así no me gustaba, y fue entonces cuando descubrí que si le pones queso crema a la salsa, sabe mejor. Cosa que hice por muchos años antes de desarrollar un mejor paladar.

Estábamos comiendo en la pequeña mesa en el centro de la pequeña cocina, y de repente viré la vista a mi izquierda donde estaba el área donde su mamá tenía la lavadora y demás cosas que no cabían en el apartamento, y allí en un estante, arriba de unas bolsas, vi a mi canguro de juguete. La ira se desató y agarré mi tenedor. Con mi mejor cara de asesina le dije a Z que si volvía a tomar mi canguro de juguete le iba a clavar el tenedor en un ojo.

Sí ya sé, tengo problemas de ira, pero Él siempre supo cómo despertar la peor parte de mí.

Al final de la tarde trepé para tomar mi canguro de plástico y lo guardé en la cartera de mi madre.

A pesar de que a veces Z y yo teníamos nuestras peleas, eventualmente nos volvimos bastante cercanos. A pesar de que el niño me llevaba al borde de mis casillas, siempre tuve el impulso de defenderlo, de aliarme con Él, para cualquier plan siniestro o travesura.

Cuando yo tenía como unos diez u once años, fuimos para la casa de Z el día de su cumpleaños, y recuerdo que el niño estaba teniendo una pataleta porque quería un carro de carreras a control remoto. Su mamá no recuerdo qué fue lo que le regaló, pero su papá estaba vociferando que había que comprarle el carro al niño.

Yo no podía dejar de pensar, "alguien por favor dele una cachetada a este niño". Ya me tenía harta.

Su papá lo tranquilizó después de un buen rato diciéndole "mañana vamos a comprarte el carro". Después de eso, Z se calló la boca.

No tenía idea de que en los próximos meses Él se transformaría en algo más que mi molesto y malcriado primo.

Meses después mi mamá y la prima, se aliaron para colocar un stand en el bazar navideño en la urbanización en la que vivía la prima, y pasamos una increíble cantidad de tiempo juntos, creo que casi todos los días.

Capítulo Tres

Onceavo

A veces se me olvida que lo amé, que lo extraño. A veces se me olvida que aún lo amo. A veces se me olvida que nunca fuimos algo. A veces.

Mi memoria no siempre es muy buena, pero hay veces en las que puedo recordar cosas con tanta claridad como si estuviesen ocurriendo en este preciso momento, a veces son varios recuerdos revueltos, recuerdos que me llevan hasta ese momento, ese preciso momento en que me di cuenta del grave problema en el que estaba.

Era una mañana de Febrero, el clima era caliente, mi franela blanca de educación física estaba sudada, pegada a mi espalda, gotas de sudor caían por mi columna produciéndome escalofríos. Estaba cansada de gritarle al equipo de fútbol de mi instituto y decidí levantarme y caminar por el campo de béisbol. La tierra seca se adhería a mis zapatos, mientras yo pateaba el campo de tierra, una de mis compañeras de clases me estaba contando sobre el tipo mayor con el que estaba saliendo y yo no podía dejar de pensar en que eso era atrevido y que yo quería desesperadamente que un chico me besara.

Me enfoqué en el círculo de chicos del noveno año reunidos a un lado de la cancha. Entre ellos el chico que me gustaba, no era el más atractivo de todos (ninguno era atractivo en realidad), de hecho era delgado, con corte de "Salserín" y una terrible inclinación a James Dean. Una vez en el autobús, mientras me dirigía a mi casa, el chico que me gustaba se subió en una de las paradas, esperó a que el asiento junto al mío se desocupara y se sentó a mi lado; sus dedos jugaban en mi muñeca, en el espacio entre mis pulseras, sus ojos trataban de entrever dentro de mi franela de chemise azul del uniforme del instituto.

"Vamos a mi casa" me pedía, "¿qué es lo peor que puede pasar?"

Millones de cosas pasaron por mi mente una de ellas como por ejemplo "que yo termine sin mi franela de chemise azul o algo más".

Fácilmente podía imaginarme la escena, paso por paso, caricia por caricia, beso por beso. Pero la irritante voz de la cordura me guió en la dirección correcta y con mis entrañas doloridas me bajé en la parada frente a al edificio en el que yo vivía.

"La niña más linda de todo Palo Verde" así me llamaba ese chico. Era

agradable la forma en la que me hacía sentir. Cada vez que me veía en la calle me gritaba "allí va la niña más linda de todo Palo Verde". Mi ego se inflaba cada vez que decía eso. Y mucho más se inflaba cuando las chicas de su salón se molestaban por eso.

Pero bueno; allí estaba yo en la cancha de béisbol, debajo del calor infernal de Febrero. Me quería quedar allí en las canchas, porque la alternativa era estar en casa viendo tele y sola. Quería estar con gente; mi madre nunca me dejaba salir ni a la esquina.

Tenía que aprovechar mis pocos momentos de supuesta libertad.

Desde el rabillo del ojo, vi a uno de sus amigos trotar hasta donde yo estaba muy cómodamente chismeando. Su amigo era alto, bastante alto como una rama de un árbol: larga, delgada y tostada. El sol brillaba tanto que tuve que cubrir mis ojos. Aparentemente había tremendo alboroto entre su grupito, y el chico que me gustaba "quería hablar conmigo". Comencé a sudar frío, mis manos temblaban.

Nada bueno nunca sale de esa expresión.

Me armé de valor. Me levanté de mi seguro murito bajo la sombra y comencé la larga marcha, o al menos para mí fue una muy larga marcha. La tierra de la cancha se levantaba con cada paso que yo daba y se me metía en la boca y la nariz, el monte a un lado desprendía ese aroma a monte recién cortado y a tierra seca. Mis oídos estaban sordos con un resonante pitido que no dejaba de sonar. Mi corazón latía furioso queriendo escapar de mi pecho, mis manos estaban temblorosas y mojadas de sudor, así que comencé a jugar con mis pulseras sólo para tener algo que hacer con mis manos.

El chico que me gustaba me veía extraño, también parecía estar nervioso, y más nerviosa me puse. La conversación comenzó con un incómodo "hola". El pitido en mis oídos era bastante molesto y cuando escuche las patéticas palabras "no eres tú, soy yo" quise reír histérica y llorar al mismo tiempo. "Me gustas, pero acabo de salir de una relación", yo estaba muda al escuchar el estúpido monólogo de este chico. Puse cara de no me importa, a pesar de que mi garganta me dolía de aguantar los sollozos y las lágrimas. No espere a que él terminara de hablar, sólo comencé a caminar para alejarme de él, alejarme de las miradas chismosas de sus amigos. El pitido en mis oídos se transformó en un sonoro gong que sonaba y sonaba, volviéndome loca. El sol era muy brillante y hacía que mi cabeza me picara.

No pude más y salí corriendo y no me detuve hasta que estaba fuera de la

cancha, y luego seguí corriendo sin detenerme hasta que estaba en la entrada del parque frente a la entrada de las canchas. El aliento completamente fuera de mis pulmones, con pesadez en el pecho y un maldito ataque de asma amenazando con molestar. Sintiéndome acorralada, con el pecho oprimido, lágrimas nublando mi visión, la rabia emergiendo de lo más profundo de mí y la voz en mi cabeza que me gritaba histérica "¡Sal de aquí!".

Salí corriendo por el campo de béisbol en el que jugaba mi instituto, no solo por el hecho de que este imbécil, me rechazara, sino porque sumé eso a la sensación desesperante de no poder tener a quién yo quería.

No podía respirar, caí sentada en la entrada del parque, apretando mi pecho, tratando de recuperar la respiración, el pecho se me quemaba por dentro, mi garganta ardía irritada, lágrimas caían por mis mejillas. Hasta que por fin pude recuperar el aliento. En ese preciso momento el chico que me acababa de dar un patético discurso de "tú eres menor que yo" (el era solo un año mayor que yo) me atajaba del brazo obligándome a dar la vuelta. "¿Qué quieres?" Le rugí molesta sacudiendo mi brazo, pero sin poder dejar de llorar. "Tranquilízate" me pidió y pedirle a una mujer molesta que se tranquilice es como intentar apagar un incendio con gasolina. "OK. Me tranquilizo, pero no entiendo nada de lo que acabas de decir, primero me buscas y me buscas, ¡y luego me sales con esto!" Estaba bastante molesta y comencé a levantar la voz cuando me volvió a pedir que me calmara.

"Te vas a hiperventilar y te vas a asfixiar" él trataba de prevenir que me diera un ataque de asma, como a veces me daban cuando respiraba tan trabajosamente como en ese momento "estoy bien" gruñí "¡acabas de salir corriendo cuando estaba hablando contigo!" Me gritó él. "Déjame en paz" le pedí. "¡No puedo, mis amigos creen que soy un idiota por hacerte llorar!" ¿Qué quería que hiciera?, ¿que le diera un palmeada en la espalda, que redactara una nota reflejando que él no era un idiota cuando sí lo era?, me moví a un lado, me trague mis lágrimas, y me obligué a caminar hasta el murito debajo del árbol donde había dejado mi bolso temprano en la mañana. Agarré mi bolso y le dije a mi madre que me iba a la casa, ella como de costumbre estaba en la cancha de fútbol. Ella siempre iba a esas actividades escolares "supervisión maternal". Intenté actuar y aparentar que no acababa de estar llorando, pero mis ojos rojos y mi nariz hinchada, debieron mostrar mi bluff, pero ella por primera vez en su vida no intentó averiguar qué sucedía. Le dije a mi madre que me iba a casa y comencé a caminar fuera de allí. Me regresé

en mis pasos e ignoré cualquier excusa que el chico trato de balbucear en mi dirección.

Mientras caminaba las largas y pesadas tres cuabras hasta mi casa, mantuve mi cabeza gacha, me tragué las lágrimas que amenazaban con salir; a cada segundo pasaba mi mano sobre mi nariz obstruida. El pecho me dolía, creo que era más por el esfuerzo que estaba haciendo para mantenerme respirando, que por cualquier otra cosa.

Recuerdo que fue un viernes (creo).

Pase el resto del día haciendo nada, me quedé sentada en la esquina de la cama de mi madre viendo tele sin verla realmente, parecía un zombie, ni siquiera estaba viendo lo que sucedía en la tele, solo lloraba en silencio. En la tarde mi primito de un año revoloteo por mi cuarto buscando mi atención, pero yo tenía catorce años y estaba ocupada creyendo que tenía el corazón roto. Que tonta.

Horas después mi madre llegó con franelas que nos había comprado a mi hermana y a mí, la mía era blanca con un conejo morado, la franela era bastante infantil de ninguna forma me iba a poner eso para ir a Paparo.

Yo estaba hecha un completo desastre, me sentía como en otro mundo.

La mañana del sábado nos levantamos temprano y fuimos hasta la casa de la prima de mi madre para encontrarnos con ella y su familia para ir a su casa de Paparo. Yo me puse mi pantalón de pana beige a la cadera, (muy debajo de la cadera en realidad) y una franela roja con flores sin mangas y de tela vaporosa, amarrada sobre mis costillas dejando ver mi vientre.

Mi pequeña prima (la hermana de Z, "La Princesa" como solíamos llamarla porque ese era el personaje que usaba siempre que iba a su casa a jugar con el Nintendo), quería vestirse con algo parecido a lo que yo llevaba, pero ninguna de su ropa se le parecía. Z llevaba puesto un bermudas de playa y una franela azul del sindicato del trabajo de su papá y mi papá, con agujeros en todas partes y el cuello terriblemente estirado. Se veía gracioso. Gordito, con los cachetes rojos, sudor en su frente y la ropa escachalandrada "¿Por qué mis hijos siempre parecen llevar ropa de Pepe-Ganga y tus niñas no?" Recuerdo que el papá de mis primos le pregunto a mi mamá e indirectamente a su esposa.

Mi mamá se encargó de decirle a todo el mundo que yo estaba despechada. ¡Como detesto esa palabra! Y como odié a mi madre por ser tan

pajua.

Obviamente Z escuchó mientras mi madre seguía contando que yo estaba deprimida, pensé que iba a empezar a burlarse o algo, pero no lo hizo, de hecho se portó bastante decente.

Cuando logramos subirnos todos a las camionetas yo decidí ir con mis primos y me senté en el maletero con Z. A mitad de camino nos acostamos en el maletero, la cabeza me martillaba; cuando comencé a sentir que estaba mareada me quite los zapatos, porque según mi madre eso ayuda con el mareo. Apoyé mis pies en el borde del vidrio de la ventana del maletero, cruzando mis tobillos uno sobre el otro; los rayos del sol me daban en las plantas de los pies calentando mi temperatura; el martilleo en mi cabeza seguía molestando. Z buscaba a cada rato hacerme cosquillas en el vientre, sus dedos eran cálidos contra mi piel que siempre parece estar fría, o al menos eso me parece a mí. Cada vez que las yemas de sus dedos rozaban mi piel, hacia que mi corazón latiera a millón, pensé que se debía al mareo. Me di la vuelta para verlo por un momento, su graciosa sonrisa enmarcaba su rostro, sus ojos parecían brillar. Asumí que era el reflejo de la luz del sol, el cual era muy brillante, como siempre es allí en Febrero.

Tuve que detener mi mano de estirarse en dirección de su rostro, mis dedos querían acercarse a sus ojos, en ellos parecía ocultarse una nebulosa, una pequeña galaxia de colores marrones y verdes.

"Estamos pasando por el túnel de árboles" anunció Z y se arrodilló en el suelo del maletero de la camioneta. Me obligué a arrodillarme y ver el túnel de árboles; la vía parecía encerrarse entre estos hermosos y frondosos árboles que realmente formaban un túnel, una especie de magia parecía encerrar la carretera, los rayos del sol peleaban por traspasar entre las ramas, cuando el túnel desapareció frente a mí, me di la vuelta para verlo desde la ventana trasera de la camioneta, me quedé observando el túnel de árboles hasta que desapareció en la carretera.

El sol volvió a brillar, y mi cabeza seguía martillando. Mis ojos no enfocaban nada y me recosté en el suelo de la maleta y cubrí mis ojos con mis brazos. Z comenzó a colocar la cubierta de semicuerdo del maletero, y por unos cortos minutos, todo estuvo a oscuras, me arriesgué a abrir los ojos y un fantasma de luz logró atravesar la leve oscuridad atrayendo mi mirada a las nebulosas frente a mí, las brillantes nebulosas en sus ojos.

A mitad de camino nos detuvimos en un local de comida a un lado de la

carretera, en el que vendían pizza, me senté en una mesa en una esquina junto a Z. Él estaba hablándome del carro en la fotografía en la pared junto a la mesa: un Mustang de los viejos. Para mí, Z estaba hablando en chino, pero me gustaba verlo hablar tan efusivamente, con tanto aparente conocimiento del tema, y yo no podía dejar de sonreír como tonta. Recuerdo que en ratos de inconsciencia me encontraba viendo sus labios rosados moverse mientras hablaba. Pero realmente no le presté mucha atención al asunto, no al momento.

La casa de playa de la prima de mi mamá está en una zona vacacional llamada Paparo, queda cerca de la playa, hay que caminar un tramo antes de llegar a la playa; pero, frente a la casa está el canal, el elíptico canal pantanoso que siempre desprende un aroma dulzón e irritante.

Antes de salir de la camioneta esperé a que Z amarrara a los Dobermans en su jaula, me daba pena que los pobres perros tuvieran que estar encerrados, pero mi hermana y yo les teníamos un miedo terrible.

Al entrar a la casa me senté en el suelo junto a Z a jugar con el viejo Nintendo. Él siempre me ganaba las partidas. Yo nunca tuve un Nintendo de mi propiedad y solo jugaba en casa de mis primos. Cada vez que yo perdía una partida yo decía "pobrecita de yo" a lo que Él respondía "pobrecita de tu" en son condeciente. De alguna forma ese gesto potencialmente molesto, solo me hacía sonreír. Aunque mayormente disimulaba mi sonrisa con una mueca.

Los juegos en la piscina eran los más confusos, los que me hacían calentar la sangre, y al mismo tiempo me congelaban presa del pánico. Z de alguna forma siempre encontraba la forma de agarrarme, y apartarme del grupo o hundirme debajo del agua. Me encantaba ver su sonrisa juguetona, las pecas en el puente de su nariz, los lunares simétricos en sus mejillas "sus ojos de repuesto" como me gustaba bromear. Esta táctica producía que mis otros primos se molestaran porque los ignorábamos completamente, y era cierto. Una vez que Z me atrapaba con ese brillo extraño en sus ojos, el resto del mundo dejaba de existir.

A la noche de ese mismo día, todos estábamos encerrados en el cuarto en el que se suponía debíamos dormir en la noche, no estoy segura de quién exactamente fue la idea de la guerra de almohadas, pero, en ese momento me pareció divertido. Estábamos mi hermana, su hermana, Él y yo; y Z tenía una almohada que era dura, y como estábamos jugando con la luz apagada, no se podía ver exactamente a quién le atinabas el golpe, aunque de alguna forma el muy bruto siempre lograba darme con la almohada a mí, hasta que atinó un

fuerte golpe en mi cara. Me quedé viendo estrellitas; el muy tarado de Z me noqueó al punto que lancé un grito de dolor y pedí que pararan el juego.

Mi prima encendió la luz y Z se acercó a mí y me preguntó "¿Dónde te di?" y completamente molesta le grité "¡En mi cara!", a lo que Él me respondió "Pobrecita de tu". Me dejó más noqueada con ese comentario que con el golpe de la almohada en sí, y con ganas de arremeter con un golpe igual de fuerte.

Después de eso, Z se pasó parando el juego a cada rato, porque yo lo golpeaba en la cabeza a cada oportunidad que encontraba.

Al día siguiente llegó otra prima de mi madre con sus hijas, y cuando estábamos todos en la piscina jugando; Z y yo nos metíamos en nuestra burbuja particular en la que constantemente peleábamos, chapoteándonos de agua y hundiéndonos en el agua, completamente ignorando a los demás, una de nuestras primas se molestaba bastante por el hecho de que la ignorábamos. A mi poco me podía importar.

En la noche nos salimos temprano de la piscina porque había muchos zancudos, atraídos por los árboles de mango en el patio de la casa de al lado. La guerra de almohadas fue organizada una vez más y con más gente; una vez más Z y yo dejamos a los demás jugando solos, mientras nos enfocamos en nuestra guerra particular.

Ya entrada la noche, una de nuestras primas (la que se molestaba cuando la ignorábamos) me convenció de ponernos los trajes de baño y regresar a la piscina. Nos pusimos el traje de baño, nos paramos en la puerta principal de la casa, luego salimos corriendo y nos lanzamos en la piscina, salpicando a nuestros padres que estaban en el jacuzzi.

Luego Z y el resto de mis primas se nos unieron y como Z me había hundido en el agua varias veces durante la tarde, decidí cobrar mi venganza hundiéndolo cada vez que podía, empujándolo de la cabeza y los hombros para hundirlo debajo del agua.

En las noches dormíamos los cuatro (mi hermana, "la princesa", Z y yo) juntos en una sola cama, todos apretujados. Me gustaba poder dormir junto a Él, aunque su hermana se la pasaba moviéndose entre los espacios de la cama, subiéndose encima de mí a cada rato.

Una tarde me senté al borde de la piscina. El sol me quemaba la piel de los hombros, aunque la brisa movía mi cabello y refrescaba mi insolado rostro, estaba viendo los insectos muertos siendo tragados por el aspirador de la piscina, me dieron ganas de llorar al recordar lo del chico que me gustaba.

Creo que en algún momento sí comencé a llorar porque de repente estaba limpiando lágrimas de mi rostro. Minutos después escuche a mi lado el sonido de una bolsa de chucherías abrirse. Z se sentó a mi lado, llevaba la roída franela azul que nunca se quitaba "Doritos" me ofreció de la bolsa que Él comía "me gustan los Doritos, podría comerlos todos los días" me dijo con su graciosa voz. No pude evitar sonreír, limpie mis lágrimas y me trague las que amenazaban con salir.

Él siempre supo hacerme sentir relajada con sólo una conversación tan simple como esa.

Al poco rato se me olvidó todo sobre el chico del instituto, y sólo quería estar junto a Z hablando, nadando, inventando juegos, pescando en el canal. Pensé que era sólo porque me caía bien el muchacho.

A los días siguientes mientras le cantábamos cumpleaños a Z. Él cumplía once años. De repente me quede muda, estoy segura de que alguna expresión fuera de lo normal debió formarse en mi cara, alguna mueca, que por suerte nadie vio, todos estaban viendo a otro lugar. Yo sin embargo no podía dejar de ver el brillo en los ojos de Z, su sonrisa incómoda, sus cachetes rojos, su franela azul roída. Sus ojos, ese extraño brillo en ellos. Cualquiera pudo haber confundido ese brillo con el reflejo de la velas en la torta, pero yo no. Yo, de alguna forma conocía ese brillo, lo conocía bastante bien, era el brillo que había estado viendo sin realmente ver, durante todo ese largo carnaval, incluso recordé verlo cuando éramos pequeños.

Un atronador "¡oh mierda!", comenzó a repetirse en mi cabeza, seguido de un "¿cómo será besarlo?", seguido de un "¡tiene once años!" y regresando al "¡oh mierda!".

Inmediatamente entendí aquello de "eres menor que yo, ya algún día lo entenderás", del que tanto quiso convencerme ese chico de mi instituto esa tarde en la cancha de béisbol. Ese día llegó muy rápido, demasiado rápido.

Durante todo el fin de semana se me pasó todo ese malestar que sentía en el pecho a causa de las palabras idiotas de ese chico de mi instituto. Reemplazándolo por ansiedad de querer abrazar a Z, de besarlo, de decirle que estaba enamorada de Él. Pero no lo hice. Aunque tuve una buena excusa para abrazarlo, a demás de las veces en las que Él me rodeaba con sus brazos en la piscina.

Todo cambió para mi ese día, allí de pie ante las luces de las velas de la

torta de cumpleaños, deje de verlo como mi gracioso primo gordito que siempre llevaba una franela azul roída, para ser El gran problema de mi vida; ese día se convirtió en Él chico y luego Él hombre que siempre iba a querer, pero nunca tener. Aunque en ese momento tenía esperanzas de que algún día pasara, de que algún día yo podría decir lo que sentía, la cuenta invisible sobre mi cabeza comenzó y no ha dejado de formularse en mi cabeza desde entonces.

Sigo haciéndome las mismas preguntas, sigo esperando por ese día en que pueda estar con Él, esperando por algo que quizá nunca sucederá.

Puede que fuera ese mismo día o el día siguiente al "O shit! moment" después de pasar unos buenos minutos rogándole a mi papá de quedarnos unos días más en la casa de playa; Z y yo estábamos en la piscina, hablando cuando de repente Él se movió tras de mí, rodeándome con sus brazos, a la altura de mis costillas, rozando sus dedos pulgares en la parte en que mis senos se comunican con mi costado, acariciando mi piel lentamente. Vale recalcar que su "abrazo" constaba en amarrar mis manos entre las suyas, y guindar su dedo pulgar a los listones de mi traje de baño, con la denotada intención de tener mis senos descansando sobre sus brazos, y sus pulgares rozando mi piel. Podía sentir sus dedos acariciando mi piel, su respiración acelerada contra mi nuca, los acelerados latidos de su corazón, al igual que los míos. Su respiración sobre mi oído a la hora de hablarme, en tono bajo medio burlón, pero de alguna forma tembloroso.

"Si te mueves, te rompo la cinta del traje de baño" Z me susurraba al oído.

Yo no podía hacer nada más que exhalar, soltando todo el oxígeno de mis pulmones, mientras me quedaba petrificada sobre sus piernas, sintiendo como acariciaba mi piel y respiraba contra mi oído. Parte de mí quería moverse, y dejar que los listones se rompieran, pero por otra parte, nuestros padres estaban en algún lugar cercano, sin mencionar a nuestras molestas primas, y nuestras hermanas.

Eventualmente su agarre era más liviano, sin apretarme tanto, liberando un poco mis manos. Ya Él no me obligaba a quedarme allí entre sus brazos, yo elegía hacerlo. Entonces Él respiraba con más fuerzas, y yo dejaba mi cabeza ladearse un poco, relajándome.

Si nadie nunca se dio cuenta de eso, ¡pues bien ciegos eran!

Con el tiempo, ya no era solo Él apretándome contra su pecho,

amenazándome con romper las cintas de mi traje de baño, también comencé a notar que se clavaba contra mis nalgas, yo comenzaba a respirar con más fuerzas, increíblemente nerviosa, después de todo, Z tenía entre once y trece años, yo soy tres años mayor que Él.

La batalla en mi cabeza era campante.

Una de esas noches como de costumbre dormimos todos en la misma cama, Él y yo comenzamos durmiendo el uno frente al otro, nuestros dedos rozándose levemente. Pero al pasar la noche, su hermana que se mueve más que un tornado, comenzó a moverse entre las dos camas que estaban juntas, pasándole por encima a todo el mundo (otra vez). Eventualmente Z y yo quedamos en extremos opuestos, el brazo de su hermana sobre mi cara, y las piernas sobre la barriga de Z.

Nunca antes en mi vida había querido asesinar a alguien con tantas ansias como ese día. No solo porque la niña se puso en el medio, sino porque no me dejó dormir en toda la noche y por mucho que la sacudí a un lado, la condenada carajita no se despertaba o se movía.

Una tarde estaba con Z husmeando en una casa cercana a la suya en Paparo. Z decía que la casa estaba embrujada, pero yo realmente nunca sentí nada en esa casa.

Sin embargo si sentía una presencia entre nosotros. Siempre tuve la certeza de que nos conocemos de otra vida anterior, varias vidas de hecho.

Capítulo Cuatro

El inicio de una Obsesión

El primer día fue algo incómodo. Cuando llegué a la casa, un olor extraño inundó mi olfato. En Caracas hay un río en el que desembocan todas las cloacas de toda la ciudad, y casualmente el río pasaba cerca de la casa de la prima de mi madre. No es que su casa estuviera en una zona fea de la ciudad, pero tenía la desgracia de estar en las riberas del asqueroso río Guaire.

Nuestras madres insistieron en que mi hermana y yo subiéramos al cuarto de Z. Mi hermana, decidió quedarse con mi mamá, y yo siendo siempre la más aventurera de la casa, decidí subir a su cuarto, a ver qué tal, y de paso chismear el interior de la casa de tres pisos.

Aún recuerdo como estaba decorada su cuarto, para nada acorde con Él, la mitad de arriba de la pared era blanca, y la parte de abajo era verde agua oscuro, y una cinta de perros labradores al medio, una cama de madera sencilla, y una biblioteca liviana (con muy pocas cosas encima) rodeando a la cama, y en el extremo opuesto un escritorio sencillo de madera y una computadora.

Me senté en la cama, sin saber realmente qué decir, ni qué hacer. Z se recostó de la silla del escritorio, cruzó sus brazos sobre su pecho, y ambos nos quedamos en silencio. Ambos realmente incómodos.

Al no saber exactamente qué hacer, comencé a detallarlo a Él, sus mejillas rojas, los lunares simétricos en sus mejillas, sus negras cejas, sus delgados labios, los ojos que parecían tener una especie de brillo extraño. Él también parecía estar tan incómodo como yo, porque seguía moviéndose contra la tabla del escritorio tras Él, intentando parecer natural, se veía incómodo hasta con la ropa que tenía puesta.

"¿Te gustan los perros?" le pregunté señalando la cinta de su pared.

"Si" me respondió Z con cierta duda en su voz "pero esa cinta la eligió mi mamá" me aclaró después.

Recuerdo exactamente lo que dije porque ese recuerdo por alguna razón quedó marcado en mi memoria (como grabado en piedra).

Después me preguntó si quería ver los gatos que tenían encerrados en el baño. Me encogí de hombros y fuimos a ver a los gatitos. No eran nada del otro mundo, pero el baño de azulejos amarillos apestaba a gato, lo que me dio

alergia (los gatos me dan alergia) y comencé a hablar con voz chillona, y así fue que nació el mote de "marciana" cada vez que me daba alergia. Y a veces Él me llevaba alguno de sus gatos y lo ponía cerca de mi cara para que me diera alergia y empezara a hablar como marciana.

Él era realmente molesto, por eso se aguantaba mis bromas. Después de todo yo me aguantaba las suyas.

Después de ese inicio incómodo, fue que realmente nuestra amistad nació. Si para ese entonces alguien me hubiese advertido que todo se iba a ir a la mierda, tal vez habría continuado tratándolo con cierto hastío.

Durante los días que pasé en su casa, mientras nuestras madres cocían los manteles, cojines y juegos de baño que iban a vender en el bazar navideño, Z y yo jugábamos con las telas, o nos aventurábamos al tercer piso que era una terraza, pero siempre estaba cerrada la reja, y nunca pude salir a esa terraza.

Un día estábamos todos realmente fastidiados (mi hermana, su hermana Él y yo). Y como yo siempre he sido un poco comandanta, y algo disociada, les di la idea de pintar con tiza la pared de ladrillos del patio de la casa.

Cuando los extremadamente feos dibujos estuvieron listos, mi papá y el papá de Z llegaron a la casa y vieron el desastre, ellos nos obligaron a los cuatro a limpiar la pared. Minutos antes los cuatro estábamos tranquilos y felices pintando en la pared, pero cuando nos dijeron que la limpiáramos, allí todos comenzaron a decir que todo había sido mi idea. La hermana de Z se puso a llorar, mi hermana comenzó a chasquear los dientes y a llorar que había sido mi idea, que lo limpiara yo.

Mi papá y el tipo ese, se sentaron en los sillones del área del bar que daba a una larga puerta de vidrio que llevaba al patio, vaso de whisky en mano, observando como nos decidíamos qué hacer.

Tuve que tragarme las ganas de matar a palos a todos y agarré el tobo con agua y unos trapos para limpiar la tiza de la pared. Creo que a todos les dio remordimiento de consciencia, porque minutos después comenzaron a ayudar. Pero estábamos haciendo un terrible trabajo, nos apoyábamos de la pared, nos quejábamos, Z le lanzaba agua del pipote a mi hermana, a su herma, a mí, a lo que yo le respondí lanzándole el trapo. Y entonces todos comenzamos a lanzarnos los trapos sucios los unos a los otros. Mi hermana fue la primera en comenzar a gritar que dejáramos de lanzarnos cosas.

Mi papá y el tipo ese, finalmente desistieron de tratar de darnos una lección, y nos dijeron que dejáramos el desastre y subiéramos a lavarnos.

Todos subimos las escaleras hasta el cuarto de la hermana de Z, tropezándonos los unos a los otros por las escaleras. En el pequeño cuarto estaba un Nintendo, y después de ese día decidimos combatir el hastío jugando vídeo juegos, especialmente Mario Car o Mario Party. Siempre nos aliábamos para dejar atrás o eliminar de la carrera a la princesa (la hermana de Z).

El día del bazar navideño, o uno de los días que duró el bazar, me fui a caminar por todos los stands con Z a mi lado. Creo que caminamos todo el lugar como veinte veces. En esa época yo era un poco más dada a hablar con extraños, y comencé a hablar con un chico unos años mayor que yo en un stand. La reacción de Z fue comenzar a actuar como un tarado necesitado de atención, diciéndome que debíamos volver al stand de nuestras madres.

Lo miré tratando de darle algún tipo de mensaje, que no creo que Él haya captado, o sí lo captó, pero no le dio la gana de acatar. Resignada comencé a caminar hasta el stand de nuestras madres. Le di un manotazo en el brazo a Z y luego me alejé corriendo, porque sabía que Él me iba a devolver el manotazo.

No sé exactamente cuándo me enamoré de Él, no estoy segura de si fue algo repentino, o algo que sucedió con los años.

Fueron muchas las veces que pasamos en su casa, en la piscina, o pescando en el canal, a veces nos íbamos caminando hasta el puente que daba hasta el pueblo donde estaba su casa de playa, y nos sentábamos en el suelo, nuestras piernas guindando en el borde, mientras esperábamos que algún pez picara el anzuelo (nunca alguno mordió el anzuelo).

Me sentía como una pervertida al querer estar con un chico tres años menor que yo. En esa etapa de la vida, la edad sí importa. Así que decidí ignorar mis sentimientos y enfoqué mi atención en otro chico de mi instituto, pero cuando este me llevó contra la puerta de su salón tomándome de las caderas, sus manos amenazando con ir hasta mis nalgas, robándome un beso en los labios, mi reacción fue la contraria a la esperada.

"¿Qué? ¿No te gusto?" me preguntó el idiota.

¡Por supuesto que no me gustó!, quería romance, no eso, y mucho menos frente a todo su condenado salón de clases lleno de estudiantes.

No sé cómo me deshice de ese chico, alejándome lo más lejos posible de él.

El día que le conté esto a Z, fue una noche en la que mi papá nos llevó a mi hermana y a mi a la casa de su "amiguito" después que salimos de clases de

pintura; mi madre nos estaba esperando en la casa de su prima. Se suponía que no pasaríamos mucho tiempo allí, pero cada vez que íbamos a su casa, siempre nos quedábamos hasta tarde en la noche.

Z y yo estábamos en la calle cerrada que daba a la entrada del portón de su casa. Estábamos sentados en la grava. Era una de esas noches en las que el cielo está despejado y las estrellas brillan intensamente.

Vi como Z apretaba sus manos en puños, mientras yo le contaba mi trauma, enfatizando en que definitivamente no me gustó ese beso. Y de mis labios se escapó: "Quiero algo más, a alguien más".

Intenté opacar el hecho de que hice una tremenda revelación, parándome de golpe, caminando hasta un balón de fútbol, con el que antes estábamos tratando de jugar, pero como yo llevaba una falda larga y un poquito ajustada, no me podía mover muy bien.

Le rogué con los ojos que no me preguntara nada. Y Él no lo hizo.

¿Cómo demonios podía decirle a mi primo de once años que estaba enamora de Él?

Simplemente no había forma.

Yo seguí ignorando ese instinto que me decía "bésalo", "manda todo a la mierda y bésalo" en vez de hacerle caso a mis instintos, decidí enfocar mi atención en otros chicos de mi instituto y eventualmente en mi primer novio real.

Frente al tonto chico que me dijo "no eres tú, soy yo" me puse una máscara de pretender que podíamos ser amigos.

Una mañana en el instituto a alguien se le ocurrió la fantástica idea de quemar el pipote de la basura, durante una de esas largas charlas del subdirector. Este nos obligaba a estar de pié en el patio de la escuela, escuchando sus peroratas de idioteces, y ese día alguien cansado de tanta estupidez junta, tomó una hoja de papel, le prendió fuego y lanzó el papel ardiente dentro de la papelera.

Una vez todos ya formados en filas en el patio del instituto, y el subdirector hablando sandeces; del pipote de metal comenzó a brotar humo, hasta que las llamas comenzaron a crecer. Una sonrisa macabra cubrió mi rostro, todos corriendo en todas direcciones, tratando de llegar a la reja de la escuela, la cual estaba cerrada con llave, yo me quedé en mi puesto mientras el caos se disipaba, hasta que mi pecho se trancó en un ataque de asma, debido al humo repugnante que salía del pipote de la basura.

Comencé a encogerme, sosteniendo mi pecho, tosiendo en busca de oxígeno, hasta que unos brazos comenzaron a arrastrarme fuera del instituto. Cuando llegué afuera, mis amigos llegaron a mí, y cuando digo amigos, me refiero al que me robó un beso contra la puerta de su salón, el chico que me dijo que solo quería ser mi amigo, y un tarado de mi salón con unos labios carnosos muy tentadores.

Todos me miraban preocupados, mientras me reclinaba contra el árbol tallado con el dibujo del "Demonio de Tazmania" que estaba fuera del instituto. Tosiendo, tratando de poder respirar. Cuando por fin pude recuperar el aliento, les respondí con voz ronca que estaba bien.

El que me robó un beso esa vez, comenzó a vociferar "¿quién había sido el idiota que había quemado la papelera?" alegando que, por su culpa me dio un ataque de asma. Yo prensé mis labios, ¡no iba a echar paja! Me hice la inocentona, y melodramática. Mientras este gritaba; el que me dijo "no eres tu soy yo" no dejaba de decirme "mi amor respira" pasando sus manos a los lados de mi rostro, alejando el cabello de mi frente. Después cuando llegué a la casa me reí como maniática cada vez que me acordaba de lo sucedido.

El día en que se lo conté a Z fue mientras nos balanceábamos en el agua de la piscina, Él no podía dejar de carcajearse, preguntándome si nadie nunca se dio cuenta, le respondí que no.

Ese año los padres de Z le compraron a Él y a su hermana unas motos, unas scooter en realidad, y nos mandaron a Z y a mi a la bodega grande en Paparo a comprar unas cosas. Yo le tenía un miedo terrible a las motos, pero como Z manejaba, me subí.

Lo abracé con fuerzas, presa del pánico.

"No me pegues las tetas a la franela, porque me la vas a mojar con dos círculos" me dijo Z en tono pesado, con esa voz burlona.

Siempre hacía ese tipo de comentarios que me sacaban de quicio.

"Idiota" le respondí, apretándome a Él mientras aceleraba.

Realmente le tenía miedo a esa cosa, menos mal que ya abandoné ese miedo. Requirió un viaje en la autopista con el moto-ratón de la oficina, hasta Plaza Venezuela dónde trabajaba mi madre, para darme cuenta que las motos no son tan malas, hay un cierto sentido de libertad en ellas, casi como si estuviese volando.

Cuando llegamos a la bodega, Z comenzó a darle la vuelta a su roída

franela azul, pero Él siempre insistía en usar esa franela.

Cuando vio que en el espaldar de la franela estaban las marcas de mis senos, dos círculos uno al lado del otro. Se molestó y le dio uno de sus ataques de malcriadez.

"Eres un idiota" le grité.

En la bodega compramos lo que nos mandaron a comprar, y cuando salimos, Z se puso necio diciendo que no me apretara mucho a Él. Me molesté, lancé las bolsas a un lado, y comencé a caminar, tratando de ubicar dónde demonios estaba, tratando de recordar el camino hasta la casa.

Z se subió a su scooter y me dejó a un lado. Comencé a caminar en la dirección que Él tomó, esa debía ser la dirección hacia la casa. Pero un minuto después de perderse por una curva, lo vi regresar, dando la vuelta tras de mí. "Súbete" me pidió. "No" le respondí malcriadamente. "Es un largo camino hasta la casa" me dijo con su tono burlón. Quería reírme, ¡demonios! "Te vas a poner necio porque voy a marcar mis tetas en tu franela toda rota". Le reclamé a lo que Él comenzó a reírse. "¡Súbete!" me dijo nuevamente tratando de sonar autoritario manejando a poca velocidad a mi lado.

Me detuve a verlo cruzando mis brazos sobre mi pecho. Cuando Él formó esa condenada sonrisa, aunada al brillo en sus ojos, estaba atrapada. Supe que debía rendirme, y me subí a la moto. "Te puedes apretar si quieres" me dijo.

Aprovechando que estaba de espaldas a mí, me permití sonreír y me sostuve con fuerzas de Él cuando aceleró. Más que nada me sostuve con fuerzas porque me daba miedo caerme, aunque también era una excusa para abrazarlo.

Aun puedo recordar el olor de su piel esa tarde, era un aroma dulzón y fuerte por el sol incandescente sobre nuestras cabezas, las gotas de sudor en su nuca, formando un triángulo con su cabello en la base de su cuello. Recuerdo que quería besar su cuello, pero tenía tanto miedo a cómo podría reaccionar, que en vez, me quedé quieta, limitándome a solo abrazarlo para sostenerme.

A mitad de camino Z tomó un desvío, manejando a una velocidad acelerada directo hacia el canal. El pánico se apoderó de mí y comencé a gritar y a apretar mi rostro contra su espalda hasta que se detuvo de golpe justo frente al canal, riéndose macabramente. Comencé a golpearlo, a insultarlo, y cuándo amenacé con bajarme de la moto, sentí su cuerpo tensarse.

"Idiota" le dije riéndome, y Él comenzó a reírse también reanudando el camino a la casa sin más desvíos, ni sustos. Realmente quería matarlo a golpes

por asustarme así.

Al llegar a la casa, dejamos las bolsas en la mesa de la cocina, me quité el short que llevaba puesto y me lancé a la piscina, recostándome del borde, pegando mi barbilla al piso. Minutos después vi a Z correr hasta la piscina en mi dirección, cerré los ojos asustada. Y cuando estaba frente a mí, saltó cayendo como una bomba dentro de la piscina tras de mí.

Son tantos los recuerdos que puedo evocar de nosotros en esa condenada piscina, jugando a ver quién puede aguantar la respiración por más tiempo, quién nadaba más rápido, comiendo Doritos sentados al borde la piscina.

Todo era parcialmente perfecto cuando estábamos juntos, en nuestra burbuja de cristal, pero cuando regresaba al mundo real, tenía que enfrentar a mis demonios.

Comencé a salir con un chico de mi instituto, su aspecto físico era un poco parecido al de Z, incluso olían casi igual.

Una mañana mi papá nos levantó temprano a mi hermana y a mí para ir con ellos a acompañar a su "amiguito" y a la prima a ir a un pueblo en otro estado donde vendían muebles baratos. Intento recordar el nombre del pueblo, pero simplemente no logro hacerlo, podría preguntarle a alguien, pero la verdad no es algo que me quite el sueño, Él sí.

Me entusiasmé sólo porque iba a ver a Z, no es que haya pasado nada relevante ese día.

Z no se puso correa al salir de su casa y a su papá le dio un ataque de estupidez, queriendo demostrar autoridad o alguna mierda similar y empezó a regañar a Z en la calle, hasta que compró una correa con una enorme hebilla y lo obligó a usarla. Las mejillas de Z estaban rojas al igual que sus orejas, y las chispas en sus ojos solo podían reflejar una rabia tan intensa que no lo dejaba decir nada. Fue cuando sus ojos se pusieron aguados, que yo comencé a pedirle a mi papá que me comprara una correa a mí también, al final los cuatro salimos con correas nuevas, y Z no salió tan regañado.

Ese día el calor era espantoso, entrábamos y salíamos de un local para entrar a otro, el helado de hielo ayudó por un momento, pero luego solo me dio sed. Cuando llegamos a un local señalé una cama de metal, realmente me gustó esa cama, y esa fue la cama que Z eligió como suya.

Al regresar a su casa nueva (esa casa me encantaba, era vieja. Y cuando hice ese comentario todos lo tomaron como algo malo, intenté arreglar la

metida de pata, pero fue inútil y desistí), mi hermana, su hermana, Z y yo decidimos ir a explorar por la urbanización. El cielo comenzaba a nublarse. Nubes grises cubrían parcialmente el cielo mientras andábamos una larga caminata bajo la incipiente lluvia, y cuando llegamos a una parte alta de la urbanización, un muchacho que se veía algo atractivo de lejos, desde el balcón de su casa comenzó a llamarme "Bella" advirtiéndonos que estaba lloviendo. "Vengan a refugiarse aquí" nos llamaba. "Bella, no te mojes". Yo no podía dejar de sonreír como idiota, Z aparentaba estar realmente molesto, llamando al muchacho pervertido. Pero a su vez me instaba con voz burlona a que hablara con el chico, y al mismo tiempo se quejaba que era un sádico.

Estaba siendo bastante contradictorio, y eso me confundió mucho. Yo no quería hablar con ese chico, aunque me entretuve con el coqueteo entre ese chico en el balcón y yo. Este me gritaba que no me mojara, que me resguardara en su casa, pero yo solo le sonreí y seguí caminando por la calle vacía, mientras la lluvia caía sobre mí, cubriéndome completamente, gotas frías caían sobre mis brazos y rostro, enfriando mi piel.

Los cuatro decidimos seguir caminando bajo la lluvia, hasta llegar a un parque dentro de la urbanización y refugiándonos en una caseta dentro del parque, hasta que dejara de llover, para luego poder regresar a la casa.

La prima de mi madre me dio algo de ropa para cambiarme la ropa mojada, la ropa era un poco incómoda, una franela ajustada, y una falda de blue jean ajustada al cuerpo, amarrada al frente. Me senté sobre el alféizar de la ventana del cuarto de Z, observando como las gotas de agua que quedaron acumuladas en la reja, caían sobre la jardinera, aspirando el aroma a tierra mojada, y Z estaba sentado en una silla cerca de la ventana pretendiendo que jugaba con su Nintendo. Yo odiaba ese juego de Zelda, mayormente porque Él no me dejaba jugarlo. "Podía arruinar su partida." Sin embargo podía sentir su mirada quemándome en la nuca.

Finalmente harta de sentirlo observarme, decidí ser pedante y le pedí a Z que me acompañara a caminar por la urbanización una vez más, a ver si veía al chico que me estaba llamando. Pero una parte de mí lo que quería era caminar con Él a solas.

Z se molestó un poco, pero al final me acompañó, no habíamos terminado de cruzar la calle de su casa cuando un muy llamativo carro rojo se detuvo junto a nosotros, bajó la ventanilla del conductor dejando ver al chico del balcón "Bella te cambiaste la ropa" me dijo observándome. "Estaba mojada"

le respondí en el mismo tono, coqueteando mientras el chico me sonreía muy sádicamente. "¿Ese es tu hermano?" me preguntó apuntando a Z, ahogué una carcajada y negué con la cabeza "es un amigo" le dije, me daba grima llamarlo mi primo (me sigue dando grima). Aun sonriendo, el chico en el carro se despidió, diciendo "Nos vemos por allí" creo que asumió que yo vivía allí.

Me volteé a ver a Z, que mantenía su rostro prensado, sus delgados labios prensados, sus ojos marrones fijos en mí, mostrando ese brillo que me daba escalofríos. Le sonreí encogiéndome de hombros. Esperaba alguna señal o comentario celoso, en vez, Z con su voz burlona, me insistió en que debí pedirle el número de móvil a ese chico. Cuando lo único que yo quería era que Él coqueteara conmigo como ese chico en el carro. Pero no lo hiso, después de todo ¡Él sólo tenía doce años! Así que seguimos caminando explorando la urbanización.

Es cierto, lo torturé tanto como Él me torturó a mí, pero repito ¿cómo le digo a mi primo de doce años que estoy enamorada de Él? Simplemente no hay forma.

"Respira" me digo a mi misma.

Tantas veces caminé esa calle, tantas veces, pero todas esas veces estaba acompañada.

Respiro nuevamente, veo a un gato en la calle y recuerdo ese gato de angora que Z solía tener; siempre se perdía, huyendo a otras casas. Una vez tuvimos que llamar a la casa de al lado para poder entrar y buscar el bendito gato, Z recorrió toda la casa en busca de su tonto gato, yo me quedé en el umbral de la puerta, observando las escaleras de madera, y la decoración con guirnaldas de pino en el barandal, el olor a pino fresco inundando mi olfato.

Minutos más tardes Z regresó con el gato en sus brazos, sus mejillas rojas.

Y la verdad es que fue inútil, minutos después de regresar a casa, el gato volvió a huir.

Una gota fría cae en mi mejilla. Levanto la mirada, el cielo ha decidido descargar su carga hoy. Hace unos pocos minutos el sol brillaba incandescente, y ahora es gris.

No debe ser un buen augurio, o quizás es un buen augurio, tengo buenos recuerdos de la lluvia.

En el momento en que la lluvia comienza a caer, cae como si no fuera a existir un mañana, como si estuviera pidiendo que construya un arca y salve a

todas las criaturas del planeta.

Capítulo Cinco

Tiempo sin tiempo

Era de día, era de noche, era de tarde. Era un tiempo sin tiempo. Fueron horas, minutos, segundos que no pasaron y que se esfumaron en el viento.

Las estrellas brillaban, el cielo era únicamente alumbrado por la luz de la luna, el sol cegaba a la vista, los pájaros y los grillos cantaban todos al mismo tiempo.

Era una cúpula de cristal en la que el tiempo no pasaba, donde el tiempo no existía.

Era su cuarto. Ese lugar mágico y trágicamente real que me tomaba como rehén. La música sonaba y al mismo tiempo el silencio era impregnable.

Su voz exaltada pidiéndome que dejara de patearlo. Sus dedos en la guitarra. El constante burbujeo de la pecera.

Eran sus ojos marrones, sus labios rosados, sus infinitas franelas negras, la cadena guindada entre su cinturón y el bolsillo de su pantalón negro. Su roída franela azul que no se quitaba nunca, su oscuro cabello, sus ojos fijos en los míos, sus manos en mi espalda.

Era Él en ese lugar en el que el tiempo pasó sin dar tregua. Era mi fantasía disfrazada de realidad.

Era el amor de mi vida y no lo sabía.

Cada vez que llegaba a su casa no podía evitar sentirme incómoda, una sensación de no pertenencia, el presentimiento de que no era completamente bienvenida, el miedo de que Él realmente no me quisiera allí, la actitud tímida e incómoda que Él imitaba reflejando mi propia incomodidad, la cual yo malinterpretaba como molestia de su parte.

Siempre leí mal las vibraciones en el aire, siempre malinterpreté todo, de alguna forma tergiversando todo el contexto del asunto en general.

El aroma a perro que inundaba la casa entera. Me incomodaba sentarme en los muebles temiendo que los pelos de los perros se me pegaran a la ropa, o peor que el aroma a perro se impregnara a mi piel opacando mi perfume.

Lo primero que hacía al llegar a esa casa en la que ocurrieron tantas cosas que nunca sucedieron, era tantear el terreno. Paseaba por la sala, me sentaba incómoda en el mueble de la sala, sintiendo en la piel descubierta de mis piernas la suave tela aterciopelada del sofá, acomodando mis piernas para

que no se viera el hilo que llevaba debajo de la minifalda, pero mis rodillas siempre quedaban muy a lo alto por mis altas sandalias de plataforma con flores tejidas en la tela marrón. Siempre me quedaba sentada hasta que su madre insistía en que subiera a buscarlo (tan peculiar la actitud).

Ahora que me siento a recordar, ella siempre me mandaba a buscarlo a Él, no a su hija, era a Él a quién siempre iba a buscar. Lo que me deja perpleja, porque fue ella quien al final no me quería con Él.

Temerosa subía las escaleras. Mis rodillas temblando, mis manos sudaban y me sostenía con fuerzas del pasamano de la vieja baranda de madera, para no caerme con las sandalias de plataforma. El enorme jarrón de barro con largas ramas de trigo artificiales en el rellano de las escaleras de madera. La esfera de madera al final del pasamano, a la derecha, la puerta abierta de su cuarto. Y Él sentado frente a la computadora o televisor con el Nintendo 64 que tanto amaba.

Su mirada fija en la pantalla. Inmutable. Sus labios entreabiertos. Siempre entreabiertos. Su grueso cabello negro. Mis manos se morían por pasar entre su cabello, pero sabía muy bien que cualquier tipo de acción parecida a esa se interpretaría exactamente como lo que era. En vez, colocaba mis manos entrelazadas en mi espalda y apretaba los labios antes de pronunciar un tembloroso "hola".

Mi mente me gritaba, mi cuerpo me exigía hacer algo más al ver su rostro virar en mi dirección, sus labios tornándose en una inmediata sonrisa que me hacía temblar de pies a cabeza.

Muy contadas veces era Él quién bajaba a saludar, y en esas contadas ocasiones, bajaba las escaleras en tropel hasta llegar dónde estaba yo con mi familia.

Su fuerte abrazo que amenazaba con fracturarme las costillas y me arrancaba el aliento, lo que hacía que yo comenzara a quejarme y a implorar que me soltara, para poder respirar. Un abrazo por el que ahora mataría por recibir de Él.

Aún recuerdo el pez guppy lila que prometió que me regalaría, pero por alguna razón el pez nunca llegó a mi casa. Recuerdo lo emocionado que Él estaba cuando sus preciados peces pusieron huevos, me jaló del brazo subiendo las escaleras corriendo hasta llegar a su cuarto. El sonido del filtro de la pecera burbujeando. La enorme sonrisa en su rostro. Las inmensas ganas que yo tenía de tomar su rostro entre mis manos y besarlo, solo rozar sus

labios con los míos. Pero en vez, me enfoqué en buscar los supuestos huevos de peces que realmente nunca vi, pero asentí diciendo que sí los veía.

El insoportable aroma a perro que impregnaba su cuarto y había algo más, el olor de las peceras con las asquerosas salamandras. Él sabía el asco que me daban y siempre las sacaba en mi presencia.

Su cama. La cama de barrotes de metal pintados de azul. La cama que yo elegí. Las sábanas siempre estaban sucias, llenas de migajas, de tierra traída por las patas del pequeño perro "fifito". Cómo detestaba a ese perro maricón, siempre lo amenazaba con darle una patada si no se iba del cuarto, el animal mostraba algo de inteligencia, porque a la simple mención de una inminente patada de mi parte, ladraba y corría fuera del cuarto.

Siempre me pareció que el suelo de su cuarto era más limpio que su cama, a pesar que debajo de la cama había todo un ecosistema de hormigas, lo que me hacía preguntarme si no era más higiénico acostarme en el suelo que en su cama, de lo cochina que estaba; pero el muchacho era un niño de doce años.

Muchas veces opté por recostarme en el sofá de cuero negro en su cuarto, cruzando mis piernas para que no se viera dentro de mi minifalda. Yo aparentaba ser ignorante al captar que Él intentaba ver a través de la tela, buscando alguna falla en mi postura. Me daba miedo dejarlo ver algo y al mismo tiempo quería que lo lograra, y justo en esos momentos de duda, la alarma se encendía en mi cabeza despejando la fantasía y recordándome la realidad.

Lo incómoda que estaba en esa estúpida silla que su papá se trajo de la oficina. Negra de semicuero y torcida a un lado. Mis piernas se estaban asando contra la piel de semicuero de la silla. Mi corta minifalda de blue jean, mi camisa blanca amarrada en la espalda revelando la ausencia de sostén. Siempre ponía mucho cuidado en la ropa que usaba para ir a su casa. Hacía horas que había dejado mis zapatos abandonados en alguna parte de su cuarto, y mis pies descalzos pedían ser retirados del suelo.

Mis rodillas se topaban contra el incómodo mueble en el que reposaba el televisor y el Nintendo o quizá era un Play. Estaba cansada y molesta de perder partida tras partida, mi técnica de marcar todos los botones al mismo tiempo buscando hacer un fatality estaba fallando. Mis rodillas me dolían, quería poner mis piernas sobre una de las tablas del mueble, pero si lo hacía la corta minifalda se levantaría hasta mis muslos. En un fugaz momento lo hice sin darme cuenta, y allí, justo en ese momento, logré arrancarle la cabeza al

personaje de Z. Me voltee en su dirección para vanagloriarme, y sus ojos estaban completamente abiertos mirando mis piernas.

Inmediatamente bajé mis piernas de la tabla, tratando de descifrar la diferencia entre la delgada tira del hilo que llevaba puesto y la delgada cinta del traje de baño que usualmente usaba en la playa.

"Pon tus pies sobre mis piernas" me dijo Z con la mayor seriedad con la que lo había oído hablar nunca. Sopesé por unos segundos si hacerlo o no, y finalmente me rendí y puse mis pies sobre sus piernas. Al principio era algo incómodo, busqué la forma de acomodar mis piernas cruzando mis tobillos, para luego cambiar por una estirada y la otra apoyando la planta de mi pie en su pierna, levantando un poco mi rodilla. De alguna forma me sentí con más confianza y sin encontrar realmente la diferencia entre un biquini de traje de baño, con el hilo que llevaba puesto, me dejé relajar y ahuyenté la señal de alarma que sonaba en mi cabeza.

Me sentía con algo de poder sobre Él. Su juego seguía siendo perfecto, pero cuando movía mis piernas sentía su cuerpo tensarse y lograba propinarle un buen golpe a su personaje. En algunos momentos lo vi tratando de ver bajo mi minifalda.

En un momento, le dio pausa al juego y sostuvo una de mis piernas entre su mano, sentí el calor de su mano contra mi piel y mi corazón se aceleró. "Deja de patearme tanto" me dijo serio, en tono exaltado. Me mordí los labios, quería lanzarme sobre Él, sentarme sobre Él, rodearlo con mis piernas y besarlo hasta cansarme. No me había dado cuenta de que lo estaba pateando y en un segundo me sentí algo avergonzada.

Me acomodé en la silla y cuando intenté bajar mis piernas de las suyas, Z soltó una mano del control del Nintendo y me agarró de la pierna, sosteniendo mi tobillo entre sus toscas manos. Un increíble y placentero escalofrío me recorrió la columna hasta tener la sensación de miles de fuegos artificiales explotando en mi cabeza y el impulso de sentarme a horcajadas sobre Él, regresó.

Reprimí mi impulso, y perdí todas y cada una de las partidas, a pesar de que Él solo jugaba con una de sus manos, su "mano libre" se mantenía entre mi tobillo y mi pantorrilla, estaba perdidamente concentrada en sus cálidos dedos contra mi piel.

Era una terrible tortura.

Pero soy una cobarde. Me daba miedo, a pesar de que Él tenía sus

detalles que me hacían ver que yo le gustaba, tenía mis dudas. Pensando que todo estaba en mi cabeza. Que era una loca pervertida.

Cómo me arrepiento.

Pero la terrible realidad era que yo tenía quince años, vivía de fantasías, de deseos reprimidos, y Él tenía doce años. A pesar de que a esa edad yo ya sabía lo que era dar un beso de los buenos y el novio que yo tenía a los doce años, cada vez que me besaba buscaba palpar mis nalgas; por alguna razón pensar en hacer lo más simple con Z, me trastornaba de una manera increíble.

Cada vez que estaba junto a Z la sangre me hervía, y podía visualizar perfectamente todas las cosas que quería hacerle, las cosas que quería que Él me hiciera. Lo cual me hacía sentir como una pervertida, pensando en miles de situaciones diferentes en las que yo terminaba sentada sobre sus piernas.

Sentía que no podía aguantarme más, ya no solo quería besarlo, quería abusar de Él como debe ser. Ver sus rosados labios entreabiertos, la extraña luz en sus ojos, los simétricos lunares en sus mejillas.

Me tenía que morder los labios para no besarlo, atar mis manos bajo mis muslos para no lanzarme hacia Él.

"Tiene doce años, tiene doce años", me repetía a mí misma a forma de mantra.

Solíamos vernos en los eventos "deportivos" de la empresa donde trabajaban mi papá y su papá. Estos eventos "deportivos" consistían en un patético equipo de fútbol, uno de softbol y uno de boliche. Eran realmente patéticos, porque a pesar de que había jugadores que realmente les gustaba jugar, había otros que sólo iban por la cerveza gratis.

Durante un partido de softbol, en vez de ver a Z corriendo por el campo, jugando o haciendo alguna tontería, lo vi sentado en una de las mesas en el centro del parque en el que estaban preparadas las mesas con los aperitivos de la tarde. En sus manos estaba un pequeño libro de solapa amarilla. Sus ojos fijos en el libro en vez del juego o su alrededor.

La primera vez que vi a Z sostener un libro en sus manos, y apreciar realmente lo que estaba leyendo, no pude evitar acercarme a su oído y susurrar "no te encariñes con el del turbante, es uno de los malos". La primera vez que lo veo leyendo ávidamente un libro y tuve que salir a arruinarlo. No sé si alguna vez terminó de leer esos libros. Lo que recuerdo bien, es su cara de odio y arrechera ante mi comentario.

El parque de la academia de natación estaba justo al lado del estacionamiento de la empresa en la que trabajaban mi papá y su papá, me encantaba ir a esos eventos deportivos no solo porque existían buenas probabilidades de ver a Z, sino porque me daba cierto aire de libertad.

Me senté en la mesa de ping pong del patio de la academia de natación, junto al estacionamiento de la empresa, pensando en miles de cosas al mismo tiempo: lo que quería, cuánto tiempo tendría que pasar, sus dedos en la comisura de mis labios cuando el relleno del chocolate con sirope de fresa se derramó hasta mi barbilla. Me sentía entre avergonzada y excitada al mismo tiempo. Divagaba entre si toda la situación estaba en mi cabeza, una de mis fantasías, o si era real. Si estaba viendo la realidad o dejándome llevar por mi imaginación, alucinando a plena luz del día.

La brisa sacudiendo las ramas del árbol sobre mi cabeza. La semioscuridad que brindaba ese pequeño espacio en el que estábamos los dos sentados, ignorando completamente a nuestras hermanas.

Todos esos cortos recuerdos pasaban por mi cabeza, de la misma forma en que pasaban los carros frente a mí. Z llegó unos segundos después tras de mí ¿o fueron varios minutos después? El tiempo se me desvanecía, se me perdía y se fundía con la actualidad. Despejé mis pensamientos, enfocándome en lo superficial y comenzamos a jugar a "ese carro es mío". Juego que jugábamos desde pequeños, el cual consistía en que cada vez que veías un carro que te gustaba decías "es mío" y no se podía elegir el mismo carro que la otra persona.

Eventualmente nos aburríamos de eso. Necesitaba verlo, escuchar su voz no era suficiente. Me volteé a verlo, una vez más deseando besarlo, deseando jalarlo del cuello de esa roída franela azul y besarlo hasta dejarlo inconsciente. Pero en vez decidí manifestar una tonta idea. "Busca una cerveza" le dije con una mirada macabra "di que es para tu papá o algo".

Z sin mostrar mucha despreocupación salió corriendo fuera del parque, hasta el estacionamiento, dejándome nuevamente con mis revueltos pensamientos, pensando en las intensas sesiones de besos con un amigo del instituto. Minutos después, Z regresó respirando trabajosamente y sudando mientras escondía una cerveza dentro de su chaqueta y dos chocolates Prestigio rellenos de coco. Me dio uno de los chocolates, y luego la cerveza. Ese específico chocolate nunca me gustó mucho, no me agrada el coco para nada, pero por alguna razón el hecho de que Él fuera quién me regalara el

chocolate, lo hizo ver apetitoso. Puse el chocolate sobre la mesa de ping pong en la que me encontraba sentada, dejándolo a un lado de mi pierna y tomé la lata de cerveza colocándola frente a mí, la abrí con cuidado de no derramarla, bebí un sorbo manteniendo el amargo líquido en mi boca unos segundos, decidiendo en instantes tragarlo y actuar como si nada.

"¿Cómo sabe?" me preguntó Z ansioso. Le extendí la lata, dejando que Él la tomara y probara un sorbo. Su rostro se arrugó al instante para luego escupir la cerveza.

"Sabe asqueroso" se quejaba y yo no podía dejar de reírme a carcajadas.

"Bota eso" le dije tratando de dejar de reír.

Z con la lata en la mano comenzó a mirar en todas direcciones sin saber qué hacer, en un momento incluso intentó esconderla nuevamente dentro de su chaqueta, hasta que finalmente decidió derramar su contenido en la grama, para luego botar la lata en una papelera.

Tomé mi chocolate y le di un mordisco, deshaciéndome del rancio sabor de la cerveza.

Z se sentó a mi lado en la mesa de ping pong. "Más nunca me voy a tomar una de esas" me dijo con una voz realmente seria. "No quiero ser como mi papá" yo no sabía exactamente qué decir, y solo pude voltear a verlo. Yo tampoco quería que fuera como ese ser. "Él cuando era pequeño decía que no quería ser como su papá, pero..." Z continuó divagando, dejando el pensamiento sin ser completado y luego no dijo nada más.

Nos quedamos allí sentados en la mesa de ping pong, su mano derecha peligrosamente cerca de mi mano izquierda, llevé mi meñique hasta su mano, tratando de sentir un ápice de Él.

Una mañana, poco tiempo después de esa partida de Nintendo con Z, me encontré entre mis sábanas acordándome de las sesiones de besos con mi amigo del instituto, sus manos tocándome entera, sus dedos queriendo estar dentro de mí. El recuerdo de las manos de Z sobre mi tobillo, acariciando ese espacio entre mi tobillo y mi pantorrilla.

Al poco rato de despertarme, mi amigo, que a su vez era mi ex novio, me llamó al teléfono del apartamento y después de hablar un rato me dijo "tengo frío, por qué no vienes a darme calor."

Me levanté de la cama, le inventé una historia extraordinaria a mi madre, algo sobre un trabajo en grupo que tenía que hacer y se me había olvidado que

debía reunirme con el grupo esa mañana, y fui hasta la casa de mi amigo del instituto.

Al llegar a su casa fuimos hasta su cuarto, me acosté en su cama y me puse a ver televisión, mientras que él se sentó en la silla junto a la cama.

Esa mañana iban a repetir el capítulo de la serie que yo veía. Era el capítulo en que dos de los protagonistas deciden tener relaciones sexuales. Cuando vi el capítulo la noche anterior, no pude dejar de pensar en Z, la cuenta de cuántos años debía esperar para tener eso con Él, y si realmente lo llegaría a tener; en la ironía de que justo en el momento en que yo me sentía preparada para eso, Él apenas era un niño y tuve que repetirme mi mantra. Cuando vi el capítulo nuevamente esa mañana, llegué a un límite. En el capítulo no mostraban nada explícito, pero.

¡Malditos peros!

"Esa serie me gusta" dijo mi amigo al ver la escena. Me volteé a verlo, su sonrisa maliciosa me recordaba en cierta forma a la sonrisa de Z. En mi cabeza siempre buscaba semejanzas entre ambos; y no quise que el momento se quedara solo allí. Hasta ese momento nos habíamos limitado a tener largas sesiones de besos en las escaleras del edificio, mientras él bajaba sus manos dentro de mi panti, rozando mi piel, presionándome, haciendo mi cuerpo temblar. Pero ese día. Ese día sus facciones me reflejaron las de Z (mi mente jodiéndome).

Me levanté de la cama y me senté a horcajadas sobre él, cerrando los ojos y pretendiendo que era Z, luego él me llevó de la mano hasta la cama. Las luces estaban apagadas, el único ápice de luz provenía del espacio entre las cortinas a medio cerrar. Sus labios besaban mi cuello, mientras sus manos me despojaban de mi ropa. Mantuve mis ojos cerrados imaginándome que era Z quién me besaba, quién me tocaba, una versión mayor de Él, no el niño de doce años que realmente era Él. Mi cuerpo temblaba temiendo lo que sucedería, deseando de alguna forma poder materializar el rostro de Z y fallando tremendamente. Al abrir los ojos era mi amigo, no los brillantes ojos marrones, ni los rosados labios entreabiertos de Z. Quise detenerme, quise decir que no podía hacerlo, que había cambiado de opinión, pero un pensamiento agridulce se formó en mi cabeza "nunca sucederá con Él. Ríndete". Cerré los ojos una vez más y me enfoqué en pensar que los labios con sabor a Nестea que me besaban eran los de Z.

Mientras me levantaba la franela, le mentí diciéndole que creía que me

estaba enamorando de él una vez más. El año anterior habíamos terminado nuestro noviazgo porque yo lo engañé.

Una tarde después de clases decidí ir con mi grupo de amigos del instituto y el novio que yo tenía en ese entonces (el que me recordaba en cierta forma a Z), al apartamento de un amigo del instituto. Muchas veces fui a ese apartamento a pasar el rato con mis amigos hasta media tarde, solo a escuchar música, jugar con el Play, y a hablar tonterías. Esa tarde, de repente llegó al apartamento un compañero de clases que tenía fama de "sádico" y los rumores eran que intentó violarse a una chica del instituto.

Mi novio y nuestros amigos me obligaron a entrar a un cuarto junto a uno de nuestros amigos para que este me cuidara, o más bien me mantuviera en ese cuarto. Pero lo que mi novio no sabía, era que el chico con quién me obligó a encerrarme en el cuarto era un chico que me gustaba, y yo le gustaba. En séptimo grado él siempre me acompañaba hasta mi edificio y me daba un beso de media luna después; y ese día, ambos encerrados en ese cuarto, simplemente no fue una idea inteligente. La puerta acababa de cerrarse, cuando mi "amigo" me tomó de la cintura, apretándome a él, me susurró "¿quieres que me detenga?" mi voz estaba atrapada en mi garganta y solo negué con la cabeza. Sus manos comenzaron a subir por mi espalda arrugando la tela de mi chemise azul. La tela de la chemise era corrugosa y se sentía increíble rozando mi piel por la presión de sus manos, y luego sus labios encontraron los míos.

Fue el primer beso que realmente me hizo olvidar hasta mi nombre.

Sus labios eran suaves y húmedos, pellizcaba mis labios suavemente, arrancándome el aliento, no quería que se detuviera, pero al sentir que tocaban la puerta, sus labios abandonaron los míos. Era mi novio, preguntando si todo estaba bien. Se suponía que yo debía hacer un escándalo por estar encerrada, siempre lo hacía cada vez que me encerraban en un cuarto de esa casa. Mi claustrofobia jodiendo. Pero... Respondí que todo estaba bien y luego mi novio dijo que en poco tiempo el otro chico se iba a ir. Mi voz era rasposa y en el momento en el que sentí que sus pasos se alejaban de la puerta, mi amigo volvió a besarme, más apresurado esta vez. No quería que se detuviera y cada vez que me preguntaba si me gustaba lo que estaba haciendo, lo único que yo podía hacer era gemir y asentir con la cabeza.

Mi amigo siempre estaba cerca, buscándome, y cada vez que sentía que mi cuerpo no lo podía aguantar más, lo dejaba tocarme. Sus manos siempre me tocaban con seguridad, sabía exactamente donde tocarme de forma que mi

cuerpo comenzara a temblar, mientras me observaba con expresión de desgraciado sádico que me volvía loca, y no podía resistirlo, yo también lo buscaba, lo incitaba a hacerlo.

Desde adolescente me ha gustado vivir experiencias antes de lo esperado, hacer cosas que potencialmente podrían terminar en lamentos o tragedia, como escalar un risco sin cuerdas o zapatos. Y aunque tenga novios, nunca he sido completamente fiel, me gusta sentir la adrenalina. Nunca he sido muy sensata, siempre he sido una odiosa superficial y caprichosa, aunque a veces tengo mis bajones como cualquiera. Pero nunca me ha gustado estar encerrada o amarrada.

Estuve días analizando si debía contarle eso a mi novio, y un día estaba molesta porque no había podido dormir en toda la noche soñando con Z cada vez que cerraba los ojos, y cuando vi su cara tan similar a la de Z, simplemente exploté y se lo conté. Quería lastimarlo, hacerlo sentir mal, porque de alguna forma en mi loca cabeza, no era su rostro el que estaba viendo, era el de Z. Quería lastimar a Z.

Ese día terminamos y al finalizar el año escolar mi "amigo" cambió de instituto y no lo volví a ver.

Y mientras estaba acostada en esa cama, sintiendo los dedos de mi exnovio, tocando la piel de mi vientre desnudo, quise resarcir el daño. Me sentía culpable por haberlo lastimado sin necesidad. Sus labios sabían a Nestea y sus ojos me suplicaban que dijera algo, cualquier cosa que lo hiciera sentir bien, así que mentí. No solo le mentí a él, me mentí a mí misma, obligándome a creer mis palabras para hacer la jodida experiencia más agradable y quitarle el maldito sabor agridulce.

Sin embargo, toda la maldita experiencia fue un fracaso de principio a fin, lo único que pude sentir fue algo punzándome por dentro. No podía dejar de ver el reloj, preguntándome ¿cuándo va a terminar? Quiero leer. Dolió un poco, pero no tanto, fue más bien una pequeña molestia, no sentí placer alguno, ni esa primera vez, ni la segunda vez que lo hicimos. Aunque cuando estaba de regreso a mi casa, sentía que mis piernas me temblaban, especialmente mis rodillas.

El extraño sabor agridulce de la experiencia con mi "amigo" me revoloteó en la cabeza por días, meses y un día en casa de Z, estaba acostada en su cama, junto a Él.

No hacía mucho le habían regalado una guitarra, que estaba aprendiendo a tocar, y me mostró un libro de partituras. Me preguntó si yo conocía alguna de las canciones. Yo conocía unas pocas y le dije que sí. Me recosté de la almohada mirando en su dirección. Sus labios rosados, el brillo en sus ojos. Ya no usaba esa roída franela azul, ya mi primo gordito no existía y por dentro me estaba pateando porque sabía en lo profundo de mi ser que no debía esperar.

Ahora pienso que tal vez fue mejor así, tenía que caerme de bruces para darme cuenta de lo que quería en realidad.

Sus manos comenzaron a entonar la canción torpemente. Pero tomando en cuenta que no hacía mucho que tenía esa guitarra... no tocaba tan mal. Cerré mis ojos mientras trataba de captar el ritmo de la canción. Realmente no pude. Pero no se lo dije. Cuando terminó de tocar me preguntó cómo había estado.

"No está mal" le dije sonriéndole.

Después de terminar de tocar las partes de la canción que había aprendido, Z dejó la guitarra a un lado y se acostó en la cama, mirando en mi dirección. "Quería poner las estrellas en el techo como las de tu cuarto, pero era muy alto, y no me dieron permiso" me dijo señalando las estrellas fluorescentes pegadas en la pared que daban a la cabecera de su cama. La cama que yo elegí.

Arqué la espalda para ver las estrellas en la pared. "Allí no se ven mal" le dije arrojando mi cuerpo más cerca de Él. Mis dedos rozando sus manos, esparciendo electricidad por todo mi cuerpo y me obligué a reprimir el impulso de lanzarme sobre Él, de besarlo, de enredarlo entre mis piernas. Y segundos después sus dedos comenzaron a pasear por mi antebrazo, formando círculos. No me quería mover, estaba hipnotizada con su calor corporal junto al mío. No quería moverme, temiendo que si lo hacía, Él iba a dejar de pasar sus dedos de troglodita sobre mi antebrazo. Pero por mucho que me esforcé en quedarme quieta, el momento no duró mucho, a pesar de sentirse eterno, fue fugaz.

Dudo mucho que con Z me hubiesen dado ganas de leer.

En vez de hacer lo que deseaba, me incorporé torpemente en la cama, mi cabello alborotado como un estropajo. Z comenzó a reírse mientras yo intentaba peinarme un poco, pero luego me rendí, y lo dejé tal cuál y como estaba.

Me quedé sentada en su cama observándolo, con una media sonrisa en mi

rostro, quería decirle que me gustaba, que lo quería, que quería tener algo con Él, que cada vez que iba a su casa esperaba poder estar a solas a su lado, escuchar su voz y su respiración cerca de mí, las manos me picaban y una opresión en mi columna me impulsaba en su dirección, una voz en mi cabeza me gritaba que lo besara.

Quería sentarme a horcajadas sobre Él, y verlo directamente a los ojos, mirarlo de cerca y ver las galaxias en sus ojos. Pasar mis manos por su cabello, y que luego mis manos lentamente encontraran el camino hasta sus mejillas y rosar su mandíbula con mis pulgares, luego tocar sus labios, su pecho. Ver sus labios entreabiertos. Siempre entreabiertos, y encontrar mi camino hasta ellos. Besarlos lentamente, primero su labio inferior y luego el superior, pellizcar sus labios con los míos lentamente obligándolos a abrirse hasta poder meter mi lengua dentro de su boca y consumirlo hasta dejarlo sin aliento.

Sentía que iba a explotar si no lo hacía. Pero ni lo hice, ni exploté.

Al regresar al instituto terminé esa extraña relación con mi amigo, yo no quería volver a tener sexo, al menos no con él. Esta última parte por supuesto no se la dije.

Durante ese tiempo me enteré que Z tenía una novia, una india maracucha que conoció en Internet.

Mi instinto asesino se apoderó de mí, desatando una nueva ola de malos comportamientos en el instituto. Le grité a la coordinadora, realmente no recuerdo por qué, y cuando la mujer salió tras de mí, le lancé la puerta en la cara, golpeándola de lleno en la cara. Valiéndome una suspensión. Y aunque suene estúpido, decidí obviar la suspensión e igual iba a clases.

"¿Qué haces aquí?" me preguntó la coordinadora un día que me vio en mi salón hablando con mis amigos "Tú estás suspendida, no deberías estar aquí." Me encogí de hombros ignorándola, y seguí con mi conversación.

Me dio por bailar sobre los pupitres con mis amigas. Besarme con uno de mis amigos. En mi defensa el carajito tenía unos labios carnosos y muy tentativos, y una maña de pasar su mano sobre su cabello que simplemente me volvía loca.

Cualquier cosa ayudaba para combatir los recuerdos de Z y mi innatural deseo hacia Él.

Aunque cuando Z llegó a los trece años, las ganas de abusar de Él fueron más fuertes. Pero no me atreví, porque cuando estábamos juntos a pesar de que

me encantaba que Él encontrara la forma de quedarnos solos, yo no me atrevía;
pero si vamos al caso, Él nunca se atrevió tampoco.

Capítulo Seis

Ataques de Lujuria Reprimidos

Cuando empecé la universidad, quería tener la libertad de hacer tantas cosas, siendo Él una de ellas, pero también quería otras cosas, experimentar lo que Él, siendo menor que yo ya sabía. Quería saber qué se sentía salir con mis amigos de fiesta, o al insípido cine, sin tener que mentir. Quería aprender a conducir y tener un carro (algo que Él ya sabía y tenía).

Pero esto no estaba en los planes de mis padres, los cuales a pesar de que sí disponían de los recursos para ayudarme en esas cosas, decidieron en vez, mantenerme con una correa corta, prohibiéndome tener un carro, buscándome a la universidad, haciendo espectáculos en la plaza central de mi universidad, narrando todos los insultos que se conocían, haciéndome quedar siempre como una idiota.

Prohibiéndome siquiera salir con mis amigos.

Creo que esa fue otra de las razones por las que empecé a salir con el tonto gago que se cree nabo. Porque él tenía carro y era de una familia de dinero. Fue mi primer y único intento de complacer a mi madre con mi elección de hombres.

Después de que me enteré de que Z estaba de vuelta con su india, sentí mi corazón romperse una vez más. Fueron tantos los celos y la rabia que se apoderraron de mí, que a los pocos días después accedí a salir con un chico que había estado detrás de mí por casi un año.

No era un mal muchacho, pero si tenía graves problemas psicológicos, claro, yo no sabía eso cuando comenzamos a salir.

La relación era algo intensa. Siempre he tenido un apetito insaciable. Pero nunca sucumbí ante estos apetitos antes. Pero con este chico, sucumbí a unos.

No es que el tipo besara de maravilla, pero por lo menos me dejaba hacer lo que yo quería, siempre dispuesto a complacerme. Me dejaba morderlo como me gusta, un arañazo de vez en cuando, demostraciones de afecto en público. Soy la clase de chica a la que le gusta el contacto físico; mucho contacto físico.

Solíamos tener intensas sesiones de besos en el jardín de la universidad; detrás de los matorrales; en la plaza circular de "Mama Chan"; dentro de su carro; en el estacionamiento de la universidad.

Me encantaba escucharlo decir mi nombre cuando movía mi pelvis contra la suya, solo rozándolo y con toda nuestra ropa puesta. Me encantaba que en clases se sentara en el pupitre frente al mío, dándome la espalda, y que bajara sus manos, llevándolas hacia atrás, acariciando mis piernas.

Cuando lo veía estudiando en alguno de los bancos de la universidad no podía evitar acercarme a él, quitarle el libro o guía que tenía en la mano, haciéndolas a un lado, abriendo mis piernas para que él quedara encerrado.

Sus manos iban hasta mis muslos, subiendo por mis nalgas hasta mi espalda, para luego pegar su cara a mis costillas absorbiendo mi olor.

Ese chico no estaba mal, era una muy buena distracción. Pero como antes de ser novios fuimos amigos, él sabía todo sobre Z. Y en vez de dejarse llevar por el presente, insistía en hacerme preguntas sobre Z, y eso realmente me molestaba, y yo terminaba encerrándome en mi mundo hasta que él me llevaba a mi casa.

Pero cuando se callaba la boca. Y solo me besaba, y llevaba sus dedos dentro de mí, Z dejaba de existir, lo olvidaba por completo, lo único que existía era esa humedad en mí, ese aroma en el aire.

Un día después de mucha planificación, mi novio y yo decidimos ir al Aladino (uno de los hoteles más cotizados en la ciudad, para ese entonces). El muchacho estaba muy entusiasmado, lo tomé como una buena señal.

Cuando estábamos casi llegando al lugar, dio una curva donde no era, y un carro se impactó contra su parachoques trasero. Mi novio era el culpable, pero la mujer que iba en el carro de atrás se bajó realmente apenada, al parecer ella estaba distraída o algo y pensó que el choque fue su culpa, y le dio una buena cantidad de dinero al muchacho para no involucrar a tránsito.

Yo estaba tratando de contener la risa en el asiento del pasajero. Cuando mi novio se subió al carro nuevamente, completamente sorprendido y emocionado me enseñó el dinero mientras me contaba lo que acababa de pasar, a pesar de que yo ya había escuchado todo.

Quizá debí tomarlo como lo que era: una mala señal.

Me ha tomado un tiempo poder reconocer esas malas señales, pero ya estoy aprendiendo.

Llegamos al lugar, y realmente me sentí decepcionada. No entendí cuál era el bullicio sobre el sitio. La cama era redonda, completamente incómoda. Un potro a un lado. Para ese entonces yo no tenía ni la menor idea de qué era

eso, yo solo tenía diecinueve años, era muy inocente en cuestiones de ese tipo. Y de paso el cuarto tenía esta música molesta, que por mucho que intenté buscar el suiche donde se apagaba, no lo pude encontrar.

Comenzamos la labor de despojarnos de nuestras ropas, mientras nos besábamos muy candentemente. Hasta que estábamos en nuestros trajes de nacimiento.

Cuando ya estaba sobre él. El muchacho comenzó a llorar.

¿Qué demonios? Pensé. Me miré en el espejo. No. No soy yo, yo me veo bien. Lo miré anonadada. Y entonces él comenzó a narrarme su historia, sobre de que era virgen, de que no sabía qué hacer.

¡Tipo yo tampoco sé qué demonios hacer pero no me ves llorando como una Magdalena! Pensé enfurecida.

Respiré profundamente, sentándome a un lado. Y allí me quedé, escuchando su melodrama, total y completamente decepcionada, mientras localizaba mi ropa para empezar a vestirme.

¿Cómo podía ser posible que el chico que me despertaba tan bajos instintos pudiera ser tan melodramático? Era más melodramático que yo.

Lo más cumbre del día fue cuando me dijo que se masturbaba como si estuviera acariciando un gatito.

¡¿QUE?! Pensé escuchando una alarma en mi cabeza. Traté de hacer acoplo de mis emociones, represando la urgencia de reírme a carcajadas.

Vale decir que esa noche no pasó nada. Nos tardamos más en llegar, que el tiempo que pasamos allí. Y no de buena forma.

Al llegar a mi casa, mi madre estaba engrinchada, le volteé los ojos, y fui hasta mi cuarto para dejar mi cartera y los zapatos y luego me fui a bañar. Como si eso fuera a quitarme lo que tenía en la piel.

¿Este es el hombre con quién por una milésima de segundo pensé en decirle sí a casarme con él? pensaba mientras dejaba que el agua caliente de la regadera me cubriera. No. Definitivamente no. Pero tenía la espinita en alguna parte de mi cuerpo, y no terminé con él.

Tal vez fue solo la presión del momento. Intenté convencerme.

Y un día en su casa, lo persuadí de hacerlo en su cuarto. El muchacho tenía un buen equipo, pero tenía razón, no tenía ni idea de qué hacer con el.

Fue extremadamente aburrido, la biblioteca estaba muy tentadoramente cerca de la cama, tuve que reprimir el impulso de estirar la mano y agarrar un libro.

Me acordé de las películas en que las mujeres fingen orgasmos, y eso hice, fingí que tuve un orgasmo, y el muchacho se separó de mí a los pocos segundos.

Si. Es cierto que después de ese tremendo fracaso, le dije para hacerlo otra vez. ¡Demonios! ¿Tal vez fue solo porque era su primera vez? Pero el muy tarado dijo que no y allí quedó el asunto.

Pasamos en total siete meses juntos, no volví a decirle para tener sexo, realmente ya ni me interesaba besarlo, todo el sexapil desvanecido en el aire.

Esta condenada lluvia, acaparando mis pensamientos. Era un idiota, pero al menos quería estar conmigo.

Ese era el tiempo en que yo estaba recién empezando la universidad y mi relación con Z era básicamente por Messenger.

Al yo comenzar la universidad comencé a notar ciertos cambios en Z, en ese momento no me di cuenta que estaba presenciando el comienzo del final. Lo notaba más preocupado por su apariencia. No tenía nada que ver conmigo, sino con ella, la india de Internet (así la voy a llamar hasta que me dé la gana).

Z comenzó a trabajar sus músculos, se hizo un terrible tatuaje del contorno de un tiburón en el brazo, realmente espantoso. Si aún fuéramos amigos le diría para hacerle un diseño para cubrir ese adefesio, pero no lo somos.

En otras palabras se volvió más apetitoso.

Un día estaba en casa de Z, y Él me puso contra la pared de la escalera. El condenado sabía el efecto que tenía en mí. Pero yo seguía siendo una cobarde. Su rostro estaba a pocos centímetros del mío, sostenía mis muñecas a los lados de mi cuerpo, presionándolas contra la pared, su respiración pesada sobre mi rostro.

Cada partícula de mi cuerpo gritaba, mis labios querían cobrar vida propia y besarlo. Ignorar el hecho de que toda su familia y la mía estaban en la casa y correr por las escaleras hasta su cuarto, correr a su estúpido primo fuera de el cuarto, y dejarme llevar por mis instintos. Después de todo ya Él tenía dieciséis años.

Pero tan pronto como el pensamiento se cruzó por mi cabeza, Él me soltó, y se dirigió hasta la sala donde estaban nuestros padres.

Me quedé pegada a la pared tratando de asimilar lo que no había pasado. Me sentía tan entumecida que me tuve que sentar sobre el escalón de la

escalera, tratando de recuperar el aliento. La espantosa música resonaba en el salón de visitas de sus padres, y entonces Z emergió del salón, asomándose a un lado a ver dónde estaba yo. Una pícaro sonrisa en su rostro, sus mejillas sonrojadas, esa condenada mirada tan suya. Desde un lado del marco de la puerta extendió su mano, ofreciéndomela.

Llevé mi mano hasta la suya sin permitirme pensarlo mucho.

"Vamos a bailar" me dijo, mientras se posaba nuevamente frente a mi.

¿Yo bailando? Yo tengo dos pies izquierdos, solo sé mover mi cadera y mi trasero de forma provocativa, más de eso, no tengo idea de lo que hago. A parte, sus padres y mis padres estaban en esa sala. Un ataque de pánico recorrió mi cuerpo.

"No sé bailar" tartamudeé en susurros, el corazón latiéndome a millón por hora.

Z me miraba apretando sus delgados labios, esa mirada pesada que tiene Él, fija en mí, analizándome completa. Me haló hasta Él, y por un minuto quedé atrapada en sus brazos. Quería besarlo con tantas ganas. Tantos ganas.

Su cara comenzó a acercarse a la mía, el aroma de su piel, el sudor bajando por su cuello, es un aroma que aún después de tantos años sigue vivo, danzando a mí alrededor, un aroma parecido al musgo, a madera y a sudor de hombre que simplemente me enloquecía.

Mi corazón estaba acelerado, como siempre ocurría cada vez que Él siquiera me mirara. El calor que emanaba de cada poro de su piel rebotando sobre mí, envolviéndome. Él sabía perfectamente bien el efecto que tenía sobre mí, yo no soy tan buena actriz.

En la distancia, dentro del salón escuché a su papá llamarlo insistentemente. Mis ojos estaban fijos en su rostro, detallando cada movimiento, Z cerró los ojos y me soltó, una vez más entrando a la sala, dejando una sensación fantasma en mi piel donde sus manos acababan de estar. Comencé a caminar torpemente hasta la sala, y me dejé caer en el sofá cerca de mi mamá.

Su papá insistía en que Z bailara con su hermana. Una demostración algo perturbadora, una imagen que aún quiero borrar de mi cabeza.

Z no volvió a intentar ese movimiento conmigo.

Después me enteré que había terminado con la india para esa época, pero que días después volvieron.

Un nuevo ataque de rabia, se apoderó de mí.

¿Acaso intentó besarme porque ellos terminaron? O, ¿intentó besarme porque realmente quería hacerlo? ¿Realmente intentó besarme o yo solo estaba alucinando como siempre?

Nunca pude responder esa pregunta. Nunca me atreví a formularla.

Quizá debí tomar su mano y entrar a esa sala y dejarme guiar por sus pasos, al menos intentar bailar con Él y no simplemente tomar la salida cobarde y decir ese soso "no se bailar" su rostro me perturba aún después de tantos años.

Sus manos en mi cintura sosteniéndome no solo con sus manos sino con la mirada, esos penetrantes ojos marrones con el universo entero encerrado en ellos, su oscuro cabello ondulado y despeinado, vapor saliendo de sus poros liberando el aroma mohoso y almizclado que exudaba su piel.

La forma resignada en la que soltó mi cintura dando un paso atrás al final de las escaleras dejándome en un escalón más alto que Él y sin embargo a su misma altura.

Esa maldita mala maña que tengo de entrar en pánico y no saber exactamente qué hacer.

La forma en que Z arqueó sus cejas al verme sentarme en el escalón, su penetrante mirada aun sobre mi, haciéndome sentir más nerviosa, su mano extendida aun pidiéndome que entrara a esa sala a bailar con Él esa espantosa canción. Mi única preocupación era que allí estaban nuestros padres y si bailaba con Él se iba a notar mi cara de idiota; mis dos pies izquierdos no eran el problema, yo era el problema.

Para poder calmar mi ataque de rabia, de nervios fui a buscar una Smirnoff, el alcohol siempre me hace pensar con más claridad y con más premura.

No importa lo que haga, no puedo sacarlo de mi cabeza, es un demonio que me acosa sin descanso y no hay clérigo que lo pueda ahuyentar, porque Él es ese maléfico ser que alumbra su camino hasta dejarme cegada e indefensa.

Cada vez que tenía la oportunidad de recostarme en su cama, e intentar quedarme dormida, lo hacía, y minutos después lo sentía a Él acostarse en el otro extremo, tan cerca de mí. Casi rozando su piel con la mía. Era increíble la rapidez con la que me quedaba dormida con Él a mi lado. En solo segundos, pero como tengo el sueño liviano me despertaba a cada rato. Por lo general padezco de insomnio, pero cuando estaba junto a Z, caía dormida al poco rato

de que sentía su cuerpo cerca del mío, o solamente su presencia. No era aburrimiento, era una sensación que incluso ahora no logro descifrar, me sentía cómoda, segura, el aroma de su piel y el calor de su cuerpo cerca del mío, haciéndome saber que podía permitirme relajarme, bajar la guardia para poder cerrar mis ojos un momento y descansar.

Una noche estaba en clases, y mi papá me llamó para decirme que iba a ir a la casa de su "amiguito" mentí diciendo que no tenía más clases para que me fuera a buscar, e ir con él. Bajé hasta la entrada de la universidad a esperar a mi papá, el cielo estaba encapotado, las nubes tenían un color beige como marrón y la media luna sobre mí estaba sonriendo, la brisa era fría, pero me rehusé a ponerme la chaqueta, quería mantener mis hombros y mi espalda expuesta. Por algún milagro, ese día llevaba una franela negra ajustada al cuerpo, que dejaba parte de mi espalda expuesta al igual que mis hombros, cubriendo solo mis brazos. Minutos más tardes mi papá estaba allí.

Llegué a la casa de Z, y nos quedamos en el patio delantero de la casa, sentados en las sillas de metal (eso me decepcionó un poco). No tuve ni un solo segundo a solas con Él, porque el lugar estaba colmado de sus amigos, y amigos de su hermana.

Uno de sus amigos no dejaba de coquetear conmigo. Z estaba serio ante esto, sus labios prensados y esa mirada pesada sobre mí, yo estaba temblando y no precisamente por el frío. Z nunca dijo nada. Me habría gustado ver alguna expresión facial, algo que me indicara que quería que dejara de hacerlo. Le seguí el juego a su amigo solo para molestarlo.

Fui hasta allá para poder estar cerca de Él, y el muy imbécil ni se dio cuenta.

Con respecto a su papá, antes dije que tenía mis razones para ser despectiva con ese señor, bueno, no es solo por las mierdas que sé que le hizo a la prima, y a la hija de ellos cuando era solo una bebé; sino por cosas que me dijo durante mi adolescencia.

A pesar de elegir la universidad en la que estudié, realmente no era feliz. No estaba estudiando lo que quería, convencí a mis padres que era lo que quería, porque cuando dije al principio que quería estudiar diseño, ambos me dijeron que eso no era una carrera, que tenía que estudiar algo que diera dinero. Me tocó tragarme todo y estudiar una carrera que estimé que "daba

dinero", después de todo el "amigo" de mi papá y el padre de Z ganaba bastante dinero como abogado.

La peor decisión de mi vida.

Detesté cada minuto que pasaba en ese lugar. Pero como a mi hermana le tocó estudiar en una universidad militar, la cual era, por las cosas que ella cuenta, un completo infierno; me tuve que tragar todo lo que sentía (lo mejor que pude).

Cuando comencé la carrera de derecho, mi mente tonta de adolescente fantaseaba con ir a la casa de Z a usar los libros de su papá para las tareas, y aprovechar para estar cerca de Él. Eso nunca sucedió.

Mis tareas de derecho me tocó hacerlas en la biblioteca de la universidad y lo que necesitaba del Internet (el cual no tenía en mi casa, porque era "peligroso"), mi papá me buscaba esa información con el Internet en su oficina, con la ayuda de su "amiguito".

En una oportunidad junto a las impresiones tomadas de Internet, mi papá me llevó a la casa unos libros que me estaba regalando su "amiguito" (unos libros que más adelante me fueron útiles).

Mi papá insistió en que llamara a ese señor para agradecerle por los libros.

A pesar de que me negué incontables veces. Tuve que llamarlo.

Cuando le agradecí por los libros. El muy viejo verde me dijo: "Quizás puedas agradecerme con un besito en la boca o un toquecito en algún lado". Quería insultarlo, responderle que ese era un placer que estaba reservando para su hijo. Pero no dije nada, solamente dije "No. Gracias por los libros" y colgué la llamada.

Nunca le conté esto a mis padres, sino muchos años después, y a Z nunca se lo conté, no me pareció que era apropiado. No quería causar problemas, yo solo tenía diecisiete años cuando eso sucedió.

Por eso digo que es una piltrafa.

Capítulo Siete

Declive y Caída en el Falso Olvido

Los dedos me pican por escribirle, mis labios pronuncian su nombre sin darme cuenta. Esta grave necesidad de querer verlo y hablarle.

Tomo el móvil y no sé qué escribir.

No hallo un inicio de conversación adecuado. ¿Qué le puedo decir a alguien a quién no he visto en mucho tiempo? Alguien a quien ya no conozco, que ya no me conoce; o tal vez sí.

No quiero ser intensa, no quiero mostrarme apremiante, pero, ¿cómo puedo tener una conversación trivial con alguien que por mucho tiempo he considerado el amor de mi vida? ¿Cómo puedo hablar tonterías cuando lo que quiero decir es tanto que no logro encontrar el punto de inicio? Tal vez comenzar con el final, con su partida... No, eso despertaría mi rabia, y realmente eso no es lo que quiero transmitir.

Ok me rindo, he pasado días, semanas, meses, años, ¡demonios! he pasado una maldita década pensando en toda esta mierda una y otra y otra vez. No puedo dejar de pensar en Él, de soñar con Él, de revivir cada maldito momento que estuve en su presencia, a veces quisiera que el muy idiota estuviera muerto, porque el luto que llevo en el alma se asemeja al que siente alguien que ha perdido al amor de su vida por una causa más grave que "tonterías de carajitos". La única maldita diferencia es que Él está bastante vivo y sano, pero todo lo que había entre nosotros está muerto.

Paso los días encerrada, escondida en mi cuarto, a veces llorando, otras sentada en silencio sobre mi cama, abrazando mis piernas, observando a la nada, con el televisor encendido para hacerme la idea de que hay alguien más en el apartamento. Llenando el silencio. Escuchando música que a cualquiera le darían ganas de cortarse las venas y terminar con todo el maldito asunto.

Hay días en los que no se si voy a poder aguantar otro día más, otro maldito día con la misma mierda. No necesito un maldito psiquiatra para saber que estoy deprimida, tengo mis razones para estarlo- No tengo por qué disculparme con nadie por querer un poco de soledad, por no querer escuchar las mismas pendejadas de siempre, los mismos chismes de todos los días.

En un sueño fui extremadamente honesta conmigo misma, solo he amado a dos hombres en esta vida, uno estaba casado ya y en un momento de incertidumbre emocional, y el otro aunque está legalmente soltero, ha pasado

más de una década con la misma mujer. Y aunque ambos en algún momento sintieron algo por mí, realmente nunca me amaron.

¿Cuál es el objetivo de borrar cada uno de los mensajes en los que le mostré lo que sentía?, ¿de qué me sirve borrarlos?, si recuerdo exactamente lo que dije, cada una de las palabras que escribí, explicándole por qué reacciono de la forma en que reacciono, recalcando el hecho de que siempre lo amé, que aún lo hago por alguna razón que desconozco.

Nunca supe si me enamore de Él en un momento específico o si ocurrió progresivamente, solo recuerdo el día en que me di cuenta, y el gran impacto que tuvo en mí, y en cada una de las decisiones que tomé desde ese día.

Hice mi mayor esfuerzo en no hacer o decir algo durante esos fugaces e interminables años en los que aún éramos... ¿amigos, familia?, lo que sea que hayamos sido. Me mantuve al margen. Y luego cuando finalmente dije lo que sentía. Esa primera vez en que lo dije muy torpemente una mañana, no salió precisamente como quería, ¡demonios salió terrible!, pero lo dije. Conté los minutos, las horas, revisando a cada segundo la conversación de Messenger, esperando alguna señal de Z, esperando a que respondiera algo, pero no lo hizo.

Me quedé esperando alguna respuesta de su parte, respuesta que nunca llegó. Fue allí cuando todo comenzó a salir mal.

Los mismos pensamientos me atormentaron todos los días. No pasó ni un solo día en que no dejaron de hacerlo. Eran pensamientos o premoniciones, un instinto casi animal. No importaba qué hiciera o qué dijera, Z seguía allí metido en mi cabeza. Era un deseo que no me dejaba ver, un capricho o una ilusión, pero era tan fuerte que casi lo podía tocar, sentir. Sentía que si cerraba los ojos podía manifestarlo en el éter, aparecerlo de la nada. Nunca supe cómo describirlo exactamente, escapaba cualquier tipo de lógica. Me carcomía por dentro.

Los ataques de ansiedad eran constantes a lo largo del día, todos los días. Eran tan fuertes, que la única forma de dominarlos era golpear algo con fuerzas o clavarme las uñas en las manos para poder reaccionar. Soñaba despierta constantemente y mi concentración era completamente nula.

Mis sueños. Mis sueños dejaron de ser sueños para ser meras copias de la realidad diaria, siempre era consciente de lo que soñaba, fue un gran shock para mí darme cuenta, que a pesar de que estaba soñando, podía pensar y

razonar, y que las personas no hacían lo que usualmente sucede en un sueño, sino que eran copias exactas de la realidad.

Ya me acostumbré a eso.

Lo único bueno era que comencé a soñar que volaba solo deseándolo. Mi cerebro no descansaba nunca, y siempre me despertaba de mal humor y con sueño. Algunos sueños a pesar de que estaba consciente en ellos, rallaban más allá de lo lógico y extravagante, mientras que otros increíblemente sencillos, sobre situaciones cotidianas, soñaba con mi vida en ese momento y me despertaba frustrada, porque incluso en el sueño sabía que quería soñar con lo que quería y no podía.

Dormía, pero en realidad no dormía, me despertaba igual de cansada que como me acosté, o peor. Me sentía tan cansada que me costaba levantarme en las mañanas, mucho más de lo normal. Y durante todo el día no me podía concentrar en nada, y lo único en lo que me podía concentrar era en eso. Eso que realmente no existía, eso que no podía obtener, algo que estaba cubierto por una especie de bruma.

Pasé tanto tiempo sin poderme concentrar bien en clases, aunque salía relativamente bien en algunos exámenes, el resto los aplazaba monumentalmente. Los que aprobaba era porque estudiaba con las notas de mis amigos, porque ni eso era capaz de hacer. En clases mi mente divagaba.

Lo único en lo que podía pensar era en Él. En Z.

Él. Menor que yo por tres años, en su cabello oscuro casi negro y ondulado, siempre quise hundir mis dedos entre sus cabellos. Nunca lo hice. Sus ojos marrones con rayitos verdes, sus ojos que me hacían alucinar con galaxias y universos dentro de ellos, poseedores de esa extraña luz hipnotizante. Para ese tiempo debido a la diferencia de edad Él era más bajo que yo, aunque ese detalle después se solucionó. Las pecas en su rostro. Adoro esas pecas. Sus lunares simétricos en cada mejilla, esos lunares idénticos, del mismo tamaño, y en la misma yuxtaposición, yo le decía que eran sus ojos de repuesto, y Él se ría cuando se lo decía.

Recuerdo cuando Z tenía como cuatro años y yo siete, estábamos en el estacionamiento del edificio en el que Él vivía con su familia, y Él estaba conduciendo alrededor del estacionamiento con su Jeep de baterías, de esos que son del tamaño de los niños y que se pueden conducir hasta que se les acaba la batería. El Jeep era amarillo. Yo iba en el asiento del pasajero, y por

alguna razón nos pusimos a pelear y Z me empujó al piso.

Yo me levanté molesta, corrí hasta el Jeep, empujé a Z fuera, me senté frente al volante y comencé a conducir.

Su mamá desde ese entonces comenzó a decir que nosotros dos parecíamos una pareja de casados.

Todo entre Z y yo era básicamente real, no había secretos, al menos no hasta que me di cuenta de lo que yo sentía por Él, y cuando nos peleábamos, nos reconciliábamos rápido.

Una mañana como a las 9:00 am., me pasó algo extraño (para ese momento era extraño).

De repente me desperté con el corazón latiéndome a mil por hora, totalmente asustada, no podía respirar y tenía ganas de salir corriendo y gritar. Estaba desesperada y no había tenido ninguna pesadilla (después de buscar en Internet me enteré que se trataba de un ataque de pánico) segundos después de que me desperté, no podía dejar de pensar en la oportunidad que perdí esa noche.

El día anterior a mi ataque de pánico había sido el cumpleaños del hermano pequeño de Z. como de costumbre me esforcé en vestirme lo más atractiva que podía, pero en vez de la usual minifalda decidí usar un pantalón bota ancha y una franela que dejaba mi espalda descubierta y mis acostumbrados zapatos de plataforma. Sabía que esos zapatos me iban a cobrar una mala jugada en algún momento, pero me encantaban, me hacían sentir alta.

Su mamá contrató unos colchones inflables. Y a pesar de que el muy idiota de Z estaba coqueteando con la carajita que estaba encargada de uno de los colchones, decidí no causar ninguna escena de celos, no era apropiado y no era precisamente el enfoque que quería darle al día. A pesar de que quería agarrar a la carajita por los cabellos y arrastrarla por el piso.

Me senté dentro del colchón inflable. No recuerdo quién entró primero si Él o yo. El asunto es que ambos estábamos allí, sentados uno frente al otro en los diferentes bordes del pequeño castillo inflable. El calor era espantoso, el interior del colchón inflable se sentía como un sauna, pero no me quería bajar, quería quedarme con Él. Los niños saltaban a nuestro alrededor, mientras hablábamos de realmente nada importante, pero me pareció ver algo en sus ojos, ese extraño y enigmático brillo en sus ojos.

Cuando la tarde comenzó a caer era hora de recoger todos los colchones inflables y cuando lo vi comenzar a coquetear con la carajita (otra vez), respiré profundamente y entré a la casa decidida a buscar algo con lo que apaciguar mi mal humor. Fui a buscar una botella de Smirnoff fría.

Era de noche, pero el calor era insoportable, sentía gotas de sudor bajar por mi cuello y mi espalda. Me quedé frente a la cava recibiendo el aire frío que de ella emanaba. No escuché cuando Z entró a la cocina, pero al sentir una lata fría pegaba en mi espalda, supe inmediatamente que era Él. Ladeé mi cuello a un lado y la lata fue suplantada por una mano fría y húmeda (me gusta sentir cosas frías contra la piel de mi espalda, especialmente cuando tengo calor).

Su mano abierta recorría mi espalda. Su mano estaba fría y mojada, llena de agua congelada de la cava. Creo que una especie de gemido se escapó de mi garganta, porque su mano se alejó de mi piel tan rápido como si acabara de tocar hierro ardiente. Me volteé a verlo, y volví a ver ese brillo en sus ojos. No sé realmente qué era, pero era simplemente provocador.

El día caluroso se transformó en una noche igual de calurosa. Z y uno de sus amigos se pusieron unas máscaras con motivos de monstruos, realmente malas, pero una de mis primas pequeñas decidió llamar la atención guiñándose de mí como un mono araña cada vez que los veía.

Me encontraba de pie en el balcón de blancas barandas, una brisa refrescante comenzaba a soplar, no había luna en el cielo oscuro que amenazaba con dejar caer lluvia, la calle estaba únicamente iluminada con la luz de los postes.

Z corría y danzaba en la calle, mientras mi pequeña prima seguía guiñada de mi cuello. Entonces Él se levantó la máscara sobre su frente y en esa oscura noche pude ver con toda claridad el brillo en sus ojos. Me sentía desesperada. Una macabra sonrisa se formó en sus labios. Mi mente se quedó en blanco, un pitido ensordecedor resonaba en mis oídos, las voces en mi cabeza que usualmente me instaban a detenerme, en ese momento hicieron completo silencio.

Dejé a mi pequeña prima en el suelo. Pensando "Yo no soy su madre". La escuché gritar, pero no le presté atención. Corrí abajo por las escaleras, tratando de no caer con mis altos zapatos de plataforma hasta llegar al exterior de la casa.

Al llegar a la calle levanté la vista al balcón en el que mi pequeña prima

seguía llorando desconsolada, pero poco me podía importar, necesitaba encontrarlo. Él no estaba ya donde lo vi antes, y comencé a caminar a uno de los lados del exterior de la casa, hasta que di con Él, escondido tras uno de los matorrales.

Caminé hasta Z, acercándome con pasos seguros mientras el ruido de la música dentro de la casa era opacado con el ruido que hacía mi corazón al latir. Podía saborearlo ya en mis labios.

Mi mente volando en todas direcciones. Su máscara doblada sobre su cabeza. Su mirada sobre mis labios. Estaba tan cerca de mí, que podía sentir su respiración sobre mi nariz y mis labios, todos los pelos de mi nuca se erizaron, di un paso más cerca de Él, absorbiendo el aroma de su aliento. Y entonces mi madre se materializó tras nosotros. Estaba completamente ebria, llamándonos y riéndose. Frente a mí ya no estaba Z. En menos de un segundo pasó corriendo a mi lado, dejando únicamente su estela al pasar.

Quería matar a mi madre. Mi hermana iba del brazo de mi madre, mi papá unos pasos atrás. Escuché como Z se despidió de mí de lejos, abrasó a mi mamá y luego corrió hasta la casa. "¿Se estaban besando?" preguntó mi madre muy impertinente. "No" le respondí molesta.

¿Cómo demonios lo iba a besar contigo atrás riéndote como una loca? No quería quedarme con esa sonsa despedida. "Ya vengo, olvidé algo" le dije a mi madre y caminé en dirección a la casa nuevamente.

Cuando llegué al umbral de la puerta de la casa, vi a Z bajar los escalones corriendo, llevaba algo en la mano, me quedé allí de pie, sintiéndome derrotada. Mi plan esfumándose en el viento. Z se acercó a mí, me extendió su mano entregándome una baraja del mazo de cartas Magic que yo estaba admirando antes.

"La linterna que llevaba no iluminaba su camino, indicaba su aproximación" rezaba la carta de Magic.

Algo se desmoronó dentro de mí al leer esa baraja. No pudo elegir una baraja mejor que esa, tan extraño ese significado.

La tomé en mi mano, y caminé hasta el carro de mi papá. Mi madre volvió a hacer un comentario impertinente. Sostuve la baraja entre la palma de mi mano y mi pierna, con la vista fija en la ventanilla, sentí que una lágrima se derramaba por mi mejilla y la dejé correr, pero me tragué el resto.

Aún conservo esa carta, es lo primero que cae de mi diario cada vez que lo abro. Está intacta como la primera vez que la tuve en mis manos.

Z no tiene idea de cuántas veces esa carta me ha sacado de situaciones incómodas, es una imagen que nunca abandona la galería de fotos de mi móvil. A parte de ser el recordatorio de lo que no fue.

¿Por qué ella y no yo? Es lo que siempre quise preguntarle a Z y cada vez que la pregunta viene a mi cabeza, una extraña sensación crepita por mi pecho, recorriendo una vena hasta llegar a mis dedos pulgar e índice en mi brazo izquierdo. La línea de mi corazón.

Yo de verdad lo amaba.

Hago mis manos puños, clavando mis uñas en la palma de mi mano, concentrándome en este dolor para evitar el torrente de lágrimas que aparecen cada vez que recuerdo que Él le dijo a mi madre y no a mí que yo era su amor platónico. ¿En qué demonios estaba pensando? Debió decírmelo a mí, no a mi madre.

Unos días después de ese fallido beso fuera de su casa, decidí armarme de valor y hablar con Él por Messenger. Le dije lo que sentía, le dije que me gustaba, y antes le di a entender que estaba enamorada de Él. No me respondió, ni ese día, ni ningún día siguiente. Pasaron meses hasta que nos volvimos a ver, y ese día me di cuenta que ya nada sería como antes.

Casi dos años duró ese estira y encoje entre nosotros, sin poder tener un minuto solos, y cuando los teníamos algo nos interrumpía.

Cuando yo tenía diecinueve y Él dieciséis, me convencí que Él ya estaba en edad en la que no iba a ser tan escandaloso si decidía abusar de Él.

En esa época comenzaron nuestras conversaciones hasta tarde en las noches, no hablábamos de mucho en realidad, básicamente tonterías, pero esas conversaciones, me daban a entender algo, o eso pensé.

Después de insinuar el tema que me interesaba, Él me hizo saber que había vuelto con la india, y que dentro de poco iba a viajar para verla. La carajita ni siquiera vivía en la ciudad.

Sentí mi corazón romperse.

Allí murieron nuestras largas conversaciones.

Yo no quería ser su amiga, quería ser algo más.

Capítulo Ocho

Cartas sin Orden

Me siento como un satélite girando alrededor de su órbita, cerca, pero sin acercarme para evitar quemarme con la radiación, temiendo el fuego que una vez fue lo que me impulsó. Intentando enmendar los anteriores errores de navegación, buscando qué fue lo que giró la conversación en la dirección equivocada, llegando a un punto muerto. Pensando en cuánto puede cambiar un sueño al recibir un toque de realidad muy necesitada, pero inesperada. La colisión que debió ser pero que perdió velocidad, desviando los cuerpos de su curso. Alejándonos, impactando en el lugar equivocado.

Muy tarde me di cuenta del error de juicio, muy tarde me di cuenta que nunca debí alejarme de la dirección ya pautaada, cegada al calcular el posible golpe del impacto. No debí dejar que otros marcaran y definieran el destino ya escrito en las estrellas, debí quedarme en mi puesto designado, no debí dejar que mis irracionales emociones y mis miedos dictaminaran mi camino.

Me quedo esperando poder atravesar la tormenta en el momento oportuno, acumulando energía para marcar el curso, y atravesar ese sol, sin importar las quemaduras causadas en el proceso.

La última navidad en que vi a Z. Era la fiesta anual de navidad de la empresa en que trabajaban mi papá y el papá de Él. Yo ese año decidí invitar a mi mejor amiga y a mi novio, el cual se fue con pantalones de jeans rotos.

Lo quería asesinar, muy específicamente le dije que era semiformal. Pero ese concepto no le llegó al cerebro. Como dije antes, ya todo el sexapil estaba desvanecido, y comencé a percatarme de todos y cada uno de sus defectos, los cuales era muchos. Yo no soy perfecta, pero....

Cuando Z llegó, su camisa era morada y de una tela que parecía seda, era simplemente espantosa, la eligió su mamá. No hacía falta que nadie lo aclarara. Pero obviando el tema de la horrenda camisa morada, Él se veía atractivo, y lo único que yo podía pensar, era, que yo estaba sentada junto a ese mamarracho, en vez de junto a Él.

Z se veía incómodo, justo como ese día en su vieja casa, en el cuarto con la cinta de perros labradores, quería ir hasta Él, abrazarlo, besarlo, quería estar con Él, no con el idiota a mi lado que no entendía lo que semiformal quiere decir.

Y Z con esa maldita mirada de perro lastimado, observándome de vez en vez. Quería golpearlo en la cabeza y gritarle: ¡Te dije lo que sentía por ti y tú la elegiste a ella, así que no me mires de esa forma!

No estaba segura de si Él estaba con la india aún, o habían terminado otra vez. Realmente no me interesó averiguar. Traté de ser lo más tajante con Él que podía ser; a pesar de que lo único que realmente quería hacer era sentarme a su lado.

Durante la comida, su mamá muy maliciosamente dijo "pensé que te gustaban de otro tipo", me dijo "más tiernos".

Quería atravesarle el ojo con el cuchillo.

"A ella no le gustan los carajitos" le respondió mi mamá.

"No. Mi tipo puede variar, me gustan los pelirrojos, pecosos, con manos grandes, o de cabello oscuro, pero la personalidad ayuda" dije muy tajante.

Más tarde vi a Z decirle algo a mi madre, pero traté de ignorar mi curiosidad entablando conversación con mi amiga.

En algún momento de esa tarde mi madre se acercó a mí y me dijo. "Z me dijo que tú siempre serás el amor de su vida, o algo así". ¿O algo así? ¿Por qué mi madre nunca repite las cosas tal cual cómo se las dicen?

Apreté mis manos en puños clavando mis uñas en las palmas de mis manos. Le lancé a Z una mirada bastante asesina, Él mantuvo mi mirada por unos largos segundos y luego bajó la mirada. Parecía herido, como si alguien acabara de sacarle el corazón de su caja torácica y pisotearlo frente a Él.

Me levanté iracunda de la mesa, y caminé hacia el baño, con mi amiga pisándome los talones.

Cuando entramos al baño comprobé que no había nadie dentro y tranquilé la puerta con el seguro.

"¿Cómo se atreve?" comencé a gritar "¿El amor de su vida? Pero Él la eligió a ella, a la india." Siempre la llamé así, con desprecio. Lo sigo haciendo. No importa cuánto mi madre intente convencerme que ella es agradable. No puedo no detestarla. "Él sabía lo que yo sentía, lo que yo quería, yo se lo dije, le dije que me gustaba, y Él la eligió a ella" no podía dejar de gritar lo mismo una y otra vez. "Pero, pero, pero, siempre hay un maldito pero con Él. La luz está más lejos mientras más cerca la vez" yo gritaba, caminando de un lado a otro. "Yo no voy a esperar por Él el resto de mi vida, yo me merezco más". Terminé mirándome al espejo, sosteniéndome con fuerzas del borde del lavamanos. Respiré profundamente "¡Que se joda!"

grité y abrí la puerta del baño.

Cuando salí del baño y pasar la curva al pasillo, lo vi cerca de una de las columnas cercanas al baño, mirando en mi dirección. La expresión en su rostro. Y no pude dejar de pensar ¿Cómo es posible que siga rompiéndome el corazón? ¿Cómo se atreve a verme con esa expresión de dolor cuando fui yo la que salió con las tablas en la cabeza?

Caminé a paso apurado a su lado.

El resto de la velada decidí ignorarlo. Estaba tan molesta que es muy posible que hubiera asesinado a alguien ese día.

Al pobre idiota con que estaba saliendo, lo tuve bien engañado ese día. Su cara de bobo cuando llegué de nuevo a la mesa, traté de tolerar sus estúpidos comentarios, mordiéndome la lengua. No le iba a dar ninguna satisfacción a nadie de no ver nada más que alegría en mi rostro.

¡Era todo una actuación! Estaba ebria, molesta, ¡quería asesinar a Z! y al mismo tiempo me quería encerrar en el baño con Él, pero Él... ¡Él simplemente se quedó allí sentado observándome sin decir nada!

Tengo que sacudir mi cabeza de un lado a otro para deshacerme del pensamiento.

¿Por qué no dijo nada?, a mí al menos. ¡Era a mí a quién debió decirle eso, no a mi madre! Si esas palabras hubiesen sido para mí, tal vez... solo tal vez.

Él me borró de su vida. Era mi mejor amigo y me alejó.

Mientras bailaba junto a mi novio en esa fiesta, no podía evitar mirar de a ratos en dirección de Z, esperando que Él reaccionara, que me jalara a un lado, y me obligara a bailar con Él. Quería estar con Él. Aún sigo queriendo eso.

Días después me llevé tremendo susto, un día en que mi novio me llevaba a mi casa, y me preguntó: "¿No te gustaría tener sexo amarrada a una cama, con los ojos vendados?" mi cara se volteó lentamente hasta él (en una cuasi perfecta imitación de Linda Blair), completamente muda "o con uno de esos trajes de cuero negro y látigos" analicé muy seriamente la posibilidad de bajarme del carro y llegar a mi casa por mi cuenta. Pero me daba flojera, y aparte estábamos pasando por Petare, que no es precisamente un lugar agradable en el que encontrarte solo, y sin la mínima idea de cómo atravesar las hileras de puestos de buhoneros que esconden malandros, hasta llegar a la entrada del Metro. Así que solo negué con mi cabeza, y cuando llegué a la

entrada de mi edificio, me bajé del carro casi corriendo.

Yo tenía diecinueve años, aún no había conocido al "Mr. Grey", y era bastante inocente en estos asuntos. Ese tipo de cosas no estaban en mi mente. Aunque ni ahora haría esa vaina.

Inventé un sinfín de excusas para no verlo más, para no salir con él, escudándome en el hecho de que unos primos que estaban de visita desde Alemania, acaparaban todo mi tiempo. Inventé algo de que "no eres tú, soy yo" y terminé esa relación por teléfono.

¿Por qué ver a Z me hace recordarlo todo?, todos esos recuerdos al mismo tiempo, golpeándose, peleando por ver cuál se apoderará más de mi ser.

Sigo siendo mayor que Él. El muy idiota no tiene idea de desde cuándo lo he amado, o deseado. Reprimiéndome, atando mis manos con una cuerda invisible, pensando que era una especie de perversa.

Trago mis lágrimas, mi garganta se siente rasposa, pesada.

Las noches en vela que pasé esperando por el momento exacto, esperando por el momento en que era relativamente correcto, solo para estrellarme contra una pared.

Me sigue rompiendo el corazón aún después de tanto tiempo, con solo pensar que dejé mi ego interponerse ante todo. Que debí decir algo cuando aún había tiempo. Que debí ignorar todo lo que nos rodeaba por solo un segundo, un maldito segundo.

¿De qué me sirven tantos libros inspirados en un ser que ya no existe?

Esa condenada sensación en mi pecho, cada vez que me acuerdo de esa noche fuera de su casa; el sonido de los grillos, el eco de la música sonando en la sala de la casa, el tamboreo de mi corazón, el brillo en sus maléficos ojos, su lengua saboreando sus labios.

Si tan solo... Si tan solo pudiera dejar de ser repetitiva en mis pensamientos.

Cada vez que paso frente a la subida que lleva a su casa, la idea salvaje de virar en esa dirección se atraviesa en mi cabeza, y no puedo evitar mirar en esa dirección. Sin embargo siempre tomo el desvío que lleva a mi casa, dejando atrás esa subida. Mi imaginación comienza a volar en todas direcciones, comienzo a imaginar en cómo habría sido si en vez de seguir de largo hubiese subido. Muchas teorías se forman; la más común es la de que Z

me recibe con cariño como antes lo hacía y pienso en dar la vuelta, solo estoy a unos minutos de distancia. Y luego llega la idea que muy probablemente sea la más correcta, la visión de que Z me va a recibir como quien recibe a un extraño, sin idea alguna de qué hago yo allí, porque no llamé primero, poniéndolo incómodo no solo a Él, sino a todo aquel que vive allí. Ira viene a mí, pensando ¿qué carajo voy a hacer yo allí?, yo ya no pertenezco a ese lugar, a su lado. Ese ya no es mi lugar.

Y luego mi mente divaga regresando a ese momento de ruptura, fue rotundo, creo que hasta en ese momento sabía que algo estaba cambiando de forma radical, y muchas veces me encuentro nuevamente en ese balcón, en un día cálido, o en una noche fría. Después de que el cielo dejó de llover. De pie con las manos bien puestas en el barandal o sentada en esa silla de mimbre con los pies descalzos sobre el barandal. Observando esa casa blanca en la distancia sobre la montaña, en la que siempre me imagine que había una piscina.

Tantas veces me he encontrado transportada a ese balcón una vez más. Se siente tan real, que hasta puedo percibir el aroma a tierra mojada, ese aroma característico de ese balcón, un perfume que no puedo dejar atrás. En mi mente me encuentro allí pensando, fantaseando. "¿Esta será la noche? ¿Será esta la noche en que encontraré la fuerza suficiente para decirlo? ¿Será esta noche la que será?" Nunca fue esa noche, ninguna de ellas. Nunca encontré la valentía suficiente. Y ahora el recuerdo de la incertidumbre me acosa como un fantasma.

Muy de vez en cuando me encuentro en ese balcón observando a la distancia, y cuando bajo la mirada veo a una criatura con una máscara aterradora. Mantengo la mirada fija en esa máscara sin mostrar algún tipo de expresión.

Algunas veces me encuentro nuevamente en ese balcón de barandas blancas, observando como esa criatura se aparta la máscara para dejarme ver su rostro. Mi mirada sin cambiar de expresión. Simplemente observando un brillo que parece ahora producto de mi imaginación.

A veces me encuentro nuevamente en ese balcón abrazando mis brazos por el frío, con los pies descalzos sobre el blanco barandal, sintiendo cosquilleos en la planta de mis pies, producto de dedos traviosos que buscan hacerme reír. Mi cuerpo se quedó entumecido después de abandonar ese balcón. Ya no tengo cosquillas en las plantas de mis pies.

Hay lugares que dejan una huella en nuestros cuerpos, en nuestras mentes. Me pregunto, ¿si yo habré dejado una huella en ese balcón? ¿Si mi espectro se encuentra aún allí observando a la distancia?

A veces me encuentro corriendo fuera de ese balcón para enfrentar a esa criatura. A veces me encuentro de pie en medio de la calle observando arriba en dirección de ese balcón. La brisa fría de la noche, el aroma a tierra mojada por la lluvia de la tarde. La criatura vigilando en una esquina.

A veces me encuentro alejando la vista de ese balcón, para caminar lentamente en dirección de esa maléfica criatura enmascarada. Z.

Él tiene un tremendo control sobre mis emociones y mi vida, tan grande es el poder que tiene sobre mí, que no puedo sino llevar su nombre marcado en mi piel.

Me gusta creer que yo tengo algún poder sobre su vida también, pero el único poder que ejerzo sobre Él, es el poder de lastimarlo. Al no tenerlo busco lastimarlo, porque sé exactamente qué decir, qué información enviar en su dirección y cómo actuar de forma que pueda lastimarlo. Sé que botones apretar para hacerlo reaccionar. Media vida lo he hecho.

Nunca fui la mejor amiga del mundo, cuando veía venir algún golpe bajo buscaba lastimarlo primero. Amo lastimarlo, y hacerlo dudar; así como Él me lastima al mantenerse lejos.

Temo que un día termine lanzando la bomba que tengo escondida desde hace años, algo que destruiría su mundo tal cual y como lo conoce, algo que no solo lo lastimaría, sino que también podría terminar con mi vida, porque, Él y solo Él tiene poder sobre mi vida y mi muerte, solo Él puede acabar con mi vida. Muy claro me ha quedado desde esa vez en la que no me ahogué, o la vez en que mi vida estuvo en las manos de otro aferrándose a mi garganta, aplacando mis suspiros, hurtando mi oxígeno y mi fuerza; y justo en ese momento en que toda la fuerza para pelear por mi vida se escapaban y solo quedaba la nada, el oxígeno regresó a mi pecho, ardiendo como una llama de fuego, quemando mis pulmones y garganta.

No vi mi vida entera pasar por mi mente como una ráfaga, solo podía pensar que no quería acabar de esa forma, en las sombras, sin posibilidades de ser encontrada, desaparecer sin rastro alguno. Y luego un pensamiento llegó como un meteoro a mi mente justo antes de respirar nuevamente; Él. Z. Él se atravesó en mi cornea tan nítido como si realmente estuviera allí. Y un

recuerdo de una visión me recordó que la única persona que podría acabar conmigo era Él.

El maldito amor de mi vida.

¡Como detesto esa condenada expresión!

Amor... palabra difícil, extensa y complicada de sólo cuatro letras.

Palabra espantosa, insolente, impaciente; una gran soberbia atragantada en la garganta, haciendo prisa hasta la punta de mi lengua.

¡Cómo duele en el pecho! me hace apretar los labios para evitar su erupción; incandescente, destructiva, y al mismo tiempo, inocua.

Los nervios me acechan al intentar siquiera pensarla, hace que mi corazón se acelere, la respiración se arremoline y se entrecorte en mi pecho y garganta; amenazando.

Un ataque de asma y de pánico, recorren mi cuerpo, eriza los vellos de mi nuca, las manos me tiemblan, sudan y se esfuerzan para evitar dejar resbalar el lápiz al intentar escribirla.

Decirla: desafío total, un crimen imperdonable.

Palabra traviesa, jugueteando en mi paladar, provocando temblores involuntarios, retorcijones en mi estómago.

Mis pies se sienten inquietos y quieren salir despegando. Movimientos incoherentes, miradas que se esconden, tratando de frenar tan incoherente expresión.

Muchas odas se le han escrito a ese condenado sentimiento, que es tan atemorizante para muchos, y tanpreciado para otros. Destructivo para mi.

Éste sentimiento es un Dios cruel, que nunca encuentra temple, siempre acechando con sus garras al pobre tonto que se le atraviese en el camino.

No me deja dormir, comer, o pensar con claridad.

Este sentimiento no lo busqué, llegó sin ser requerido, sin ser deseado, me encoge el corazón, y me hace sentir vulnerable, no tiene razón de ser, e intentar buscarle un significado, o explicación es poco sensato, y puede llevarme a la locura.

Intento olvidar el hecho de que la locura ya me tocó, e intento tomar ese maléfico sentimiento como a un intenso dolor de cabeza, tratar de soportarlo sin que me explote la cabeza, y esperar que en algún momento, por muy fugaz que sea, se torne ya parte de mí y no lo sienta más nunca.

Capítulo Nueve

El Demonio

Los dos años que le siguieron a nuestra separación, aunque creo que el término es erróneo, ya que nunca estuvimos juntos, y por consecuencia, nunca hubo una separación.

Esos dos años sucumbí ante viejas prácticas muy notorias de mi familia.

En mi familia tenemos esta habilidad de ver, escuchar, y/o sentir espíritus en el aire, o en nuestras cabezas. Y un ocasional hechizo o cántico. No uso la palabra bruja, porque me parece ridícula. Somos más bien una especie de espiritistas, yo soy un poco sangüinista.

Yo siempre, desde pequeña he podido sentir, escuchar y comunicarme con espíritus.

Nunca he sido religiosa, cuando llegué a la edad de hacer la comunión, tuve una muy acalorada discusión con la profesora de catequismo. Mi mamá tuvo que ir a la escuela a decir que no éramos católicos, y que yo no iba a asistir a esas clases.

Pero sí tengo mis ritos y supersticiones.

Cuando era pequeña solía espiar a mi bisabuela cuando ella prendía inciensos, y le rezaba a sus estatuillas de santos en el armario, con ofrendas de frutas y flores, esas estatuillas de santos corresponden a la imagen católica de viejos Dioses.

No sé realmente si yo entraba en algún trance, pero cada vez que entraba a su cuarto la espiaba desde las sombras.

Después me encontraba caminando hasta el baño a buscar la hojilla de metal en el tocador, y me cortaba el dedo pulgar izquierdo. Todo lo recuerdo como un zumbido, con la mirada borrosa, un olor dulzón en mi nariz.

Recuerdo decir algo a mi reflejo en el espejo, mientras me cortaba, pero no recuerdo qué decía. Luego tomaba las gotas de sangre y me pintaba los labios con la sangre de mi dedo, para luego pasar mi lengua sobre ellos, y luego apretaba mi pulgar dentro de mi boca, hasta que dejaba de sangrar.

Me gustaba hacer cosas mínimas, escribir uno que otro encantamiento, guardar flores y piedras en mi cuarto (aún lo hago).

Durante esos dos años que le siguieron a la abrupta separación, caí de nuevo en esas prácticas, volviéndome increíblemente sensible a esos espíritus en el aire.

No tuve novios, ni intenté buscar uno, estaba consumiéndome en mí misma, aturdiéndome con los recuerdos de algo que realmente nunca pasó.

Me he acostumbrado a los demonios que me rondan, en la noche los escucho caminar alrededor de mi cuarto, se sientan en la silla frente al escritorio, me mueven los candelabros, tocan las puertas del closet, me respiran en el rostro, me observan mientras intento dormir.

Intento recordar cuando me asustaban, intento recrear el miedo que me causaba despertar y sentir la presencia de ellos a mi alrededor, pero me he dado cuenta que a veces me despierto esperando sentirlos. Me sonrío mientras duermo escuchando sus susurros a mi alrededor, se han vuelto una especie de arrullo, ya no lucho por hacerlos salir de mi cuarto, ¿cuál es el objetivo de ese ejercicio si de igual forma encuentran su camino de regreso a mí?

Si pude lograr absorber la energía de ese demonio que atormentaba mi vida hace años, entonces ¿por qué exiliar a estos que me rodean cuando nunca han mostrado intenciones malignas, solo recordarme que son mi única compañía?

Una mañana, cansada de dar vueltas en la cama, buscando poder dormir, me levanté de la cama y me encaminé hacia la cocina, aprovechando que mi madre estaba haciendo café.

Toqué la puerta de la cocina antes de entrar, para no darle un susto de muerte a mi madre al entrar a la cocina temprano en la mañana.

"Hola ¿Cómo estás?" la saludé en tono gracioso, enunciando las palabras de un chiste interno entre mi madre, mi hermana y yo.

El aroma a café recién hecho inundando la cocina.

"¿Hija qué haces aquí?, ¿quieres café?" me ofreció mi madre y me senté a la mesa del desayuno.

Mientras nos tomábamos el café a mi madre se le ocurrió que esa tarde quería salir conmigo y mi hermana al centro comercial, comer, ver una película, pasear un rato.

Por años mi relación con mi madre fue de mala a peor, pero llegó un momento en el que ella se dio cuenta que con su actitud opresora solo nos estaba alejando a mi hermana y a mi, y yo me di cuenta que debía ser un poco más comprensiva. Nos tomó años llegar a ese lugar en nuestra relación en la que realmente podemos sentarnos a hablar de cosas importantes, de ser sinceras la una con la otra, sin temor a represalias, aun no es perfecta, pero

por lo menos ya no nos caemos a patadas (literalmente).

Esa tarde fuimos a pasear a nuestro centro comercial favorito, el cual no está muy atestado de gente, (las grandes aglomeraciones de personas nos hace sentir agobiadas). Al pasar junto al puesto de alfajores, decidimos sentarnos y pedir unos cafés para mi madre y yo, y una merengada de chocolate para mi hermana, ella no toma café y siempre dice "no gracias, estoy dejando la cafeína". Junto a nuestras bebidas pedimos unos alfajores, porque el café siempre tiene que ir acompañado de algo dulce.

Por alguna razón la conversación se tornó en torno a Z y su familia. Siempre, por alguna razón, la conversación siempre termina rondando en el tema que es Él, sin realmente saber la razón por la cual mi madre siempre busca tornar la conversación a ese lugar que me aterra.

Comencé a jugar con mi taza. Vine a buscar chismes de la familia, a divertirme, no a deprimirme más. Aunque Él técnicamente es familia, y entra dentro del tópico.

"Es una lástima que no lograra nunca nada, porque no sé si Él siguió estudiando" se lamentó mi madre. Mi hermana sorbió su merengada, y mi madre me lanzó unas de sus miradas indiscretas.

Bebí un sorbo de mi café y encogí mis hombros como diciendo "a mí no me preguntes, yo no hablo más con Él".

"Él era tan lindo. No sé cómo será ahora" continuó mi madre.

"¿Qué fue lo que pasó?" pregunté de repente. Mi boca sin hacer conexión con mi cerebro antes de hablar.

"¡Esa hija de puta!" exclamó mi madre con rabia.

Realmente la pregunta no estaba dirigida a lo que pasó entre ellas dos, pero pensé que si así era como se iba a tornar la conversación, realmente quería saber. Por algo que pasó entre ellas fue que pasó lo de nosotros, no directamente, pero si nos salpicó feo.

"¿Qué fue lo que pasó allí?" volví a formular la pregunta, sintiendo que toda la sangre se subía a mis orejas y mejillas.

"Ella hiso algo. Brujería. Quería que el padre de ustedes se muriera" nos dijo a mi hermana y a mí, y la verdad es que en esa época fue que a mi papá le diagnosticaron lo del corazón. "En lo que hiso, aparecía que ella quería verme comer mierda, y que ustedes se volvieran putas".

"Pero... ¿cómo... sabes que ella hiso eso?" le pregunté sosteniendo la caliente taza de café con una mano.

"Porque tu tía "Cuchi" lo averiguó" nos respondió mi madre.

Mi hermana se acomodó en la silla y sonriendo maliciosa ante la mención de nuestra tía "Cuchi", la menor de las cuatro hermanas.

"Y como ella no es chismosa" dijo mi hermana con tremenda sonrisa, refiriéndose a nuestra tía.

"Si bueno, su tía fue donde un amigo de ella que sabe de esas cosas, a averiguar qué te estaba pasando" continuó mi madre señalándome.

Aún recuerdo esa época, las pérdidas de consciencia, los intentos suicidas, el dolor en mi alma, como si algo dentro de mí estuviese destruido sin posibilidad de salvación. Esa criatura aterrizándome en las noches, sembrando un terror tan primitivo, tan espantoso dentro de mi alma que sentía que yo no cabía en mi propio cuerpo. "La llave, la llave, no encuentro la llave" era lo único que yo podía gritar en esas noches de terror.

"Tu hermana y yo tratábamos de abrir la puerta y no podíamos, y yo tenía las llaves en la mano, pero la puerta no abría" siguió contando mi madre, recordando esas espantosas noches.

"Lo sé. Ese espíritu mantenía la mano en la manilla" le respondí retorciéndome en un escalofrío al recordar su risa fría que de alguna forma siempre me recordó a la de Z, pero retorcida.

"Hasta tu papá estaba asustado y él no cree en esas cosas, pero todos en la casa podíamos sentir a esa cosa" siguió mi madre.

Y todavía sigue allí, por eso odio estar en ese cuarto, en ese apartamento, por eso he hecho todo lo posible para convertir mi cuarto en un santuario. El hecho de que ese demonio ya no pueda atormentarme, no quiere decir que no siga allí.

"Tu tía tampoco quería creerlo cuando me lo contó, así que le dije que la mandara a joder. Que ahora yo era la que la quería verla comer mierda" siguió mi madre. "Tu tía me dijo: pero hermana, no lo hagas. Pero yo insistí, luego me pasó a la abuela y ella me preguntó si yo estaba segura de lo que hacía. Ya tengo bastante karma acumulado, un poquito más no hace mucha diferencia".

Si hace diferencia, porque al mi madre hacer eso, agregó karma a mi alma, y yo no puedo soportar más.

"Y fue cuando ellos perdieron el negocio" terminé de decir yo.

Y también fue la época en la que Z decidió que no quería saber más nada de mí.

El tormento siguió noche tras noche. Ya sabía canalizarlo, ya yo sabía

por dónde venía todo el dolor en mi alma, pero ahora iba acompañado del dolor que me afligía no tenerlo más a Él. Hasta que el Viejo se apareció a mi vida, salvándome de mi misma.

"Y es una pena, porque Z estaba enamorado de ti" lanzó mi madre y eso me lastimó como una daga justo en mi corazón.

Los ojos se me pusieron aguados pensando "y yo estaba enamorada de Él".

Seguí jugando con la taza, tratando de reprimir las ganas de llorar, mi rostro se endureció completo, y mi hermana decidió cambiar de tema. Creo que se dio cuenta de mi reacción.

Una tarde en la que estaba en la feria de comida de mi universidad, sentada en una de las mesas alejadas del ajetreo de personas, mirando hacia la montaña, y la niebla gris paseando entre el verde de los árboles, con los audífonos puestos. La música a un volumen bajo y un café al alcance de mi mano, tomé mi cuaderno y empecé a escribir la nueva "carta puñalera", como las llamaba uno de mis amigos, la cafeína indicándole a mi cerebro que era feliz.

Enfoqué la mirada en las páginas en blanco y letras negras saliendo a la superficie. Ajusté el volumen de la música en mi iPhone y releí el contenido de la carta puñalera imaginándome que Z estaba sentado frente a mí escuchándome. Sus ojos enfocados en cada palabra que escribí.

La primera vez que le envié uno de mis escritos, recibí respuesta inmediata.

"Me gustó la parte que dice: mi hermana amenaza con bajarse del carro, y mi papá le abrió los seguros (aún estamos a dos cuadras de la casa). Me estortillé de la risa".

Cómo quisiera poder escribirle como lo hacía antes, antes de que todo se fuera a la mierda, antes de...

Después de que cortamos comunicación, yo borré su correo y su número de móvil. Y una presencia oscura comenzó a acosarme.

Comenzó justo después de esa conversación por Messenger en la que le dije lo que sentía por Él, y luego Él me aclaró que iba a volver con su india.

Una presencia, bastante oscura comenzó a rondarme. A acosarme mientras dormía. Susurraba cosas en mi oído, y cuando me despertaba podía ver una figura espantosa a los pies de mi cama, observándome con malicia.

Riéndose de mí. Me hablaba en un idioma que no entendía, y yo comenzaba a gritar como loca. Intentando salir de mi cuarto, gritando "¡No encuentro la llave!" nunca entendí lo de la llave.

Cuando llevaba mi mano a la manilla de la puerta para abrirla, no sentía el pomo de la puerta, sino que sentía una mano, una mano grande con piel dura y con protuberancias.

Yo gritaba más fuerte, despertando a todos en mi apartamento.

Sentía una opresión en mi pecho, como si estuviera tratando de poseerme. Era realmente horrible, como si algo estuviera tratando de meterse dentro de mi cuerpo, y mi cuerpo no fuera lo suficientemente grande como para almacenarlo.

Esta cosa no solo me atormentaba de noche, también lo hacía de día.

Durante ese tiempo perdía la consciencia de alguna forma. Hay días completos que no recuerdo, que están perdidos completamente de mi memoria.

No sé exactamente qué hacía durante esas horas. Lo poco que recuerdo de esos días era despertar en la mañana, vestirme, e irme a la universidad; al llegar a la universidad, tomaba el camino corto debajo de la sombra de los árboles, ser recibida por el frío del pasillo, y la soledad de mi salón de clases en la mañana, sentarme en mi pupitre a leer un libro o me recostaba sobre la tabla para dormir un poco antes de que llegara el profesor, y luego blanco total.

Lo siguiente que recuerdo es despertar nuevamente en mi cama a media mañana, sin saber cómo llegué allí o qué hice, siempre despertaba con algún moretón y raspones en mi piel, que no recordaba cómo habían sido ocasionados.

Aún hoy no puedo recordar que sucedió durante esas horas que se borraron de mi mente. En las noches no podía dormir más de dos horas, atormentada por ese demonio que se burlaba y se reía de mí, encerrándome en mi propia mente mientras me torturaba.

Me encontraba perdiendo el conocimiento de forma parcial, caminando frente a autobuses en movimiento, solo para que alguien me jalara atrás, despertándome de un ensueño.

Me daba pánico entrar a una estación del Metro, podía jurar que había algo crepitando en la oscuridad, llamándome. Respiraba profundamente cuando llegaba el tren, y cuando entraba al tren, trataba de no ver por la ventanilla, porque sentía ojos sobre mí. Lo cual dio origen a mi manía de leer

libros cuando estoy en el Metro.

Así las voces no pueden llamarme.

Esta criatura oscura seguía acosándome, y mi madre y mi abuela hicieron algo. Realmente no tengo idea de exactamente qué hicieron, solo sé que el efecto era cruzarme, de forma que ningún espíritu pudiera atormentarme como este lo hacía.

Como resultado de lo que hicieron, salió a resurgir el origen de este espíritu, y lo que reflejó fue el rostro de la madre de Z.

Sentí que el corazón se me quebraba una vez más.

¿Acaso no fue suficiente que Él me rompiera el corazón? ¿Qué eligiera a alguien más? ¿Qué me quebrara por dentro?

No. También la grandísima hija de puta de su madre tenía que mandarme un espíritu oscuro a atormentarme. A acosarme. Un espíritu con intenciones homicidas.

La odié, lo odié a Él, los odié a ambos.

Mi madre me obligó a usar un anillo de oro en mi dedo medio, como una especie de escudo.

Comencé a usar mi escudo contra esa criatura, suprimiendo una parte de mí, sentí como si me hubiesen amputado un brazo. Que aniquilaron una parte de mí.

Pero los espíritus siguieron acosándome, aunque no con tanta insistencia que antes.

He estado perdiendo horas de mis días otra vez, aunque no es como la vez anterior, no exactamente.

Cuando comenzó a suceder hace años, fue producto de la maldición que mi prima (la madre de Z) muy maliciosamente me lanzó; el objetivo era hacerme perder la razón, el sentido común, el auto control sobre mis emociones y mi cuerpo; obligándome a permanecer sola, sin amor, o simplemente atraer a personas tóxicas a mi vida, hasta eventualmente morir antes de que pudiera cumplir los veintitrés. Pero ella no contó con que de alguna forma pude resistir parte de esa maldición, y otra parte fue contrarrestada por mi abuela a petición de mi madre.

De alguna forma mi abuela logró aplacar a ese demonio, pero por años lo seguí sintiendo a mi alrededor, moviéndose cerca de las vías del Metro justo cuando el tren se acercaba a toda marcha en el andén o cuando estaba en

una acera, me obligaba a cruzar las calles sin mirar. Pero siempre algo me hacía dar un paso atrás y evitar el golpe de un carro o del Metro; o alguien me jalaba para atrás o algo dentro de mí más fuerte que ese demonio me hacía dar un paso atrás.

Muchos años después de alguna forma supe cómo absorber la energía de ese demonio, aniquilándolo por completo. Su malévola energía se fundió con la mía. No me di cuenta en un principio de lo monumentalmente grave del asunto, hasta que empecé a recordar fragmentos olvidados de mi infancia, los sacrificios de sangre que yo realizaba cada sábado en la casa de mi abuela, bajo la supervisión de mi bisabuela.

Ahora, estas nuevas pérdidas de consciencia son más leves y tiendo a recordar fragmentos de lo que sucede.

Veó la foto en la que estamos los tres en la popa de la lancha del papá de Z. Yo de espaldas a un lado de la lancha con mis piernas guindando del borde, mi cabeza medio girando en dirección de la cámara, mi cabello volando en el aire; mi hermana sentada en la punta de la lancha, de espaldas, observando al frente; Z a mi lado sacando la lengua en dirección de la cámara, sus manos sosteniendo la baranda, sus brazos estirados atrás para estar cerca de la cámara.

Me quito la ropa y me acuesto debajo de las sábanas, consciente de que esa criatura está en mi puerta observando, pero incapaz de poder hacerme algo.

Después de que encontré mi nueva libertad, comencé a practicar nuevamente. Estudiando más sobre mi herencia, aplicando ciertas cosas, ciertos ritos, cantos, escribiendo cánticos de adoración, insertándome en la cultura que creo es mi herencia familiar.

Recientemente hice una especie de rito que en general debía llevarme a mi verdadero destino, que debía mostrarme mi camino, enmendar el daño anterior. Inmediatamente esa noche soñé con mi bisabuela que me indicaba entrar a una tienda esotérica, con un gran anuncio luminoso, el cual me pareció curioso porque era de día. Crucé la calle esquivando carros en movimiento hasta llegar al ventanal.

En el ventanal vi que dentro había móviles de viento, unos con piedras de todos colores, figuras de metal de hadas guindadas del techo, vi un estante con unas piedras semejante a cristales semejantes a los de mi sueño, esos que

cayeron de mis manos cuando intentaba salir del edificio de piedras rojizas en otra vida.

Como presa de algún hechizo, entré en la tienda en dirección a las piedras de cristal. Cuando tenía mis manos sobre el estante, casi agarrando una de las piedras de cristal. Un hombre me saludó en otro idioma, pero no entendí exactamente que me estaba diciendo, algo sobre haberme conocido unos días antes.

Y después de eso, comencé a soñar con Z. Cada noche. Cada vez que cierro los ojos sueño con Él. Sueño con recuerdos. Sueño con situaciones que implican que Él está de nuevo en mi vida.

Pero cuando despierto, me doy cuenta que solo eran sueños, que Él no está aquí, que Él tomó su decisión y esa decisión no fui yo.

Capítulo Diez Soñando con Z

Me molesta tanto que mis sueños sobre Él sean tan vívidos, tan reales, me frustra despertarme y darme cuenta que era solo un sueño.

De alguna forma cada vez que digo su nombre suena como una maldición o un lamento.

Odio soñar con Él.

Lo he estado recordando (nunca he dejado de hacerlo). Ese ser con la marca de la perdición tatuada en la piel. La forma en que me observaba apretando la mandíbula, su mirada fija en mis ojos.

Esos ojos marrones con rayos verdes, que a veces parecían brillar con luz propia. Recordándome todo aquello que siempre temí.

Sus brazos rodeándome en cada oportunidad que tenía; sus dedos sobre las cuerdas de la guitarra, mientras tocaba una de mis canciones favoritas; su mano acariciando mi espalda, atrapando mi nuca en esa rústica forma que hacía que mis cabellos se erizaran.

A media noche, mientras intentaba dormir, percibí el aroma a fuego ardiendo, me levanté de mi cama, pero nada en la casa parecía estar quemándose, al parecer todo producto de mi imaginación, o estaba empezando a caer dormida.

Al poco rato disparos se escucharon a la distancia, un ruido bastante común hoy en día. Pero esto no fue lo más extraño, porque justo a mitad de la media noche algo se golpeó contra mi ventana, al principio pensé que mi loca vecina del piso de arriba estaba regando su jardinera y estaba cayendo agua contra la ventana de mi cuarto; pero el sonido no era el ruido del agua al caer, sonaba más bien como alas golpeando contra el vidrio.

Me levanté de mi cama y corrí un poco la cortina. Un pájaro estaba aleteando sus alas contra mi ventana. Intentaba entrar, pero mi ventana siempre está cerrada, así que no pudo. No pude ver bien qué clase de ave era, porque al prender la luz se alejó, aleteando rápidamente.

Me desperté a la mañana, más temprano de lo usual a causa del calor, me levanté de la cama, y tomé mi bata de Hello Kitty que siempre dejo sobre el espaldar de la silla, frente al mueble de la computadora. Abrí la puerta de mi cuarto con cuidado de no hacer mucho ruido, mi puerta nunca fue la misma

después de que mi papá un día en un ataque de malcriadez la forzó a abrirse y luego le quitó la manilla y la cerradura "para saber qué estaba haciendo yo encerrada". Cuando volvieron a ponerme la manilla de la puerta, la manilla empezó a sonar espantosamente, y desde entonces cada vez que abro la puerta, sin mencionar el ruido que hacen las viejas bisagras de la puerta que no importa cuánto aceite se les ponga siempre rechina como "puerta de película de terror".

Dejé mi puerta a medio abrir y me encaminé hacia la cocina para tomar algo de café. Mi madre siempre ha sido un ave madrugador y en las mañanas siempre prepara café, para poder enfrentar al mundo (yo heredé esa maña, sin dos tazas de café en la mañana no soy gente). Al llegar al final del pasillo, algo me obligó a regresar en mis pasos. El cuello me picaba y sentí una presión molesta en lo bajo de la columna (dónde llevo el tatuaje). Me voltié a ver hacia la sala, y vi a Z en la sala, quedando helada en mi puesto.

¿Qué hace aquí? Pensé.

Mi papá entró a la sala desde el balcón de la sala, continuando su conversación con Z, hablando con Él de la forma en que mi abuelo solía hablar con mi papá hace muchos años.

Sintiéndome acorralada, corrí de prisa hasta mi cuarto para quitarme la bata de Hello Kitty y ponerme algo de ropa debajo de la bata; pero el timbre de mi móvil sonó. Por un momento olvidé el "problema a mano" y troté hacia la repisa en la cabecera de mi cama para tomar mi móvil, atendiendo la llamada sin ver el identificador primero.

"Diga" saludé con voz nerviosa. "Hey, ¿estás bien?" me respondió la voz graciosa del Viejo. "Sí, sí, estoy bien". Respondí rápidamente. "No pude llamarte anoche, disculpa". Empezó a disculparse el Viejo, refiriéndose a nuestra conversación inconclusa de la noche anterior. "No pasa nada, tranquilo" le respondí con rapidez como suelo hacer cuando alguien empieza a excusarse conmigo por algo.

"Antes de que me acobarde otra vez" empezó a decir el Viejo y me senté en la cama esperando un golpe más en mi pecho. "Tú eres la de las historias y cuentos..."

"¡Por Dios escúpelo de una vez!" le pedí exasperada al Viejo. A él siempre le gustó irse por las tangentes cuando iba decir algo; y al levantar la mirada, por el reflejo del espejo de mi cuarto, vi a Z de pie en mi puerta.

"¿Podemos hablar?" me dijo Z desde la puerta.

"¿Qué demonios hago aquí?" balbuceé. "Ok... ¿Te puedo llamar en un rato? Es que..." le dije al Viejo al otro lado de la línea.

"No necesitas darme explicaciones. Tú me avisas" me respondió el Viejo con voz tranquilizadora y nuevamente el corazón me dio un vuelco.

Colgué la llamada y me acomodé en mi cama, cruzando mis piernas en posición de meditación. Z se movía dentro de mi cuarto como si lo conociera a la perfección, y luego se detuvo a los pies de mi cama y solo se quedó allí de pie, observando. Respiré profundamente sintiéndome en una encrucijada.

"No quería responder" me dijo Z con un tono de voz decidido, cruzando sus brazos sobre su pecho.

Eso es obvio, considerando que el mensaje lo envié seis meses atrás.

Apreté mis labios, sin pronunciar una sola palabra, y esperé a que Él continuara, pero al abrir su boca para hablar, nuevamente me levanté de la cama y caminé sobre el colchón, me planté frente a Él unos segundos, buscando aspirar el aroma de su piel y luego salté a un lado alejándome de mi cuarto.

Caminé en dirección de la cocina, pero Z me atrapó en el pasillo antes de llegar a la cocina, llevándome contra la pared; y luego buscó besar mis labios.

No podía dejar de respirar nerviosa, como si fuera a morir en algún momento. Sus labios entraron en contacto con los míos, y abrí mi boca para dejar su lengua entrar en mi boca. Suspiré, apretando mis manos en su nuca, llevándolo lo más cerca de mí posible.

Sus manos acariciaban mi rostro, mi cabello. Su lengua se clavaba contra la mía. Mordisqueé sus labios, los cuales se sentían suaves y acolchados a pesar de ser delgados, y aspiré su aliento, el oxígeno de sus pulmones. Respiré su aroma corporal, siempre tan dulce y picante.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y un sollozo se escapó de mi garganta.

"Tú me rompiste el corazón" balbuceé contra su boca. Mi voz era rota y dolorosa, me dolía siquiera hablar.

Me moví a un lado alejándome de sus brazos. Mi mano sobre mi pecho, tratando de sostener mi roto corazón dentro de mi pecho. Lágrimas silenciosas seguían cayendo de mis lagrimales. Y tuve que apoyarme de la encimera del mueble de la cocina.

Z murmuró mi nombre desde el mismo lugar en el que lo dejé, su voz era tan dolorosa como la mía.

Negué con la cabeza, observándolo de soslayo.

Su cuerpo se movió y comenzó a caminar fuera de la cocina.

"Me voy entonces" murmuró Z por lo bajo.

¡No, no te puedes ir!, le grité en mi cabeza, pero no podía decir ni una sola palabra, y en vez, observé como Z abandonaba la cocina en dirección de la puerta principal del apartamento.

Finalmente encontré mi voz atrapada en mi garganta y exclamé su nombre, mis pies empezaron a moverse de su sitio para llegar hasta Él, estiré mi mano para agarrarlo y evitar que se fuera.

Mi corazón dio un vuelco, aprisionándose en mi pecho. Era un sueño, todo fue un sueño.

Me desperté pateando el colchón de mi cama con mi pierna derecha, susurrando su nombre. Exhalé resignada y mis ojos se llenaron de lágrimas. El dolor en mi pecho regresó. Intenté volver a dormir, moviéndome en mi cama, pero la ansiedad era abrumadora, llevándome a agarrar mi cabello fuerte en mi mano.

Me desperté susurrando su nombre, ese nombre que nunca me atrevo a decir en voz alta. Nunca antes había hablado en sueños, y en el momento en que abrí los ojos, agradecí que lo dije solo en un susurro, y no su verdadero nombre, sino el nombre con el que maliciosamente decidí llamarlo cuando éramos niños, buscando que de alguna forma Él no recordara el mote que le ponían en su escuela ("Soquete"). Susurré el nombre del demonio que invade mi subconsciente, el nombre de quién siempre pensé era el amor de mi vida.

Fue un sueño, solo un sueño, Él nunca estuvo en mi apartamento, no fue a verme, y el Viejo no me volvió a llamar esa noche y ese "Hay algo..." que no terminó de decirme ese día en la tarde me atormentó por días.

Lo que más me dolió, fue la invisible sonrisa maléfica de la criatura frente a mi puerta cerrada, observándome, burlándose de mí, satisfecho de mi miseria, de mi dolor.

Me dí la vuelta en la cama ahogando mis lágrimas en un intento de volver a dormir y olvidarme de esto, tratar de pensar en algo más, dejar a mi subconsciente entrar en algún sueño, cualquiera que me sacara de la dura realidad. Pero fue inútil, ya no pude volverme a dormir y decidí levantarme de mi cama, arrojándome con mi bata de Hello Kitty.

Al cerrar los ojos en busca de ese otro mundo en el que no estoy aquí

pensando en Él, esperando aunque sea una pesadilla, al menos en ellas tengo control sobre lo que sucede.

Al cerrar los ojos vuelvo a soñar con Z, el sueño era similar al anterior. Soñé que estaba en mi apartamento, solo que mi apartamento no se parecía en lo absoluto a como es en realidad. Z estaba frente a mi esperando a que le respondiera algo, pero no podía escuchar bien su voz, así que realmente no sabía qué quería que le respondiera, solo podía ver sus ojos, su barba desaliñada.

La garganta me dolía con palabras que no podían salir. Entonces escuche su voz con claridad diciendo "ya no importa. Es muy tarde" y comenzó a alejarse.

Finalmente encontré mi voz, las palabras comenzaron a formarse en mi boca; Z se movió tan rápido que en cuanto logre articular las palabras ya había tomado la esquina fuera del apartamento, y casi fuera de mi vista.

Justo cuando veía a su espalda tomar la curva fuera del apartamento dije "Z espera, no te..." y justo en ese momento me desperté. Estaba hablando dormida. Otra vez. Y lo peor de todo pronuncié su nombre en voz alta. Otra vez.

De alguna forma cada vez que digo su nombre suena como una maldición o un lamento, me asustó el hecho de que alguien pudo haberme escuchado decir su nombre en sueños, pidiéndole que no se fuera, la última palabra se murió en mi garganta antes de terminar de decirla.

Odio soñar con Él, los sueños siempre son confusos, no solo porque no lo puedo escuchar bien o ver bien, o porque la imagen siempre está cubierta por una especie de bruma, sino porque son sueños contradictorios, a veces lo tengo, otras lo pierdo. Y otras son sueños que realmente no son sueños, son recuerdos de otras vidas, porque nos hemos conocido en muchas otras vidas. Aunque ya eso no importa.

¿Acaso ese sueño me estaba mostrando la realidad? ¿Realmente ya es tarde?

Soñé con el aroma salado del mar, el agua fría siendo templada por la calidez de su cuerpo abrazándome, sus brazos a mí alrededor, el aroma dulzón de su piel, el cálido aliento de su boca contra mi oído, su risa juguetona.

Justo hace varios días me dije que debía olvidarlo, que debía dejar el pasado atrás, y me fue bien por esos días, incluso una amiga me dijo que mi

aura estaba brillando. Y entonces regresa Él a mi subconsciente, primero mostrándome una cueva con un mirador, un bosque de pinos fuera, su voz diciendo que es hora, la calidez que emanaba de su aliento contra mi mejilla. Me dolía la piel al despertar; el fantasma de sus manos contra mis brazos y mi espalda. Muchas noches seguidas soñando con alguien que ya no existe, que probablemente nunca tendré. Es tarde, tan tarde.

Soñar con Él me descompone el día, la semana, el mes. Intentar deshacerme de su recuerdo es como tratar de desintoxicarse de la cocaína, me enloquece e inmediatamente quiero volver atrás. Estoy cansada de tantas recaídas, ¿por qué no termino de decepcionarme de Él?, si Él estuviera presente al menos yo podría entender mi constante autodestrucción, pero, Él no está ni remotamente cerca. Puede vivir a unos veinte kilómetros de distancia, pero bien podría estar al otro lado del mundo.

Capítulo Once

El Oscuro Capítulo de mi Vida

Cuatro años.

Esos fueron los momentos más oscuros por los que he pasado. No me enorgullezco de las cosas que pasaron. De hecho es todo lo contrario, me arrepiento de las cosas que hice, de las cosas que dije, la forma en que actué, las cosas que dejé de hacer. De mi ceguera, de mi necesidad.

Es cierto que lloré, que rogué, que imploré, pero, solo porque no quería estar sola, no quería tener ni un segundo para comunicarme con mi interior, no quería volver a viejos hábitos.

Desesperadamente busqué lo que fuera total y completamente opuesto a Z.

Estaba deprimida y molesta (una muy mala combinación de emociones). No solo estaba molesta con Z, también estaba molesta con mi madre por nunca estar de mi parte en los momentos en los que la necesitaba, la universidad era un infierno, mi papá siempre me hacía ver lo decepcionado que estaba de mí, llamándome despectivamente (insultos que siguió propinándome por muchos años), y mi madre nunca me defendió, solo se alejaba y lo dejaba humillarme, gritarme e insultarme como le daba la gana. Dándole la razón.

Injustamente estaba molesta con mi hermana, por sobresalir más en sus estudios; a pesar de que ella también se llevó muchos golpes e insultos por parte de nuestro papá.

Estaba molesta con el mundo entero y quería ver algo arder. Actué sin pensar, solo quería putear a mi madre, a mi paá. Quería joderle la vida a alguien y terminé jodiéndome a mi misma.

Mi hermana y yo, desde pequeñas asistimos a colegios que realmente no nos dejaron nada, donde realmente nunca encajamos.

Nuestra vieja escuela de primaria era una casa vieja y mal organizada. Recuerdo que el salón de primer grado de mi hermana era un balcón cubierto por tablones de madera para cubrir el espacio de la reja que daba al exterior; era muy pequeño, incómodo y claustrofóbico. Ambas lo odiábamos, pero como cualquier niña de nuestra edad nos adaptamos al lugar, y a las personas, sin realmente abandonar quiénes éramos.

Yo era terrible con mi hermana. Le ponía sobrenombres y le hacía

desprecios cada vez que me daba la gana. Ella aún me resiente por eso.

El instituto no fue mejor. Era otra casa vieja y mal organizada. Mi salón de clases siempre olía a perro mojado o a rata muerta (las cuales abundaban, vivas o muertas), el único baño tenía un criadero de zancudos por todos los potes con agua (sin tapas) para cuando dejaba de llegar el agua (lo cual era casi todos los días del año), y cuando llovía, el agua caía dentro de los salones de la planta principal desde el desagüe de la casa de atrás.

De igual forma, mi hermana y yo nos adaptamos, aunque realmente nunca continuamos las "amistades" que hicimos allí.

Yo tomé al instituto como un lugar en el que desbordar toda la mierda que pasaba en mi cabeza. Mientras que mi hermana se enfocó en aprender todo lo que podía para tener una buena base en la universidad.

Nuestra educación, fue una de las batallas que ganó la prima de mi madre.

Mientras ella inscribió a sus hijos en escuelas con una infraestructura adecuada para una escuela o instituto y cuya educación era "la mejor". En vez, mi madre decidió inscribirnos a mi hermana y a mi en escuelas de porquería, mal olientes, infestadas de plagas, donde la matrícula de estudiantes eran en su mayoría hijos de personas de mal vivir, y habitantes de las barriadas cercanas, y donde los profesores no daban clases bien o en lo absoluto, limitándose a mandar tareas interminables, solo porque estas escuelas de porquería "estaban cerca de casa" y ella nos podía "controlar", ella prefirió asfixiarnos en vez de darnos una mejor educación.

Lo más irónico de todo esto, es que mi madre siempre se quejó que las amistades de mi hermana y las mías eran niños de las barriadas. ¡Pero, ¿cómo íbamos a hacer amistades con otra clase de niños si esos eran los que nos rodeaban todos los días?!

En mi casa había una regla tácita "si algo puede traerte felicidad, entonces no tienes permitido tenerlo". No lo digo por resentimiento o amargura (sentimientos que siempre busco combatir), lo digo porque es cierto.

Cuando empecé el instituto, me exigieron entregar los trabajos transcritos a computadora. Mi padre en vez de comprarnos una computadora, trajo a casa un dinosaurio salido de un trastero de la empresa en la que él trabajaba. La pantalla a veces se tornaba verde o morada. Pero me tuve que joder con ella.

Mi adolescencia fue marcada por un nivel de represión tal, que aun me

sigue jodiendo la psiquis. No se me permitía cerrar la puerta de mi cuarto, y eso llevó a que desmontaran la manilla. No podía salir de la casa. Nunca. Ni al parque en la planta baja del edificio podía ir sola (por eso después de clases me escapaba a la casa de mis amigos, a pesar de que sabía que después de llegar a casa me esperaba un enorme regaño). Los insultos y maltratos psicológicos sobaban en mi casa. Y esta situación persistió por años.

A los ojos de familiares y amigos de mis padres, éramos la familia feliz. No se nos permitía decir algo sobre lo que realmente sucedía, y cuando finalmente mi hermana y yo explotamos junto a mi abuela y nuestra tía Cuchi, finalmente diciendo en voz alta a una persona de la familia, la realidad de nuestra vida en casa, ambas quedaron mudas.

Aun recuerdo como mi madre me clavaba las uñas en los brazos o mi papá me jalaba las orejas hasta que sentía que se me había salido de su lugar, dejando un pitido ensordecedor en mi tímpano, solo porque no quería ir a la casa de mi abuela paterna (lugar en el que siempre nos trataron con desprecio a mi hermana y a mí).

Al entrar a la universidad, yo era la única estudiante que no tenía correo electrónico (porque no tenía Internet).

En mi casa instalaron el Internet cuando yo tenía veinte años. La única razón por la que instalaron el Internet en mi casa, fue porque mi papá estaba cansado de que le pidiera que me buscara mis tareas de derecho en su oficina. Era conveniente y cómodo para él.

Y cuando finalmente encontré mi primer empleo, fue en el mismo edificio empresarial en el que trabajaba mi papá, y a los quince días de empezar a trabajar allí, mi papá me entregó el recibo de mi universidad, para que le pagara mi deuda, truncándome de esta forma cualquier intento de libertad.

Nunca me dejaron quemar ninguna etapa, manteniéndome encerrada en la casa los 365 días del año, e insultándome cuando salía con amigos.

Puede que eso también tenga algo que ver con que nunca terminé de superar ciertas cosas (como mis sentimientos hacia Z).

Y esa fue la razón principal por la que empecé a salir con una piltrafa de hombre "para putear a mis padres" y la que salió jodida fui yo.

En mi primer empleo, trabajé junto a un montón de gente diferente, cada uno de ellos, unos distintos de otros. Eso no estaba mal, lo que sí me jodía era que tenía que aguantar gritos e insultos de personas todo el día, con un

audífono pegado al oído.

Estaba realmente aturdida.

Casi pierdo la audición del oído izquierdo. Hubo un tiempo en que no escuchaba nada en ese oído, no escuchaba nada más que el ocasional pitido ensordecedor en el oído. Llegó un momento en que no escuchaba bien del oído derecho tampoco. Lo cual me sumió en una depresión.

Eventualmente recuperé el audio del oído derecho, pero el izquierdo... bueno, no escucho bien o casi nada de ese oído. Aunque ya me acostumbré.

Mientras estuve trabajando allí, conocí a un chico, de la peor calaña que se pueda conocer, pero de eso no me di cuenta, sino cuando ya estaba muy involucrada.

Todo empezó una mañana en la que mi móvil empezó a sonar mientras dormía. Entre dormida y despierta, atendí la llamada. Era ese chico. Ebrío y amanecido, reclamándome si "¿éramos algo o no?"

No se si culpar el hecho de que estaba más dormida que despierta. Recuerdo que me agradaba la forma dulce con la que me trataba (al principio), y estaba también el hecho que era todo lo que mi madre detestaba: era de barrio.

Por mi mente no pasó el pensamiento de que duraría mucho con él, y por eso le dije que si.

Al principio me tomaba de la mano, y me regalaba gomitas (las cuales me encantan). Me trataba con ternura, y caí como idiota. Para nada parecido a Z, no pensaba en Él en lo absoluto.

Aunque como este chico comenzó como solo un amigo, se conocía una parte muy vaga de la historia de Z, y un día estábamos en una calle cuando una canción que estuvo muy en moda durante el tiempo en que Z y yo comenzamos aquel estira y encoge. La canción que sonaba cada vez que estaba en su casa esos últimos años.

No era una obra maestra, de hecho era una canción (si es que se le puede llamar así) bastante ofensiva hacia las mujeres, aún espero por el día en que es género musical (el regeton) se extinga, es realmente espantoso y asqueroso.

Pero... Estaba junto a ese chico en una calle en la que alguien puso esa canción a todo volumen en un carro.

"¡Odio esa canción!" exclamé tratando de alejarme del ruido.

"¿Por qué?" me dijo la piltrafa con quién estaba saliendo.

Le conté mi tortuoso relato; una versión abreviada.

"Ya. Eso no importa, ahora estás conmigo" me dijo.

Realmente eso no me dio mucho consuelo. Después de eso, cada vez que peleábamos me mandaba a la mierda, diciéndome que me fuera a buscar "al tipo ese que no te quiere."

Cada vez que yo hablaba de mi familia, o de algún cuento de mi infancia, o algo que había leído en un libro, la piltrafa me mandaba a callar, alegando que eso no era interesante.

No tengo idea de por qué estuve tanto tiempo con él.

El carajo tenía complejos y los tapaba con ataques de rabia, culpándome de cualquier cosita que pasara, cada error que cometía. Eventualmente con los años, no solo me golpeaba, y me insultaba, también me engañaba con otra mujer.

Lo odié. Pero no sé por qué no lo dejaba. Poco a poco fue mermando mi autoestima, mi seguridad en mi misma, mis fuerzas. Me sentía drenada de mis energías, derrotada, inútil, sola.

Y cada vez que peleábamos, me gritaba que yo nunca iba a encontrar a nadie que me quisiera, así como "ese tipo que eligió a otra y no a ti."

Una mañana durante esos maléficos cuatro años, me encomendaron pasar buscando a mi primo a su escuela. Mi primo "El Feo" se crió en mi casa, siempre ha sido como mi hermano pequeño.

Como yo realmente no estaba haciendo nada importante. Estaba desempleada y trabajar en el negocio de mis padres, realmente no contaba como un empleo real.

Caminé hasta la escuela de mi primo, y esperé hasta que él decidió dejar de pelear con sus amigos, para salir hasta donde yo estaba. Su camisa estaba sucia, pero él se veía feliz. Lo tomé de la mano y comenzamos a caminar en dirección al Metro. Por alguna razón decidí ver la hora en mi móvil, era muy temprano y la cola para agarrar el taxi hasta el edificio en el que vivía debía ser terrible a esa hora del mediodía, así que le propuse a mi primo ir al centro comercial a caminar un rato.

Nos metimos en una juguetería, porque mi primo quería ver qué juguetes habían nuevos, para luego pedírselo a sus padres, y después le compré un helado por haberse portado bien y no salir con un ataque de malcriadez.

Mientras dábamos la última vuelta al centro comercial antes de irnos, mi

corazón se detuvo por un segundo.

Z estaba caminando justo en mi dirección, iba junto a un amigo y su hermanito, el cual estaba alto y para nada parecido a como era de pequeño. La realización del hecho de que habían pasado muchos años me golpeó al ver el rostro de su hermanito.

Z me sonreía, esa sonrisa que me hace temblar de pies a cabeza, comencé a sudar frío y apreté la mano de mi primito escondiendo el anillo de compromiso en mi mano izquierda. Maldecí llevarlo puesto, yo realmente no me quería casar con ese tipo. El hombre al que quería estaba en frente de mí, mirándome con esos brillantes ojos marrones y una enorme y cálida sonrisa.

Como de costumbre, reaccioné pobremente. Sonreí en su dirección, tratando de ocultar mi susto. La conversación fue corta. Él estaba allí buscando algo que no encontró y ya estaba de camino al estacionamiento, y yo estaba paseando con mi primito antes de ir a la casa.

Me despedí de Él aun sintiendo la respiración entrecortada. Comencé a caminar un poco rápido y me obligué a no mirar atrás. Cuando cada vertebra de mi cuerpo quería no solo mirar atrás, sino correr en su dirección. Pero no lo hice, continué caminando hasta el Metro, pensando en su rostro, su sonrisa, su pequeña barba del mismo color negro de su cabello. En sus ojos y esa condenada luz en sus ojos.

Me tomó varios días componerme de haberlo visto.

Cuando ya tenía tres años junto a la piltrafa con quién estaba saliendo, estábamos en el cuarto, y no recuerdo por qué estábamos discutiendo, pero me agarró fuertemente del cuello, y me golpeó contra la pared, y luego me lanzó en la cama, apretando sus manos sobre mi cuello.

Yo trataba de moverme, de despegarlo de mí, él era más delgado que yo, pero por alguna condenada razón, no podía deshacerme de sus manos en mi cuello. Cuando ya las fuerzas comenzaron a abandonarme, sintiendo que mi cuerpo se liberaba de mí, mis brazos dejaron de pelear, cayendo a los lados de la cama. Una sensación de nada me cubrió entera. Y el rostro de Z se atravesó en mi cornea.

En el momento en que me rendí, dejando que toda la vida se drenara fuera de mi cuerpo, una ráfaga similar al fuego ardiente comenzó a recorrer mi garganta y mi pecho. Inmediatamente llevé mis manos a mi cuello ahora libre de sus manos.

Tosí, sujetando mi cuello, tratando de recuperar el aliento, pero aún mientras seguía tratando de mantener el aliento, sentí a esa piltrafa de hombre montarse sobre mí, atrapar mi rostro en su mano volteando mi cara a un lado, para mordirme fuertemente en el pómulo de la cara. Un grito ahogado de dolor se escapó de mi dolorida garganta por el fuerte mordisco. Fue tan fuerte, que pensé que me iba a arrancar un tajo de la cara.

Y ¡sí, maldición! Me violó allí, yo no quería, ni siquiera podía respirar, acababa de tratar de asfixiarme, lo menos que yo quería era tener sexo con él. Pero me sostuvo de las muñecas sobre mi cabeza, mientras se empujaba sobre mí.

Lágrimas comenzaron a caer por mi rostro.

No lo hace una experiencia menos traumática el hecho de que fuera mi novio, el chico con quién estaba saliendo. Fue contra mi voluntad, a la fuerza.

Después de ese día, aún sigo sin entender por qué me quedé con él por más tiempo. Pero ese fue el comienzo del final de la relación.

Fruto de esa violación, tuve la desgracia de quedar embarazada. Tenía solo tres meses de embarazo.

No le conté nunca a nadie, tenía miedo de contárselo a él, de contárselo a alguien, me sentía terrible, no quería tener un hijo, y mucho menos con él.

Cuando ya tenía los tres meses de embarazo, volvimos a tener una pelea en mi apartamento, pelea que terminó con él golpeándome contra una pared, tratando de asfixiarme una vez más, e igual que la vez anterior, cuando ya las fuerzas se escapaban de mi cuerpo, él me soltó. Caí sobre mis rodillas, y luego comenzó a patearme en las costillas y en el estómago.

Perdí a la criatura. Motivo de esa paliza.

No puedo mentir, me sentí aliviada, como si me hubieran quitado un peso de encima. Me sentí liberada. Lloré, no porque perdí a la criatura, lloré porque me sentía liberada.

A los pocos días después, terminé con él.

Comencé a trabajar en otro sitio, y allí conocí a alguien que me ayudó a salir del agujero negro en el que estaba inmersa.

Encontré las fuerzas, finalmente vi la luz, y mandé a la piltrafa a comer mierda. Liberándome de ese tormento.

Prefería estar sola, sola con mis propios pensamientos tormentosos que con alguien que amenazaba con asesinarme en cualquiera de sus ataques de histeria.

Después de terminar con la piltrafa, decidí que ya no quería tener novios, no quería darle explicaciones de nada a nadie.

Comencé a jugar con un amigo, un muy querido amigo, es cierto que me enamoré un poco de él, que parte de mí anhelaba estar con él, pero, muy en el fondo de mi ser, sabía que eso no podía ser, no era adecuado, en lo absoluto.

Ese hombre, porque es un hombre mucho mayor que yo, es un bromista, es agradable, un artista como yo.

No me da pena decirlo, el hombre me salvó de distintas formas, no solo me dio las fuerzas necesarias para dejar atrás esa oscuridad que me consumía, y que amenazaba con quitarme la vida.

También me inspiró a volver a pintar, a dibujar, y de paso me enseñó a usar herramientas gráficas digitales. Las cuales me encantan.

Dejando a un lado la bonita amistad que tuvimos, sentíamos una tremenda atracción física el uno por el otro, y un día sucumbimos a dicha presión, encerrándonos en un cuarto para "comprobar algo."

"Me vuelves loca" le dije al oído mientras sentía sus dedos entrar dentro de mí.

Volteé mi rostro y comenzamos a besarnos, él aún con sus dedos dentro de mí.

El beso no duró mucho, porque no estábamos en un lugar apropiado. Pero después de ese día cada vez que nos veíamos nos saludábamos con un beso en los labios, al igual que así nos despedíamos.

Una mañana yo estaba en la cocina de la oficina, lavando un vaso, cuando él llegó tras de mí, rodeándome por la espalda, llevando sus manos sobre mis senos, masajeándolos, besando mi cuello, ladeé el cuello a un lado, y dejé escapar un suspiro, creo que dije algo, porque él inmediatamente me soltó y me dijo "¿Qué?" lo vi extrañada porque no entendí.

No recuerdo si dije algo, y si dije algo, no tengo ni idea de qué dije.

Este hombre me volvía loca, sus pequeños labios me llamaban.

La primera vez que estuvimos juntos, fue no precisamente en el lugar adecuado. Pero eso no le quitó el encanto.

El sexo con él era ardiente, en sitios incómodos, y tratando de callar los gemidos. Era realmente sexi. Pero eso nunca tuvo futuro.

No ahondo mucho en el tema, porque el hombre es un maniático, y no quiero revolver el cajón de mierda.

Casi dos años duró ese extraño romance, y después comencé a jugar con otro de mis amigos, este no se quejaba cuando lo mordía, apretaba sus uñas contra mi piel cuando me apretaba contra su piel, y tiene unos dedos muy habilidosos, pero eso no duró mucho porque ambos estábamos buscando una relación verdadera, solo que no con nosotros.

Seguimos siendo amigos.

La diversión para mí por los momentos está suspendida, desde hace ya mucho, creo que me voy a volver loca.

Y por supuesto cuando me encontré con el tiempo suficiente conmigo misma, comencé a recordar a Z, todas y cada una de las veces que pudimos ser algo más, pero que dejé escaparse de mis manos.

Aún lo amo, aún deseo que regrese a mi vida. Todos esos tipos de antes, a pesar de que unos fueron divertidos y otros fueron un infierno. Ninguno realmente importa. Lo único que quiero es a Él.

Mi nueva libertad en realidad es una jaula, porque vivo presa de mis recuerdos.

Capítulo Doce

Encuentro Fallido

Después de regresar de España, después de pasar las vacaciones de navidad en Tenerife con la familia. Había estado pensando mucho en Él, mi insomnio escoñetándome la existencia hasta que una noche finalmente decidí enviarle un mensaje por Facebook, no éramos amigos de Facebook, hacía diez años que no hablábamos siquiera.

Todos los días revisaba el mensaje esperando una respuesta.

Al llegar a Madrid lo único que podía pensar era en revisar mi bandeja de entrada. La ciudad era hermosa, realmente hermosa, no me quería ir, pero a la noche cuando regresamos al hotel busqué bañarme y ponerme mi pijama, me paré frente a la ventana para recibir el aire frío que entraba al cuarto, mientras mi hermana se bañaba. Quería hablar con Él, realmente lo extrañaba. Aún lo extraño.

Esperé a que mi hermana saliera del baño y le dije que iba a bajar a usar la computadora del hotel. Me puse mis pantuflas a forma de botas, negras con rosado (me encantan esas pantuflas). Bajé las escaleras hasta la recepción y le pregunté a la recepcionista dónde estaba la computadora con acceso a Internet que me habían dicho que tenían cuando llegamos al hotel.

Luego caminé por el pasillo hasta encontrar la cabina, cerré la puerta de vidrio tras de mí y abrí mi Facebook, no había respuesta. En vez de deprimirme, solo me molesté.

Esa semana (¿o fueron quince días?, no recuerdo bien) intenté disfrutar mi tiempo junto a mi familia, pero mi papá nos la puso difícil, realmente difícil. Era como si estuviera saboteándonos a propósito. Siempre estaba discutiendo, todo le molestaba, el frío le molestaba; y cuando le dije que se pusiera una bufanda salió con "eso es de maricos". Nos tenía a mi madre a mi hermana y a mí al borde. En el día nos ponía de mal humor y en las noches las tres llorábamos hasta quedarnos dormidas. Estábamos ansiosas por ir a Tenerife a conocer algo diferente, pasear, y lo que hicimos fue deprimirnos.

Al regresar a Caracas lo primero que hice fue revisar mi bandeja de entrada. Aún nada. Me volví a molestar. Pero decidí llamar a mis amigos para verlos, hablar con ellos, necesitaba a mi gente. Cuando estábamos en una cafetería mi estúpido móvil se dañó, la pantalla táctil no servía, eso tenía el potencial de molestarme, pero como tenía mi iPhone en casa, no me molestó

mucho que se me dañara el móvil que tenía encima en ese momento.

Pasé días vagando por la ciudad con mis amigos, tratando de obviar el tema que me carcomía la cabeza en las noches. No fue hasta que me puse a revisar y a jorungar cada una de las funciones del Facebook, que me di cuenta que el mensaje no lo había visto porque fuera un grosero, sino porque estaba en una bandeja llamada "otros" y si no eres contacto es posible que no vean tu mensaje.

"Mierda" murmuré, entonces busqué su dirección de Twitter le di a seguir y luego le envié un mensaje pidiéndole que revisara su Facebook.

Aunque ya está bien explyado el resultado de ese mensaje.

Fue ese recuerdo el que nuevamente me hizo enviarle otro mensaje.

Quisiera poder decir que perdí la dignidad al enviar ese mensaje diciéndole lo que desde hace años sentía por Él. Quisiera poder decir que lo odio solo porque no me respondió como yo quería, porque no me respondió en lo absoluto. Quisiera poder decir que no es justo, que fui terriblemente estafada por la vida. Pero la verdad es que ni perdí la dignidad, ni lo odio, ni fui estafada de ninguna forma. Fui sincera, al fin dije lo que me oprimía el pecho, lo que me perturbaba en las noches, me deshice de ese gran peso sobre mis hombros. Cambié una causante de insomnio por otra; ya no pienso en lo que podría responderme, ahora pienso en lo que dijo, ahora mi cerebro me atormenta con todas esas imágenes con las que soñé, me recuerda que es muy tarde, que lo que una vez pensé sería en un futuro, nunca será.

No reaparecí solo para mantenerme en la distancia. Me costó mucho encontrar el valor de regresar, de intentar reconectar. Estaba sudando frío cuando escribí ese mensaje, una voz en mi cabeza me gritaba, "¡¡¡han pasado diez años, nada va a cambiar!!!", pero no le hice caso. "A la mierda" dije, ¿qué es lo peor que puede pasar? Respuesta simple, nada. No pasó nada, ni le he visto y la respuesta que buscaba fue... no precisamente la que quería, más bien la que temía, aunque no fue una respuesta muy explícita, en realidad parecía más una excusa rápida.

Muchas veces me imaginé como sería volver a verlo, siempre comenzaba todo con un abrazo. Y cuando el maldito día llegó me congelé, me refrené, mis condenados frenos se apoderaron de mí de la forma más grosera y fría. Fue tan obvio que muchos lo notaron. Rabia, celos, volvieron a apoderarse de mí como esa última vez que lo vi, esa vez en que también lo alejé.

¡Ding Dong, the witch is dead!

Se murió la perra malnacida de la abuela de Z.

Hace un par de años me enteré que ella estaba enferma de gravedad, con un pie en la tumba, hasta soñé que la muy perra se iba a morir rápido. Fue en ese momento en el que supe que estaba a punto de morirse, que decidí finalmente descruzarme de lo que mi abuela me había puesto para protegerme.

Después de estudiar runas y todo lo que se podía hacer con ellas, creé una a forma de bindrune, que representaba exactamente lo que quería. No me importaba si mi locura o mis alucinaciones regresaban, quería hacerla pagar, la muerte era algo muy fácil, ella no se iba a escapar tan fácil.

Sin entrar en muchos detalles, la hice sufrir por un año más, obligándola a pudrirse de dentro hacia fuera. La mantuve anclada a este mundo por un año más, sin permitirle morir como ella lo tenía destinado: plácidamente en su cama, sin sentir dolor alguno.

Pero al igual que ella infringió dolor en mí, yo la hice sentir una pizca de ese dolor, su mente estaba lúcida, pero su cuerpo no le pertenecía.

Usé arbitrariamente a la runa Sigel como base, no solo porque su forma evoca a la letra del nombre de Z (el cual no precisamente empieza con una Z), también representa la energía del sol que brillaba ese fin de semana en su casa a la orilla del canal o sobre el agua de la piscina que nos arropaba.

Ese sábado guardé el diseño en un pendrive y partí a mi universidad, donde me encontraba estudiando mi segunda carrera.

Después de la primera clase temprano en la mañana, en vez de ir a la cafetería por el reglamentario vaso de café, fui hasta la tienda de tatuajes con el diseño impreso en mi mano. Compré la aguja y esperé a que me atendieran, el hombre trataba de asustarme con la aguja, sé que las agujas son grandes, pero lo que toca la piel es una porción bastante pequeña, la aguja es puro show. Una mujer sobre una camilla se retorció con solo el sonido de la pistola de tatuajes, mientras se comía un chocolate "para no desmayarse" me pareció muy melodramática.

Escalofríos recorrían mis brazos y mi columna mientras hacían el dibujo en marcador contra mi espalda. Anticipación. Sentía que estaba a punto de perder mi virginidad por segunda vez, de alguna forma lo fue, era mi primer tatuaje (ahora tengo cinco). Mis manos comenzaron a temblar por la adrenalina cuando escuché que encendían la máquina y luego el picor de la aguja contra

mi columna.

No entendí porque la mujer a mi lado lloraba y mordía una almohada, o por qué el hombre frente a mí, cerraba los ojos apretando sus labios para aguantar el dolor. El picor de la aguja contra mi piel se sentía exquisito, creo que lo disfruté más que el sexo. Cuando la aguja subía por el centro de mi columna, no podía evitar gemir, ¡Gracias al cielo había música rock a un volumen considerable! O todos habrían escuchado cada uno de mis gemidos.

Una de mis amigas, que muy dulce me acompañó a hacerme mi primer tatuaje con la intención de tomarme de la mano, a pesar de que no la dejaron entrar conmigo, de repente se materializó frente a mí, preguntándome cuánto faltaba para que terminaran. "Poco, falta poco" le respondí tratando de ocultar mi cara de éxtasis. Y la verdad era que realmente faltaba poco.

Cuando el tatuador me dijo que todo estaba listo quise llorar, no quería que esa sensación se drenara de mi cuerpo. No lo hizo. La sensación me acompañó todo el día.

Por semanas, meses, analicé la posibilidad de dejarla morir de una vez. Hasta que finalmente un día decidí liberar el espíritu de la abuela de Z, únicamente para tener una excusa para verlo.

Una noche mientras estaba acostada, me concentré en Él, en el funeral de su abuela, me concentré en ver a la perra muerta. Al día siguiente desde que me desperté a la mañana, no pude dejar de estremecerme en escalofríos, mi cuerpo y mi subconsciente percibían algo.

Ese día estuve hablando con Z sobre tonterías en realidad, y a pesar de que la conversación comenzó con Él diciendo "estoy bien, tú sabes, la univ, el trabajo, la vida" frase que detesto. Él no ha cambiado tanto.

Esa noche me desperté a media noche sintiendo que algo se estaba clavando contra mi mejilla, intenté moverlo, pero en vez sentí un material delgado y fino doblarse. Me senté de golpe y encendí la luz de mi cuarto, el anillo que me había dado mi madre para protegerme estaba roto. El anillo que me mantenía atada, evitando que mi locura regresara.

Me puse a llorar, no quería que el anillo se rompiera, era el anillo de compromiso de mi madre, y ella me lo dio con tanto amor. Pero no había uso, estaba roto y no lo podía reparar.

Tomé mis runas y cuando estaba a punto de lanzarlas sobre la cama, tres cayeron solas sobre mi colchón. Levanté la mirada en dirección a la esquina

en donde hace años se paraba ese espíritu que me aterrorizaba.

Intenté volver a dormir, pero estaba cargada de escalofríos, y esa extraña sensación que me obligaba a abrazar mis brazos perduró todo el día.

En la tarde llamé a mi madre para preguntarle si pensaba llegar a la casa, para luego ir al gimnasio.

Cuando mi madre me atendió la llamada, se disculpó por no avisarme temprano, pero que estaba llegando a la Guaira porque la abuela de Z se había muerto durante la madrugada, revelando la razón de mis escalofríos y la ruptura de mi anillo.

La noticia me sorprendió, y no me sorprendió al mismo tiempo, lo que sí definitivamente hizo, fue formular una sonrisa en mi rostro.

Repasé nuevamente lo que esa noche me habían mostrado las runas, era una lectura bastante complicada, y dual, aún hoy no la entiendo por completo.

Esa noche no puede dormir, aun sintiendo escalofríos, mi mente divagando, estaba ansiosa por ver a Z. Hacía diez años que no lo veía. Quería abrazarlo.

Al día siguiente acompañé a mi madre al funeral.

Como de costumbre puse mucho reparo en mi ropa, usando un vestido sencillo de algodón negro largo, ajustado a mi torso, abierto a los lados de las piernas comenzando desde el muslo, dejando mis piernas mayormente expuestas. A diferencia de otras veces, me puse mis botas negras cortas hasta los tobillos, sin tacón, quería moverme con tranquilidad, no estaba segura de cuántas horas iba a estar allí y no quería sobrecargarme, pero me veía del carajo.

Me encantó la expresión en el rostro de la madre de Z al verme, fue de total sorpresa, aunque al entrar a la funeraria me sentí que estorbaba. Vi el cuerpo sin vida de la abuela de Z y recalqué que su alma debía seguir padeciendo sin renacer.

La nuca me empezó a picar mientras intentaba entablar una conversación vacía con la madre de Z frente a la puerta de la funeraria. Cuando me volteé en dirección de la puerta vi al papá de Z, con la hermana de Z y Él siguiéndoles los pasos. Mi sonrisa se elevó al ver su rostro, sus ojos marrones, su cabello negro alborotado, una barba desaliñada, una franela gris ajustada a su cuerpo, su sonrisa respondiendo la mía. Pero...

Pero mi sonrisa se desvaneció en ese mismo segundo cuando vi tras Él a ¡la india maracucha que Él eligió sobre mí, hace diez años! Dejé de sonreír

por completo.

Z se acercó a mí aun sonriendo, sus brazos buscaron abrazarme e inmediatamente marqué distancia. No pude evitarlo. Verla a ella me hizo sentir toda la rabia nuevamente como si todo hubiese pasado ayer. Verla a ella me descompuso completamente. Yo sabía que Él seguía con ella, pero nunca lo había visto con ella en persona, una cosa es saber y otra es ver. Tampoco era que se notara química entre ellos, pero Él estaba con ella, aun.

Vi la misma mirada de dolor en su rostro que vi esa última navidad y me quise patear a mí misma. Me sentí decepcionada, esperé diez años para verlo solo para verlo cara a cara con ella.

Nunca se cómo voy a reaccionar en determinada situación, hasta que me encuentro inmersa en ella.

Estuve toda la mañana pateándome mentalmente. Y mientras jugaba con mi primito, observé a las puertas de vidrio frente a mí, en las que la luz del día reflejaban a Z con su hermana y sus parejas, me pareció ver por un segundo que Él miraba en mi dirección.

Intenté recordar todos los trucos que he aprendido con los años. Pero por alguna razón cuando estoy a su lado vuelvo a tener trece años.

¡Maldita sea! ya no soy una niña, soy una mujer, que se ha pasado por el filo a varios, y los ha devorado como una celestina.

¿Por qué demonios tengo que sentirme como una niña reprimida cada vez que Z está cerca?

Respiré profundamente, me tragué mi orgullo y mi ego, y decidí dejar de actuar como una malcriada. No quería que esa fuera la forma en que las cosas sucedieran.

Me levanté del banco en el que estaba sentada y comencé a caminar en su dirección, pero al verlo bajar la mirada en dirección de su móvil, cambié de idea, quise lanzarle en la cabeza una de las macetas que estaban cerca, pero en vez, me volví a tragar el ácido en mi garganta y me senté junto a su hermana. Ella pensó que mi primito era mi hijo, algo que aclaré que no, definitivamente no era cierto.

Después de un rato intenté reparar el daño con Z, entablando una conversación casual, pero Él solo respondía en monosílabas, sin establecer contacto visual conmigo. Y cuando hablaba, lo hacía ignorando mi presencia. Quería llorar, me comporté como una idiota, y tampoco le podía reprochar ser esquivo conmigo; mostré mi lado celoso, celos que en realidad no deberían

existir, pero que lo hacen.

Verlo junto a ella, el simple contacto de sus manos contra las manos de ella, quería salir corriendo, no importaba si yo estaba mejor vestida que ella o si yo olía a perfume o a gato con perro, Él simplemente...

Y a la tarde cuando llegó la hora de llevar el féretro al cementerio, Él ni siquiera se despidió, solo desapareció de mi vista sin dejar rastros.

En el camino de regreso a la casa de mi abuela, mi primito no dejaba de hablar, gritar, saltar, quería lanzarlo por la ventana del carro. La cabeza me palpitaba, quería gritar, correr, y al mismo tiempo quería dormir, olvidarme que todo lo sucedido, olvidar que rechacé su abrazo, y que esa acción lo alejó más de mí.

Mi tía abuela no dejaba de criticar a Z, criticaba su ropa, sus zarcillos en las orejas, su forma de caminar. Traté de quedarme callada; como dice mi madre "calladita te ves más bonita", pero cuando mi tía abuela dijo que Z se parecía a su papá, fue allí que no pude quedarme callada. No pude evitar defenderlo.

Supongo que los viejos hábitos son difíciles de dejar.

"Z no se parece a ese hombre, sino a su papá biológico ¿Cómo era que se llamaba madre?" lancé el comentario casualmente. Yo sé muy bien el nombre de ese señor, pero dejé el comentario allí. Z no se parece en nada a la piltrafa que lo crió.

La conversación se tornó en el romance que tuvo la prima (la mamá de Z) y allí murió el comentario, por un momento, hasta que mi tía abuela volvió a sacar su lengua venenosa y dijo que Z parecía gay.

Ok no.

"No es gay" dije molesta tocando el puente de mi nariz. La cabeza me dolía, no había dormido bien en días, y las cosas salieron realmente mal con Z, y todo eso me puso más cortante de lo normal. Mi tía abuela me miró como preguntando algo "No. Lo. Es." dije cortante y ese sí fue el fin de la discusión.

Cuando nos detuvimos frente a un pequeño puerto para que mi abuela y mi tía abuela compraran pescado, sentí que podía respirar por solo unos minutos, a pesar de que tenía la nariz obstruida a causa de las lágrimas que estaba evitando y el tremendo calor que hacía, poco a poco me fui despojando de mis zarcillos, pulseras, y collar, para luego guardarlos dentro de mi cartera.

Observé el vaivén del agua del mar chocando contra las piedras del

malecón, el color amarillento del agua por estar estancada sin poder moverse como debería. El sonido de las olas llegaban a mis oídos a pesar de que las ventanas de la camioneta estaban cerradas, apenas podía escuchar las voces fuera, pero el sonido del agua del mar me martillaba en la cabeza, regañándome por mi comportamiento. Quise salir corriendo en su dirección, pero Él estaba muy lejos y de ninguna manera Él iba a ir a la casa de mi abuela, y tampoco era que yo tenía permiso para invitarlo allí.

Yo solo quería verlo, abrazarlo, respirar el aroma de su piel, aunque fuera solo unos segundos, y lo que hice fue alejarlo más y más.

Ya en la tarde en casa de mi abuela me quité las botas dejando mis pies descalzos. Até mi cabello en mi nuca y me fui de la cocina, ya cansada de escuchar los regaños de mi abuela, mis tías y mi madre sobre el "desprecio" que le hice a Z cuando Él se acercó a saludarme, rechazando su abrazo.

No pensé que había sido tan obvio, tampoco pensé que a ellas les parecía esto tan importante, tomando en cuenta a que mi tía no le tiene mucho aprecio, y a mi abuela realmente no le cae muy bien.

Me senté en el sofá frente a la puerta de la casa de mi abuela, que es dónde siempre da la brisa y le escribí un mensaje a Z, disculpándome por mi rudeza.

Comencé a sudar frío, y las manos se me pusieron frías mientras escribía la nota. Siempre que le voy a escribir un mensaje lo escribo primero en una nota que luego copio y pego en un mensaje. Decidí ser completa y brutalmente sincera.

"Me corté porque vi a tu novia" escribí.

No sé si se estaba haciendo el gafo o qué coño, pero me preguntó por qué me dio corte ver a su novia.

Mis manos estaban temblando y la pantalla de mi móvil estaba un poco húmeda por el sudor de mis dedos en la pantalla mientras escribía.

Le dije que quería abrazarlo, que lo extrañaba bastante, le metí la excusa de que Él siempre fue un buen amigo, que estuve molesta con Él por años.

Su respuesta fue un intento de cordial rechazo, igual se sintió como un golpe bajo, no hay forma bonita de decirlo.

El dedo índice de mi mano izquierda se entumeció, tensando esa vena que siempre me jode la vida cada vez que recuerdo cada uno de sus rechazos, la garganta se me secó, los oídos me pitaban y el efecto que estaba comenzando a crear el ibuprofeno que me tomé para el dolor de cabeza,

simplemente se esfumó como si nunca lo hubiese tomado, mi cabeza martillaba y me sentí mareada.

"No seas gafa" fue lo que me respondió.

Sintiéndome un poquito desesperada, porque yo estaba actuando de la misma forma en la que actué años antes, justo cuando dejamos de vernos, le expliqué que en la casa de mi abuela me tenían verde con el chicle de haberlo "despreciado" a lo que Él me respondió "Pensé que nadie se había dado cuenta."

Tomé mi móvil y decidí decir todo de una vez por todas.

¡Y maldita sea! el mensaje bien pudo haber sido una carta, porque volví a decirle que estaba enamorada de Él cuando éramos adolescentes, y que aún estaba enamorada de Él, y por eso me molestó tanto verlo con su novia.

No me respondió.

A la semana borré el historial de mensajes de Z, era una tortura ver que lo vio y no me respondió.

La conversación murió allí.

Una vez más pasé la noche en vela, sin dormir más de una hora, y esa hora de sueño fue una tortura, porque soñé con los acontecimientos del día anterior. Fue realmente estresante. Además de que me tuve que parar a las seis de la mañana para ir a clases ese sábado.

Todo el día estuve molesta, deprimida y fría como un témpano, y no solo hablo de mi humor, mi cuerpo estaba frío, me frotaba los brazos para calentarme pero no había forma, me tuve que poner un suéter de una amiga aparte del que ya llevaba puesto.

Al salir de clases me fui a beber con unas amigas, realmente necesitaba sacar todo de mi pecho y ellas fueron tan comprensivas que se "sacrificaron" por mí. Les conté con detalles lo que había sucedido, y luego ellas compartieron sus propios cuentos. De todas las cervezas que nos tomamos, no pagamos ni una. Unos tipos en la mesa de al lado nos brindaron las cinco rondas, sólo me tomé cinco cervezas, no estaba ebria, solo prendida.

Llegué a casa temprano y me senté a ver televisión, pero no podía sacarme de la cabeza su cara, su expresión seria, como imitó a la perfección mi estado de humor, alejándome de la misma forma en que yo lo alejé.

Sigo sin poder dormir bien. El Sigel en mi espalda me pica a pesar de que el tatuaje ya tiene mucho tiempo curado. Es más bien psicológico.

¿Será que alguna vez voy a poder estar con Él?

Hace unos meses se me ocurrió la fantástica idea de colocar una hoja de laurel debajo de mi almohada para poder tener sueños "significativos" algún tipo de guía para saber qué coño hacer, me sentía como un barco sin timón, necesitaba un norte.

Hacía meses que no soñaba con Z, realmente ni pensaba en Él en lo absoluto, me había conseguido un nuevo "tipo juguete" y estaba algo distraída. Pero luego... el no saber me enloquece y necesitaba respuestas. Aún las necesito.

El sueño comenzó como si fuera el final de un largo día, yo estaba en la calle con unos amigos, cuando mi madre me llamó para que me llegara a la casa de su prima (la madre de Z), porque era el cumpleaños del papá de Z, en vez de sentir esa emoción que usualmente yo sentía al presentarse ese tipo de oportunidades, en ese momento en que recibí la llamada me sentí hastiada.

Llegué a su casa sin mucho alboroto, la música era suave, parecía distante como si estuviera emanando de una bitrola, antigua y degradada. La iluminación de la casa era tenue, y un aroma dulzón impregnaba la atmósfera. Subí las escaleras de madera, observando los tablones, escuchando el crujir de la madera, a pesar de que los escalones de su casa nunca crujieron. El hastío era palpable en mi actitud.

Me detuve al final de la escalera y me quedé observando a la ventana frente a mí, la cortina blanca ondeando con la brisa que entraba a la casa. La baranda blanca en el balcón y fuera, el cielo oscuro y aterciopelado de la noche. Mi respiración en ese momento se tornó acelerada, el ruido de la música abajo llegaba a mis oídos de forma distorsionada.

Toqué a la puerta del cuarto de Z (la cual estaba cerrada), y un chico que nunca antes había visto abrió la puerta. Pregunté por Z y unos segundos después Él apareció frente a la puerta.

Su barba había desaparecido, su rostro parecía tan liso que no aparentaba ser el hombre que es hoy, sino el chico que era años atrás.

Inmediatamente pensé "estoy cinco años atrás."

Pero hace cinco años yo no lo veía nunca, en esa época no teníamos ningún tipo de contacto.

Entré a su cuarto en busca del espejo. Mi rostro era diferente, mostraba a la yo de cinco años atrás, no la de hoy.

El ejercicio mental de tratar de buscar en qué año estaba, se vio

interrumpido al sentir sus manos en mi espalda. En ese momento dejó de importarme el año o el lugar en el que estaba, lo único que me importaba era sentir sus manos en mi espalda. Y luego sus labios en mi cuello. No pasó mucho tiempo entre sentir sus labios en mi cuello a sentirlos en mis labios. Sus labios que a pesar de nunca haberlos saboreado, en mis sueños siempre tienen un sabor dulce, siempre se sienten suaves. Su cabello entre mis dedos. Era intoxicante.

Ya sus amigos no estaban allí, dejé de escuchar la música en el piso de abajo. Éramos solo Él y yo en su viejo cuarto. No era siquiera el cuarto en el que se marcaron tantos recuerdos; era el cuarto en el que comenzó todo, el cuarto en el que leíamos revistas y yo hablaba del último libro que había leído, o el último juego de vídeo que Él se había comprado. Era el cuarto del tiempo en que éramos niños. El cuarto de cuando éramos inocentes.

Me desperté con el sabor de sus besos en mis labios, y la sensación de sus manos en mi cuerpo. La canción de los hijos de la anarquía resonando en mi cabeza "el día se ha ido, yo causé el luto, es muy tarde para volver atrás, puedo ver la oscuridad entrar por las ranuras."

Es muy tarde. Eso es lo que Z siempre me dice en sueños.

Ya es muy tarde.

Días después me enteré que su papá estaba realmente enfermo, alguna enfermedad degenerativa o algo así. Yo no quise acompañar a mis padres a la clínica, realmente no tenía ánimos.

Al regresar a casa, mi madre me dijo que Z estaba allí. Por su puesto que estaba allí, su papá estaba hospitalizado.

Fue después de ese día que a mi madre se le metió en la cabeza que la india maracucha es "una buena muchacha."

Quise asesinar a mi madre. Se supone que ella debe estar de mi lado, no del de ella.

Y luego no sé si lo dijo para apaciguar la situación o porque era su percepción real. Mi madre me dijo que entre ellos dos no se veía ningún tipo de química, que parecían una pareja que lleva tantos años juntos que simplemente están acostumbrados a su compañía, pero más allá de eso no había mucho. Y que aparentemente la india lo amenazó con no tirar con Él, y Z simplemente se encogió de hombros y le dijo en voz cansada "entonces no tiramos." Y luego me hizo saber que el muy idiota le preguntó por mí.

No estaba segura de sí reírme del asunto o sentir lástima por Él, o rabia

porque una vez más preguntó por mí, pero no me llamaba Él mismo.

Él tiene mi número, mi Twitter, mi Facebook. Solo toma cinco segundos enviar un mensaje y Él elige no hacerlo.

Capítulo Trece

Febrero

Febrero.

Febrero hace resaltar lo peor de mí.

Es siempre Febrero el mes que me trae el sabor agridulce de su ausencia, es el mes en el que despierto cada mañana sintiendo la opresión en mi pecho, como si algo me golpeará, no de forma figurativa, sino un golpe real en mi pecho, que me hace querer salir corriendo, pero lo único que puedo hacer es retirar los brazos de mi rostro para recibir la luz de la mañana, cansada de esconderme en mis sueños. Porque mis sueños están plagados de Él, de su sonrisa, de su voz, del olor de su piel, el cual sigue revoloteando en la punta de mi nariz, siempre presente como un fantasma acosándome. Y las noches no son tan diferentes a las mañanas, el pecho me duele, no puedo respirar y definitivamente no quiero dormir, me llevo hasta el punto de quiebra manteniéndome lo más despierta que puedo. Leyendo algún libro o viendo películas, que a pesar de ser de terror no llegan a aterrorizarme lo suficiente como para mantenerme despierta, y poco a poco el sueño me acosa al igual que su recuerdo, llevándome a sueños que detesto tener. Pero que al mismo tiempo ansío tener.

Esta maldita ansiedad en mi cuerpo, que me hace pensar que estoy atrapada dentro de mi propio cuerpo, me pican los brazos, el cuello, los ojos.

Detesto Febrero, siempre es ese mes.

Enero es un comienzo turbulento, la expectativa de un nuevo año, pero es Febrero el que me causa ansiedad, terror. Todos los años me toma desprevenida; empieza lento y silencioso y cuando menos me doy cuenta me ataca.

¿Por qué siempre tiene que ser ese mes? ¿Por qué lo recuerdo mejor en ese mes? ¿Será porque es ese mes en el que tengo mi primer recuerdo de Él?, ¿o será porque ese mes fue el que lo trajo a mi vida?, ¿o porque es el mes en el que me di cuenta que estaba enamorada de Él?, ¿o porque ese fue el mes en que lo volví a ver después de una década de su ausencia?

Quiero que se detenga, quiero dejar de sentirme así, quiero que todo esto termine, pero no veo cómo.

Cómo quisiera que al cerrar sus ojos mirara las estrellas que yo veo al

cerrar los míos, que al tapar sus oídos escuchara el sonido del mar, respirara el aroma del mar, tal cual como yo siempre puedo hacerlo cada vez que me acuerdo de Él. Que al cerrar su boca gritara en lo más profundo de su ser tan alto como puede, que leyera las palabras no escritas en una hoja de papel en blanco como me ocurre todo el tiempo.

Quiero que sienta el latido de mi corazón como si fuera el latido de la tierra, que escuche mi silencio como si fuera la brisa. Viera mi alma a través de mis ojos, y me dijera con una mirada lo que siente, lo que quiere.

Deseo sentir su respiración, oír su voz, sentirlo junto a mí, conocerlo, quiero todos y cada uno de sus besos, sus brazos a mi alrededor como cuando nos balanceábamos en el agua de esa piscina. Ser el blanco de sus miradas. Ser la mano que se extiende junto a Él en la oscuridad. Ser el consuelo de su soledad y abandonar la mía. Ser la voz en su silencio. Quiero compartir mi vida con Él, lo necesito aquí junto a mí, necesito de su compañía, oír su voz y mirar sus ojos y detallar cada una de las galaxias que se forman en ellos. Necesito sentir sus manos temblando encima de mí y su respiración entrecortada contra mi rostro. Solo lo necesito a Él, junto a mí.

Me encuentro escuchando música de aquél tiempo, música que me acompañó por el tiempo en que me di cuenta que Él ya definitivamente no estaba en mi vida. Música que me obliga a pensar más en ese tiempo que duró años, pero que se sintió poco, porque se escapó de mis dedos, el tiempo se me escurrió de entre los dedos y no hubo nada que yo pudiera hacer. Pienso en todas las palabras que debieron salir de mi boca, pero que nunca lo hicieron hasta que fue muy tarde.

Mi mente sigue regresando a ese momento en el que todo comenzó, recordando cada pequeño detalle, cada palabra, cada silencio, cada canción, cada juego, cada pelea. Buscando, buscando el lugar exacto en el que todo se fue a la mierda. Buscando el lugar exacto en el que ya no hubo vuelta atrás. Soñando en que de alguna forma puedo regresar atrás y cambiarlo todo.

Él rompió mi corazón, sin darse cuenta, sin importarle, era la única persona en la que confiaba por completo, en quién confié para dejar ver quién soy en realidad, y Él decidió hacerme a un lado, Él decidió romperme el corazón sin motivo alguno; y sin embargo sigo soñando con Él, sigo deseando para que esos momentos de cuando éramos jóvenes e idiotas regresen.

Tal vez no cambiaría nada, tal vez simplemente dejaría que el tiempo transcurriera de la misma forma en que sucedió, o tal vez cambiaría todo.

Porque no ha existido nadie más que haya llegado a hacerme sentir algo remotamente parecido a cómo me sentía con Él durante ese tiempo.

Él me rompió el corazón. La primera vez que le dije lo que sentía por Él. Sí es cierto, lo hice con un mensaje por Messenger y en inglés, pero, el traductor de google existe. Y Él entendió lo que escribí de todas formas, Z no es un completo ignorante.

Él ignoró lo que escribí, e inventó una terrible excusa para desconectarse esa mañana. Y a los días cuando fui a su casa con mi familia como todos los años en navidad, Él no estaba. Y cuando regresó a su casa después de huir al cine, esperando que a su regreso no estuviésemos allí; más odioso y pedante no pudo ser.

Recuerdo la rabia que sentí ese día, las ganas de golpearlo, de patearlo en las bolas por ser tan imbécil. Tal vez debí hacerlo.

Cuando me enteré que había regresado con ella (la india), después de lo que pasó entre ellos. Porque siempre me entero de toda la mierda que sucede, siempre las palabras llegan a mis oídos como traídas por un ave o el viento susurrando a mi oído. Enterarme que nuevamente estaban juntos, me dolió, sin mentir, me destrozó.

¿Por qué ella y no yo? Una extraña sensación crepita por mi pecho, recorriendo una vena hasta llegar a mis dedos pulgar e índice en mi brazo izquierdo.

La línea de mi corazón.

Esta condenada lluvia, acaparando mis pensamientos.

Por un año intenté obviar el hecho de que no lo amaba, de que lo odiaba, de que yo conocería a alguien más y él saldría con las tablas en la cabeza por elegir a la equivocada.

Sin preámbulos ni metáforas: No puedo dejar de pensar en Él.

No sólo sueño con Él, sueños vividos, son tan reales; también estando despierta lo siento a mi lado, escucho su voz, su risa. Percibo su olor y comienzo a mirar en todas direcciones, buscándolo.

Literalmente puedo sentir sus manos sobre mí, besos que nunca recibí.

Me estoy volviendo loca, alucino que lo veo en la calle; Z no tiene ni idea de cuantas veces me ha parecido verlo, pero realmente no era Él, eso lo sé. No he salido corriendo por las calles creyendo que era Él, buscando llegar hasta Él. Pero cuando creo verlo, siento un vuelco en el corazón y me

hiperventilo, y al percatarme de mi error exhalo, sintiendo un golpe en el pecho.

Siento un extenuante malestar en el cuerpo, la vista se me nubla, me mareo hasta estando acostada.

Tengo una sensación de indigestión y una opresión en el pecho; sé que es emocional, pero eso no hace que deje de molestar, especialmente cuando se me entumece el brazo izquierdo, y siento un cosquilleo en la punta de los dedos.

Sí, ya sé que suena a "carta puñalera" (no hace falta molestar con eso), no es carta, porque no hay remitente ni domicilio de envío.

No puedo dejar de pensar en Él, intento distraerme, estudiar, leer, pintar, dibujar; estas distracciones funcionan, pero si me distraigo sólo un segundo, Él regresa a mi mente.

¿La razón? Ya quisiera yo saberla.

Lo único que sé es que lo extraño, y no puedo dejar de pensar en Él, también sé que soy una tonta, porque lo más seguro es que Él no piense en mí.

¿Por qué digo estas cosas? No para pedirle auxilio, mi condición está lejos de salvación alguna; es sólo que no se las puedo contar a nadie, y los psicólogos cobran muy caro.

También espero que al expiar mis tormentos al universo, pueda encontrar algún tipo de paz, y estos pensamientos se desvanezcan.

Todos los días me siento a pensar en una forma de saludarlo, una forma de hablar con Él, sin que se note que he estado pensando en Él. ¿Pero a quién intento engañar realmente?, Él sabe que lo extraño, que pienso en Él en cada maldito segundo que pasa, se lo he hecho saber de varias formas, quedando en evidencia como una estúpida adolescente (la marica que vive dentro de mi cabeza, y que por mucho que intente ahuyentarla a palazos, simplemente no se va).

Quisiera hablarle con naturalidad, como hago con cualquier imbécil que se atraviese en mi camino, pero cuando hablo con Él vuelvo a tener trece años. Preguntarle alguna tontería sin que la conversación se torne incómoda. Pero, ¿cómo se puede saludar de forma informal a una persona que significa mucho para mí? ¿Cómo evito demostrar que no me importa, que no me afecta? ¿Cómo hago para retirar de mi mente esta pregunta que me acosa todo el tiempo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no?

Ni yo puedo entender la dualidad de esto.

Mi mente está repleta de pensamientos sin lógica, pensamientos, llenos de confusión, de una sensación de extrañez, e indigestión emocional.

Sacar los pensamientos, es como abrir la caja de Pandora, cosas buenas, cosas malas, cosas extrañas, cosas locas. Todas arremolinadas, podrían escaparse. Muchas ya lo hicieron.

El corazón me late de forma extraña, mi cuerpo tiembla.

La vena se tensa con intensidad, recordando la tregua de Benedetti.

Él es una metáfora, Él nunca estuvo aquí, ni siquiera cuando estaba a su lado, estaba realmente a su lado.

A veces me encuentro bailando sola, tropezando con mis pies, tratando de no caer, con la cara inmóvil, añorando sonrisas, soñando despierta con cosas que deseo obtener, un hambre comiendo mi estómago, un vacío permanente. Ansiosa de caricias y miradas que me hagan dudar.

Derramando una lágrima una vez al mes, para no ser insensible. Soñando con abrazos que tardan mucho en llegar. Un dolor extraño que me confunde, una milla que parece tan lejana de alcanzar, con la incertidumbre de si realmente la quiero alcanzar, un latido hipotético que me turba.

Contando las horas, los días, para llegar al tope. Las manos me pican, y los pies me mantienen anclada. Una voz que grita, que deje de pensar, que sólo queda esperar, que clama por paciencia y temple.

Yoga que no me relaja, ejercicios que no me cansan y que me dan flojera hacer. La urgencia de correr hasta caer al suelo, traicionada por mis piernas. Una mente inquieta que no deja de sobreanalizar todo. Un cuerpo que no conozco. Un bramido imaginario que no me deja dormir.

Un ático sobre mi cabeza para buscar espacio. Una página en blanco que llora ser llenada. Un corazón hambriento de sangre. Un pecho falto de suspiros. Unos labios sedientos de besos. Una sensación de electricidad en mi pelvis, un chillido ahogado amenazando por emerger, seguido por una sensación de todo y nada. Pierdo el piso, todo es más intenso.

Quiero dormir, quiero acostarme a dormir. Pero no aquí.

Necesito algo de contacto, comunicación, ¿por qué es tan difícil? Un saludo atrapado en el viento, una conversación que no se da, miradas que se pierden.

Recuerdos acosando mi memoria, mi ciclo de sueño se interrumpe, y cada sueño es una tortura, pero despertar de ellos es peor.

Atrapada en estas cuatro paredes, incapaz de comunicarme. ¡Tonto móvil que no suena!

Necesito las voces, necesito una voz, como alma en pena queriendo trepar las paredes, anhelando por una sonrisa.

Conversaciones que no tengo, días que se eliminaron, días que necesito.

Estoy aquí sentada, tranquila, inquieta. Mi cuerpo grita, no me puedo calmar. Los gritos en mi cabeza me atormentan.

Deseo. Me jalo el cabello, me clavo las uñas en las manos, respiro profundo. Una cara, unos ojos, una nariz pecosa, unos labios finos.

Me siento en llamas, insaciable, incansable, impaciente. Otro día que pasa sin dejarme o permitirme saborear esos labios.

Las palabras fluyen en las páginas en blanco como un río, no las puedo detener, los bolígrafos se quedan sin tinta, me quedo sin hojas.

Muerdo mis labios, cierro los ojos e intento mirar esos ojos. Recrearlos en mi mente.

Intento calmarme con música pero es peor. Me duele la muñeca y el codo de tanto escribir.

Ya no reconozco mi letra, son trazos extraños de lo rápido que voy.

Una voz que me mata. No sé cuánto tiempo más pueda mantenerme tranquila.

Estas malditas postales que no puedo dejar de escribir.

Lo extraño cuando no está, y siempre está lejos. Lo necesito cuando no lo puedo ver (y nunca lo puedo ver), lo quiero cerca de mí. Cuando estaba a su lado tenía que detener mis manos, para no tocarlo, detener mis labios para no besarlo, detener mi cuerpo completo para no lanzarme sobre Él.

Él era un lugar lejano, difícil de alcanzar.

Mi barco se hunde, mi avión se cae, mis piernas se niegan a moverse.

Quiero estar cerca de Él. Es tan difícil no ser capaz de hacerlo, sólo quiero estar con Él. No puedo dejar de pensar en Él. En este momento y cada día, cada minuto y cada segundo, la única cosa en mi mente, es Él.

En otra vida, en otro tiempo, los rostros son distintos, pero siempre es el mismo. El sentimiento de familiaridad que no se desvanece, se transforma, tornándose más y más fuerte con cada segundo que pasa. La necesidad de estar cerca de Él.

Hay un velo transparente, separando, manteniendo la distancia que no debería existir.

Los pensamientos vuelan, y se arremolinan en mi cabeza, todos al mismo tiempo. ¿Cómo poner en palabras un sentimiento tan grande que me no cabe en el pecho?, algo que intento describir, pero que simplemente no tiene nombre, no tiene sentido.

Esa necesidad de querer estar cerca de Él, sentir cada latido, respirar cada aliento. Observo a la luna mientras pido en voz alta lo que mi corazón desea.

Recordar un futuro que no existe, un pasado que no se puede cambiar. Una gran serie de eventos que hace las cosas complicadas e intransigentes, un efecto de ondas que no se puede detener sin causar más ondas de las que son necesarias, causando daños colaterales, sin realmente desearlo.

¿Cómo puedo dejar de desear lo que no tengo?, lo que realmente mi corazón grita; aunque es sólo un órgano que bombea sangre, ¿por qué late tan fuerte y tan rápido, que parece intentar escapar de mi pecho al galope cada vez que pienso en Él? Palabras en la punta de mi lengua, amenazando con salir, pero no salen, se quedan atrapadas en una red invisible.

Mis manos se inquietan esperando contacto, duelen cuando no pueden tenerlo.

Recordando como solía sentarme a pensar en cómo hacer para que esos segundos a su lado fueran eternos. El deseo de que duraran más, más, más.

Una tonta canción, convertida en broma, en juego.

Esa molesta necesidad de querer más, esa avaricia, casi pecaminosa de desear más, cada día más. La costumbre haciendo estragos en mi corazón, ¿será que nunca me podré sobreponer del golpe?, ¿será que nunca terminará la agonía?

El sabor agridulce que dejaba cada encuentro, tan dulce en el paladar que podría causar caries, tan agradable, intenso, pacífico; pero que luego dejaba un sabor tan amargo en mi boca una vez que terminaba.

Ya no puedo ver las galaxias en sus ojos, ya no puedo escuchar su voz, ya no tengo el agridulce placer de estar en su compañía.

Después de verlo, pasaba días con la sonrisa marcada en mi rostro como un tatuaje, pero, la sonrisa se desvanecía durante la noche; el pensamiento de soledad, no por el hecho de yacer sola en mi cama, sino por el hecho de querer compartirla con Él.

Quiero dejar de pelear, dejar de luchar contra la marea, y simplemente tener lo que quiero. Por muy complicado que sea, complementar los deseos,

las ambiciones, un futuro, no esperar a otro capítulo en la vida, sólo ser, y ser feliz. No es tristeza, no es depresión, es un anhelo constante que abandona a la razón.

Hace años, para evitar su recuerdo en ese fatídico mes, fui hasta Choroní rodeada de mis amigos, y la piltrafa con quién estaba de novia en ese entonces. La oscuridad de la noche me envolvía mientras el carro se adentraba en la montaña, la brisa húmeda golpeando mi rostro, mis manos jugaban con la brisa, buscando sentir la estela de algo. Lo que fuera.

La maldita canción que sonaba en su casa esa noche de Halloween empezó a sonar. ¡Cómo detesto esa canción! Mis recuerdos revolviéndose, saliendo a la superficie.

Al llegar a la playa quise salir corriendo y meterme al agua, esperar que las olas me cubrieran, pero al llegar a la orilla, no quise ni tocar el agua. La noche era clara y el aroma del mar era tan cargado como el aroma del mar cerca de la casa de la prima en Paparo, entre dulce y salado. Quise salir corriendo y el aroma a mariguana en la carpa me revolvía el estómago. No quería estar cerca de ningún tipo de estupefaciente, temía que al inhibir mis pensamientos estos regurgitaran a la superficie.

Me senté en la arena a esperar al alba, manteniéndome despierta, jugando con la arena a mis pies. Al despuntar el día, me dejé arriar por mis amigos hasta la lancha que nos llevaría a Chuao.

Las olas del mar bamboleando la lancha de un lado al otro, el aroma a pescado impregnado en la madera de la lancha, el incómodo salvavidas que me obligaron a usar. La brisa cálida contra mi rostro, pequeñas gotas de agua del mar golpeando mi piel.

Cuando la lancha se detuvo a mitad de camino, quise acompañar a mis amigos a una zambullida, pero temía que al hacerlo, mi mente decidiera quedarse allí y no quisiera salir más nunca.

Cuando ese fatídico día llegó, intenté ocultar mi incomodidad con sed, hambre, cansancio por el hecho de que la carpa se inundó por culpa de la lluvia. Por un largo rato intenté secarla, pero la lluvia no menguaba y finalmente desistí y emergí de la carpa. Si la lluvia me quería tocar, lo haría con propiedad.

Acompañé a uno de mis amigos que estaba bastante drogado y volando tan alto como un papagayo, y comencé a bailar con él debajo de la lluvia.

La planicie de la playa, bañada en la luz de la luna, brillando plateada, en la cima del cielo, se sentía como si la tierra estuviera bailando bajo mis pies a un compás embriagador.

Los grillos y ranas cantaban, la brisa me movía en una danza contagiosa, mi ropa y mis cabellos se movían con cada vuelta que daba en mis pies, dejando que la lluvia empapara mi cuerpo entero, moviéndome dulcemente con la brisa. Un llamado primitivo en la garganta, cantando en una lengua extraña, pero conocida.

De improvisto mis pies comenzaron a dar pasos firmes en el suelo, dando círculos y círculos, mis brazos elevados al cielo en son de alabanza, continuando con la danza, mi cuerpo se contorsionaba, arriba y abajo, moviendo los brazos al ritmo de la tierra, lentamente imitando su rotación eterna.

A lo lejos la llama de una fogata se encendió cubierta de la lluvia, el canto en mi cabeza continuaba, más ensordecedor que antes, la brisa ayudando al canto, imitando voces.

Danzando de un lado a otro, acelerando el ritmo, dando vueltas y vueltas en mí misma debajo de la lluvia, alabando el fuego que exhumaba de la fogata a lo lejos, inclinándome para tomar arena entre mis manos, colocándola sobre mi piel, para luego abrir mis manos y dejar que la brisa se llevara a los granos de arena, mis pies tronando en la tierra, pasos fuertes y firmes, una alabanza al cielo.

Pequeñas gotas de lluvia caían de las alturas, el canto en mi cabeza tornándose frenético, haciéndome danzar más rápido, vueltas y vueltas. La lluvia le ganó la pelea a la fogata a lo lejos, extinguiendo sus llamas con las gotas de lluvia que cada vez caían con más fuerzas. La arena se tornó dura, mis pies salpicaban el agua de la orilla del mar. En mi dirección llegaba el olor intoxicante a tierra y pasto húmedo del bosque tras de mí; las gotas de lluvia tronaban contra la tierra resonando como tambores, avivando la danza, hasta que mi cuerpo finalmente cayó sobre la arena húmeda, sintiéndome agotada, arrojándome con el agua que llegaba de la orilla del mar, acunándome con el vaivén de las olas, protegida por la luz de la luna.

¡Dioses como detesto este mes!

Al despertar en la mañana inmediatamente recordé una noche en su casa, nuestros padres en la sala, hablando, tomando y escuchando música. El frío

que yo sentía en mi cuerpo parecía provenir de mis huesos, y claro la minifalda, el hilo debajo de esta y mi franela que dejaba expuesta mi espalda y mis brazos, apañado a la falta de sostén, no ayudaban a la causa. Comencé a tiritar y a sobar mis brazos y sin realmente esperarlo, Z me ofreció uno de sus suéteres; me negué a usarlo al principio, no quería cubrirme, no poder tocarlo era una tortura, y mi satisfacción era limitada a permitirme ser vista por Él. Z insistió solo un poquito hasta que cedí a tomar su suéter. Y ¡Dioses su olor! Su olor que siempre me volvió loca estaba impregnado en ese maldito suéter negro. No podía dejar de olfatear la tela, creo que incluso murmuré que olía bien. Cómo me dolió tener que quitarme ese suéter al irme, literalmente me dolió en el cuerpo entero tener que quitarme el suéter que cargaba su olor.

Mi bisabuela que siempre está presente en algún rincón alejado cada vez que sueño con Él, lista para darme algún consejo o mirada, una mujer que por alguna razón me da por llamar solo abuela. Siempre dándome consejos sobre Él sin yo darme cuenta. Ella no me estaba diciendo que fuera al Universal Park o a esa tienda con los móviles de viento en Orlando. El suéter negro, ese suéter negro que Z me prestó esa noche cargado de su olor, decía al frente "Universal Park" y el hombre que vi en esa tienda se parecía mucho a Z.

Y el sueño sobre la fiesta donde mi tía, en la que estaba Z. La casa de una tía que no es familia de Z; ellos eran vecinos, la casa de tres pisos en la que vivía Z quedaba solo a un par de cuadras de distancia de la casa de mi tía; y cada vez que yo iba a la casa de mi tía, mi columna me picaba, mi cuerpo me exigía caminar hasta la casa de Z. Nunca lo hice, la noche me aterraba y yo era una niña.

¡Maldito Febrero!

Menos mal que ya se está acabando y con el final del mes, su cumpleaños, día en el que siempre hago idioteces, espero que al encontrarme en Todasana ese día, la cordura se instale en mi cabeza, porque a pesar de que no puedo comunicarme con el mundo desde allí, aún hay mucho mundo allí.

Y mientras estoy sentada en esta vieja cama, sobre la sábana roja que estaba ese día de Febrero en el que decidí que unos mordiscos por parte de otro hombre, podían hacerme olvidar todo lo que siento, en vez de pensar en la extraña pero placentera sensación de los besos de otro, me encuentro pensando en la estela fantasma que dejaron las manos de Z en mi espalda quemándome insistentemente. Preguntándome si algo de esto tiene algún sentido para Él.

Mi estúpida y femenina mente jodiéndome la vida, haciéndome pensar que este tipo de cosas son apreciadas por los hombres. Tomando como referencia a un viejo a quién le gustaba leer las idioteces que yo escribía, simplemente porque le inflaban el ego, y en el momento en que dejé de hacerlo. Bueno, eso no terminó muy amigablemente.

Ni siquiera estoy enteramente segura de qué pretendo con esto. ¿Lastimarlo?, ¿hacerlo querer patearse a sí mismo por no elegirme?, ¿alejarlo más, para así poder olvidarlo? Aunque aún después de años no lo he hecho. ¿Obtener las respuestas que quiero? No lo sé. Y no pretendo tomar ningún tipo de responsabilidad por lo dicho.

Mis manos se sienten tan frías.

Es en Febrero cuando cometo las mayores estupideces que solo me dejan un sabor asqueroso en la boca. Lo único que quiero es a Él, a Z de vuelta en mi vida. Nunca fue una cuestión de poder o no poder, siempre fue una cuestión de Él empujándome lo más lejos posible, siempre fue Él manteniéndome a distancia. Mi autocontrol no es tan fuerte, era Él quién me mantenía a distancia, eran sus ojos en los que podía de alguna forma ver el universo, era su boca apretada la que me decía no, cuando presentía que yo estaba a punto de perder el control.

Capítulo Catorce

Recuerda el Agua

Mi insomnio regresó y por mucho que lo intento me es prácticamente imposible dormir, escuchando en mi cabeza el consejo de las runas "recuerda el agua".

La gran mayoría de mis recuerdos de Z son junto al agua, una piscina, la playa, el canal.

Ambos somos las mentiras que decimos, las verdades que ocultamos, los vacíos en nuestra memoria, los recuerdos que pretendemos olvidar, los sentimientos que deseamos cambiar, no sentir, o los que queremos experimentar, y son inutilizados, como cuando un rayo te cae en la cabeza.

El odio intermitente, que me hace cambiar las emociones, queriendo negar el pasado, saboreando el presente, mintiendo hasta el futuro.

Recuerda el agua, recuerda el agua. Eso es lo que me dicen las runas, "recuerda el agua".

Las gotas de Draupnir goteando, goteando, repitiendo el mensaje una y otra vez: "recuerda el agua".

El sonido del trueno antes de dejar caer la torrencial lluvia, tornando calles en ríos.

El agua llenando mis oídos, dejando entrar la luz del sol, formando colores en la piel translúcida de los peces frente a mí.

El frescor recorriendo mí acalorado cuerpo semidesnudo mientras me hundo rápidamente dentro del mar.

Mis pies guindando desde el puente, tan lejos del agua que ni siquiera pueden rozar la superficie.

Mis pies hundidos hasta los tobillos, cubiertos por esa agua de color marrón turbio. El pastoso y mohoso piso de tierra bajo mis pies, mientras gotas de agua del canal subían hasta mis pantorrillas con cada paso inseguro que daba, tratando de seguir sus pasos.

"Recuerda el agua", escucho en susurros dentro de mi cabeza, insegura de si quiero dejar de escucharlo o no.

El picor en mis ojos por el cloro dentro de la piscina, pero que permanecían testarudamente abiertos para poder ver debajo del agua, aunque solo pudiera ver borroso, y no pudiera distinguir bien su rostro. A veces así es que lo recuerdo, distorsionado por el agua.

El sonido de mis pies chapoteando en el suelo mientras la lluvia caía y caía, empapando mi cuerpo, adhiriendo mi franela favorita contra mi piel. Era blanca, la franela, con bordados azules en el cuello.

Gotas de agua corriendo sobre su rostro y el mío. Gotas de agua, gotas que caen y caen. No hay forma de escapar, no hay manera de hacerlo, el agua siempre me cubre.

El océano frente a mí golpeando las rocas del malecón, solo minutos después de que Él se alejara sin despedirse una vez más.

Tanta agua en todas direcciones, hundiéndome cada vez más, y ni un solo trozo de tierra del que me pueda sostener, en el que me pueda parar, porque aunque lo haya, siempre estará ese inmenso océano a mi alrededor, un océano que es alimentado por cada gota de lluvia que ha caído sobre mi piel, por cada gota de agua que me ha golpeado de una forma u otra, adhiriéndose contra mi piel, todos esos recuerdos que siempre están relacionados con el agua, y con Él.

Agua formando círculos, círculos que se repiten, eternos mandalas que se continúan y se tuercen en nudos y más nudos que se repiten creando círculos, ciclos de vida, círculos de situaciones repetitivas, círculos idénticos que se tuercen y se repiten una y otra y otra vez, sin importar cuánto intente torcerlos y moldearlos siempre toman la forma que ellos quieren, la forma que solían tener.

Círculos que me enloquecen que me llevan y me hacen observar y revivir, que me obligan a intrincar y a formar nudos sin poder alterar su forma o curso. Círculos de agua, eternos mandalas que me enloquecen que me frustran y me hacen revivir lo mismo una y otra y otra vez, sin esperanza de poder torcerlos y moldearlos a mi voluntad.

Sigel que me atormenta, que me marca, que me dice que siga las instrucciones, que me adentre en esos círculos. Que me exige a que me atenga a las consecuencias. Que me repite una y otra vez que lo que debía ser será, que siga las instrucciones, que siga las curvas de los nudos dentro de los círculos.

Una marca que me quema, que sigue esparciendo brotes de energía y electricidad a través de mi columna, escalofríos que no me dejan sentir realmente el calor de mi cuerpo, electricidad que recorre mi columna desde el símbolo del sol, transportando frío de hielo por mi espina.

Laberintos circulantes que se enredan en mi cerebro creando nudos, laberintos que me encierran en el mismo camino, en el mismo tramo trazado antes de mi consciencia.

La voz de mis ancestros reprendiéndome, indicando las curvas erróneas que tomé. La alabanza que se pierde en el silencio de mi voz, que muere en mi garganta. Instintos sublevados por reflejos ajenos a mi voluntad.

Un legítimo derecho usurpado, negado y finalmente levantado, buscando volver a torcer los círculos a cómo debieron ser, repitiendo el ciclo donde pasó por última vez, rectificando el camino a como debió ser.

El castigo impuesto por no actuar según el consejo de la sólida piedra del ser. Reaccionando sin pensar, atrayendo los enredos en los nudos que con tanto esmero se cruzan, un evento forzado después de una larga espera, venciendo al ego para conseguirlo, y resbalar sobre las frías estelas de los espíritus.

Déjenme volver a entrelazar ese nudo que una vez se tensó. Déjenme obtener la energía espiritual de esa cíclica voluntad para recuperar lo que en otro momento fue negado. Tener la realización en el campo que fue drenado, ver que el cambio que quiere y exige ser precipitado, sea un cambio radical, generando que los asuntos pasen a su siguiente fase, retornando el círculo a su inicio, entrelazando su falta de final, su eterna continuidad.

Experimenté un sabor agridulce al encontrarme dentro de mi viejo instituto (por muy mierdoso que fuera), caminar por la misma acera, las mismas marcas en el cemento, un beso de media luna al llegar al final de la cuadra. Como las rodillas se me tensaban, y el cuerpo se me inclinaba al frente al llegar a la pequeña subida antes del portón de entrada. El familiar aroma a hojas mojadas y tierra seca.

A la distancia me pareció ver el fantasma de mi antiguo crush del instituto. Su cabello rubio, su pecho al frente, marcando su chemise beige, sin llevarla dentro de sus pantalones, el cuaderno vuelto un rollo en su mano, mientras el bolso estaba adherido a su espalda. Las mejillas coloradas, caminando en dirección del portón.

A pesar de que sé que ese chico ahora está en algún otro lugar con su familia, y que ya realmente no me interesa, que es solo el crush de cuando era una colegiala. En ese pequeño segundo, mi mente se transportó a cuando yo tenía dieciséis años, la incómoda falda azul y la chemise beige adherida a mi

cuerpo marcando mis senos. Cuando solía sentarme en silencio en el muro del cerrito frente al portón. Tomar una hoja del suelo y encenderla con el yesquero, observando cómo se consumía en mi mano hasta que tocaba mis dedos y la dejaba descansar en el suelo.

Cuando ese crush me hizo la chuleta para el examen de reparación de química (la cual aún tengo guardada en algún lugar). Sentarme a su lado en clases de ciencias de la tierra mientras escuchamos a A.5 en su discman, su mano atajando mi rodilla cuando una lágrima asomaba desde el rabillo de mi ojo, sin preguntarme exactamente qué me hacía llorar.

He estado rota por tanto tiempo.

Creo que él pensaba que yo lloraba porque acababa de terminar con mi novio de casi tres años. Yo le dejé creer eso. No tenía nada que ver con mi ex (al que siempre comparaba con Z), en lo absoluto.

El abrumador sentimiento de que estaba realmente jodida, me sentía como una perversa, una loca enferma. Y el pecho me oprimía. No podía respirar, raspaba la pintura de los bancos a los lados del patio, mientras me sentaba en ellos apretándolos con mis manos. Era mejor raspar la pintura de los bancos que arañarme la piel (que era lo que realmente quería hacer).

La vez que fui a la cancha de fútbol antes de irme a Paparo, llevaba puesta una franela lila que dejaba expuesto mi vientre y el pantalón de pana beige que tanto me gustaba. Mi crush no dejaba de verme, pero trataba de simularlo, a pesar de que yo sabía muy bien que me estaba viendo y no solo por los comentarios de los idiotas que estudiaban conmigo, yo sabía que él me estaba viendo. Me sonreí a mí misma satisfecha. Si este chico se estaba babeando con la ropa que yo llevaba puesta, entonces el objeto de mis fantasías y mis constantes deseos iba a flipar al verme (y lo hizo) incluso en ese entonces podía ver su mirada pesada sobre mí, quería besarlo con tantas ganas, lo necesitaba más que al oxígeno, pero nunca me atreví.

Al llegar a su casa en Paparo lo primero que hice fue asegurarme que íbamos a dormir todos en el mismo cuarto, y por alguna razón terminamos batallando en el sofá de la pequeña sala de la casa, sus dedos esparciendo cosquillas por mi vientre y en el espacio entre mis costillas, y en algún momento terminamos en el suelo dando vueltas, yo intentando deshacerme de sus ataques de cosquillas.

Al caer la tarde Z se retrajo hasta la lancha anclada junto al muelle en el canal, se llevó un pequeño contenedor con carnada "para pescar", esperé unos

minutos y me puse un short y una camiseta y comencé a caminar fuera de la propiedad, sacudiendo mis brazos a los lados intentando darme valor.

Camine hasta el muelle y me detuve junto a la lancha. "¿Puedo entrar?" Le pregunte. El sol aún brillaba y cuando Z se volteó en mi dirección, su rostro era serio, pero el brillo en sus ojos estaba allí. Di un paso atrás sosteniéndome del tubo de la lona de la lancha. "Claro, pero te tienes que quitar las cholas" me dijo señalando mis pies.

La lancha era blanca y su papá estaba obsesionado con ella, nadie podía subirse con zapatos de ningún tipo o la podía manchar.

Me quite las cholas y sosteniéndome del tubo de la lona subí hasta el borde de la lancha, el suelo de la lancha estaba caliente por el sol de la tarde, me senté en el asiento al lado de Z abrazando mis piernas frente a mí. Mi cabeza trabajando a millón buscando algún tema de conversación.

Incluso en ese entonces me era difícil poder decir algo, cuando lo que realmente quería decir era "quiero besarte". En vez, me quede sentada a su lado en parcial silencio para no ahuyentar a los peces (no había ninguno cerca), aunque misteriosamente cada vez que Z sacaba el anzuelo, la carnada no estaba. Trataba de no reírme ante sus ataques de rabia porque los peces se comían la carnada sin picar el anzuelo.

Mi mirada de vez en cuando se movía en dirección del camarote. Toda clase de fantasías rondando en mi cabeza. Finalmente me levanté para ver dentro del camarote; ya antes en la tarde había estado dentro y en los minutos que estuve dentro del camarote esa tarde me sentí mareada, pero tomando en cuenta que estábamos en mar abierto y en movimiento...

Abrí la perilla y entre al camarote con Z pisándome los talones, un plan formulándose en mi cabeza, (podría besarlo y quedarnos aquí un rato, a solas). Me volteé en su dirección, y el pánico comenzó a crepitar por mi columna. "¡Tiene trece años!" Me gritó la voz en mi cabeza.

"Hace calor aquí dentro" dije y comencé a caminar lentamente fuera.

No confiaba en mí misma. Esa condenada voz en mi cabeza que me dictaba que era una loca pervertida, que algo estaba mal en mí.

Me regresé a mi asiento fuera en la lancha y espere a que Z regresara a su puesto.

No podía respirar, el pecho me dolía, no recuerdo que estupidez empecé a decir, pero cuando el sol estuvo bien escondido en el horizonte, y las carnadas se acabaron, regresamos hasta la casa a jugar con el Nintendo.

Al día siguiente necesitaba sentirlo cerca de mí y busque una excusa para guindarme sobre su espalda dentro de la piscina. Mi plan fue realmente idiota. Y al poco rato me encontré sola en la piscina, me acurruqué en un extremo que formaba un cubo plegando mis pies contra la pared de la piscina, hundiéndome debajo del agua, las piernas flexionadas, mis manos contra el tubo de la escalera. Aguantando la respiración debajo del agua, huyendo del mundo, enfriando mi cuerpo, evitando saltar sobre Él. Entre el eco ahogado formado dentro del agua por los movimientos externos, pude escuchar a alguien golpeando el tubo de la escalera fuera del agua. Levanté la vista y vi sus pies de troglodita en el borde de la piscina.

Me obligue a emerger del fondo del agua, aunque también necesitaba respirar, no soy un pez, necesito oxígeno.

Al emerger mi cabeza fuera del agua, Él me observó como si yo fuera una extraña criatura, su mirada pesada, esos ojos marrones que tanto amo, brillando en mi dirección, su entrecejo arrugado. Fingí demencia y le ofrecí una sonrisa. Una pregunta sin ser formulada.

Horas después me senté en el jacuzzi, reclinando mis pies al frente, contra la pared que divide la piscina del jacuzzi, sentí sus pasos en las escaleras a mi derecha, entrando al agua. De soslayo vi su maléfica sonrisa, y unos instantes después Él estaba tras de mí, forzándome a sentarme sobre sus piernas mientras sus brazos se enredaban a mi alrededor en ese extraño abrazo, jalando las cintas de los amarres de mi top del traje de baño.

¡Como extraño esos abrazos!

¡Cómo lo extraño a Él!

El sonido del agua golpeando contra las paredes de la piscina con el vaivén de nuestros cuerpos dentro del agua, balanceándonos mientras sus brazos me mantenían contra Él. Despejando el frío de mi cuerpo, el rumor de las olas del mar a lo lejos.

Por años he enterrado mi amor por Él bajo cientos de metros bajo tierra, pero al hacerlo se me olvidó que sobre esa tierra hay un océano tan basto que podría compararse al espacio del universo. Muy de vez en cuando, más seguido ahora, ese océano se enfurece y comienza a cavar dentro de la tierra, extrayendo todo aquello que encuentra a su paso, sin tomar consideración que eso que está sacando a la superficie pertenece a lo más profundo de la tierra.

Nunca sé cómo hablarle, nunca sé qué decirle, o cómo hacerlo, no sé saludarlo y he optado por que cada vez que le escribo, no digo hola, ni digo su nombre, voy directo a lo que sea que voy a decir. Es una tortura no saber cómo hablarle a alguien con quien realmente quiero hablar todos los días. Cada vez que algo emocionante o divertido me sucede quiero contárselo, tal y como hacía antes, y ver su cara de pánfilo y escuchar su risa graciosa. Sus ojos. Sus condenados ojos. ¡Cómo extraño sus ojos!

Finalmente mi madre admitió que parte es su culpa, pero realmente no sirve de nada. Él está allá y yo estoy aquí, y no creo que exista alguna forma mágica para hacerlo regresar, o para hacerlo sentirme de la forma que yo lo siento.

Quiero dejar de sentir esto, y como mi mente está tan clara como el agua que él es a quien realmente quiero, entonces se rehusa a involucrarse con alguien más, rechazando a cualquiera que se me atraviese en el camino, aunque tampoco es que los que se me acercan sean buenos partidos, todos son perdedores, creo que tengo un imán que atrae solo perdedores, y eso me arrecha. Tal vez si los tipos fueran hombres hechos y derechos, tal vez no los rechazaría tan de golpe, quizás les daría una oportunidad, pero todos y cada uno de ellos son perdedores, y ya estoy cansada de perder mi tiempo.

Detesto soñar con Z, pensé que ya esos sueños habían terminado, pensé que ya no iba a soñar más con él, y eso causó un alivio enorme dentro de mí.

Pero no puedo sentirme completamente molesta con mi subconsciente. En mis sueños es el único lugar en el que puedo ver a Z y estar con Él de la forma en que mi alma lo desea.

Hay días en los que despierto pensando que enviarle un mensaje va a cambiar todo, que esta vez sí va a funcionar, que esta vez va a responder, que esta vez todo va a ser diferente.

Me despierto con su rostro estampado debajo de mi iris y su nombre en la punta de mi lengua. Pero sé muy bien que eso es algo que bien podría llamarse imposible, las posibilidades son tan mínimas, ya lo he intentado y la verdad es que estoy cansada de tragarme mi ego, de intentar de ser la que toma la iniciativa. Su campo está repleto de pelotas que he lanzado y ninguna ha sido devuelta.

Estoy cansada y solo quiero o deshacerme de esto o que Él me responda, pero una respuesta sincera no una mierda como la que respondió hace dos años. Estoy cansada de excusas. Estoy cansada de esperar.

Lo odio. Lo amo, y cómo lo extraño.

Se me olvida como respirar y mi cuerpo se siente vacío, la piel de mi pecho me pica y no dejo de rascarla hasta que la marco con mis uñas, pero el picor no cede, mis ojos están cansados y realmente quiero dormir, pero no puedo.

Cada noche me siento en mi cama y veo el reloj, aunque todo esté en silencio y el único sonido es el zumbido del aire acondicionado que usualmente me hace dormir, simplemente no puedo. Canciones se reproducen en mi cabeza como si Bumblebee estuviera enviándome señales, porque las canciones cambian abruptamente de forma aleatoria. ¡Ponte de acuerdo!

No puedo dejar de pensar en Él, de recordarlo a Él. No creo que estoy comenzando a volverme loca. Estoy loca, y algo enferma. Esto no es normal, no se supone que a los treinta años todavía esté pateándome internamente por el carajito del que me enamoré cuanto tenía... doce, catorce. No lo sé. Cuando era adolescente.

Y el nombre del pueblo es Conejeros (donde le compraron esa maldita cama) ya me acordé del nombre, había estado molestándome no poder recordarlo. Al menos creo que ese es el nombre, tal vez si deba investigarlo.

Capítulo Quince

Despecho

Su hermana solo invitó a mis padres a su boda, especificando que ni yo, ni mi hermana podíamos ir. Tampoco fue algo completamente personal, no invitó a ninguno de sus primos (su nuevo esposo no se lo permitió), la manzana no cayó muy lejos del árbol. Cuando mi madre llegó a la casa esa noche nos contó todo lo ocurrido y nos mostró fotos.

Quería ver las fotos, y al mismo tiempo no quería hacerlo, ver el rostro de Z hace regurgitar la bilis de mi estómago, tornando mi oxígeno en veneno, e incluso meses después de que Él se fuera, el veneno se quedó en mi paladar, veneno que no me abstuve de lanzar en todas direcciones.

Cuando mi madre dijo que el muy imbécil de Z (ella solo dijo Z, el "imbécil" lo agregué yo) dijo que esa era tanto la boda de su hermana como su fiesta de despedida, porque en unos días se iba a Argentina.

Esa fue mi señal de salida, me fui a mi cuarto a ver televisión. Pero la cabeza me picaba, el cuello me picaba y mi cuerpo estaba tan caliente que podía cocinar encima de él, estaba hirviendo de rabia. Tomé mi móvil para enviarle un mensaje, abrí la aplicación de las notas y escribí y escribí, solo para borrar todo, ¿qué le iba a escribir?, ¿qué es un idiota? Creo que eso lo sabe muy bien.

No le escribí, y estuve a punto de borrar su número y eliminar todas sus redes sociales de mis contactos, y fue en ese momento en el que comencé a reírme de forma histérica. Asumo que todos en mi casa pensaron que era que estaba viendo algo en la televisión que me daba risa.

Se me ocurrió hacer la misma niñetada que Él me hizo hace un poco más de una década, así fue como comenzó todo el distanciamiento, Z me eliminó del Messenger y borró el número de mi móvil de sus contactos y la última vez que le escribí hace años, Él pretendió no saber quién era yo, "confundiéndome" con otra persona, un chico en realidad, me "confundi" con un chico.

Borré la nota de mi móvil y dejé mi móvil sobre la cabecera de mi cama, donde siempre lo dejo mientras no lo uso. Las manos me seguían picando por escribirle, pero no lo hice.

Mi último intento de comunicación con Él fue un tiempo antes de que Él se fuera, lo invité a pasar carnavales conmigo en la casa de la playa de mi

papá, tampoco íbamos a estar solos, si eso era lo que Él temía.

Sé que en una de nuestras conversaciones le dije que cuando éramos adolescentes realmente quería violármelo, pero no lo hice, porque no estoy tan loca y yo no violé tipos.

Seguido del mensaje puse algo parecido a "no salgas con excusas, siempre sales con excusas" era carnavales y yo sabía muy bien que Él no iba a ir a ninguna parte. Pero siendo fiel a mis instintos me salió con una excusa "el perro de mi hermanito se murió."

¿A caso estás jodiendo? Fue lo que pensé.

De todas sus excusas esa es mi segunda favorita.

La que se lleva el primer lugar es: "Tenía dieciséis años, era un niño, no estaba pendiente de esas cosas." Esa fue la respuesta que me dio el día del funeral de su abuela cuando le dije por segunda vez en mi vida que estaba enamorada de Él.

¿Qué carajito de dieciséis años no está pendiente de cojerse a la chica que le está lanzando los perros? Especialmente cuando la chica está buena.

Quería asesinarlo, realmente quería asesinarlo. Pero evité escupir veneno y le envié la dirección y cómo llegar a la casa de mi papá por si cambiaba de opinión, quise poner "por si te crecen un par de bolas" pero realmente no quería ser una perra.

¿Por qué no puedo odiarlo? Cualquier otra ya habría desistido, quizá sí soy masoquista. Un amigo una vez me dijo que yo soy medio masoquista, una vez que nos estábamos revolcando en una sábana roja, besándonos (si es que a sus mordiscos se le pueden llamar besos), que casual y maliciosamente fue el día del cumpleaños de Z.

Z se fue. No es que alguna vez haya estado aquí, no es que antes estuviera junto a mí, pero se fue y al irse se alargó la distancia que nos separa, aunque no es que alguna vez estuviéramos juntos, no realmente.

Se fue y me duele, aunque se supone que no va por mucho tiempo, pero igual se fue, y pronto me iré yo también, no precisamente al mismo lugar, aunque quizá el mar lo lleve hasta mí.

Pero, se fue y el vacío dentro de mí se expande de la misma forma en que el universo se expande, se fue y cuando supo que se iría no pretendió despedirse, solo se fue sin una palabra. Se fue, pero nunca estuvo aquí.

Se fue, pero regresará aunque de igual forma no lo veré y será como si

nunca hubiese vuelto.

Se fue, y lo único que quiero hacer es irme lejos, más lejos de lo que Él se alejó, marcar mucha más distancia, porque no está aquí, realmente nunca lo ha estado, pero saber que se va. Saber que se va, me hace querer volver atrás.

El día que me enteré quise golpear todo frente a mí. Por meses intenté entablar conversación con Él y en ningún momento me dijo algo sobre el asunto.

Una foto de sus manos de troglodita en mi móvil, foto que Él me envió para que viera cómo se las maltrató reparando un carro que parece una moto de tres ruedas que tenía en su casa (creo que el nombre técnico es quad). Foto que ya no existe en mi galería. Foto que borré en el momento en que se fue.

El mensaje de voz que me envió, solo para explicarme lo del asunto del servicio comunitario solo asistiendo a una "charla" en uno de los anfiteatros de la universidad. No era el mensaje en lo que enfoqué mi atención cuando lo envió, sino su voz.

Sueno como una loca acosadora, a veces puede que lo sea un poquito, pero no acoso, ni meo redes sociales, solo releo los mensajes por muy idiotas que sean, hasta que me molesto y los elimino todos, borrando la evidencia de que ninguno dice nada relevante, o revelador. La única que revela o comparte algo soy yo, y siempre me encuentro contra una tremenda pared.

Quiero, necesito dejar de pensar en Él, no es sano, Él ni siquiera está pensando en mí. Él se fue sin despedirse de mí, sin decirme si quiera que se iba. Y antes de eso, sacarle información era una tarea extenuante.

Estoy cansada, absolutamente agotada, toda mierda se me olvida, hasta el puto nombre de la zanahoria se me olvida. Mi mente necesita descansar.

Hoy mi madre dijo que la silla de mi cuarto le hace doler hasta el alma (ella ve televisión en mi cuarto) y en el momento en que dijo eso no pude evitar pensar "No. Tú no tienes idea de cómo es que te duela el alma". No lo dije, solo lo pensé.

Es un alivio que nadie en mi casa reconozca que estoy en "ese humor" es muy obvio, pero en esta familia no se habla de esas cosas. Me quedo con la mirada perdida en la llama de la cocina o en el vapor que suelta la comida mientras está en la olla y no es precisamente porque tenga hambre.

Camino por el apartamento como zombie, casi no hablo y prefiero estar en mi cuarto.

No puedo hacer esto público.

Es algo tan idiota de hacer como entregarle una nota con un poema mal escrito en inglés, a un chico que te gusta, mientras estás en séptimo grado. Hablo por experiencia. Nada, absolutamente nada bueno saldrá de eso. No lo va a hacer cambiar de opinión, no va a hacer que milagrosamente corra hasta mi puerta y me diga que estaba equivocado, que sí quiere estar conmigo, eso es pura mierda. Es solo una fantasía que me gusta alimentar de vez en cuando. Realmente si soy masoquista.

Necesito ayuda.

Tal vez un cura pueda ayudarme, quizá sí tengo un demonio poseyendo mi cuerpo o una mierda como esa. Estoy hablando tonterías.

Lo extraño.

¡Maldito imbécil!

Z y su estúpida sonrisa y sus excusas. Es un cobarde. Sé que no estaba siendo sincero con esas respuestas de mierda. Lo sé. Lo conozco. Podré no haberlo visto por diez años y ahora un poco más, pero Él sigue siendo el mismo atorrante-arrogante-maldito-cobarde-imbécil de siempre.

Y cómo, ¡oh cómo lo odio!

Pero lo extraño.

¡Maldita sea!

¿Será que mando todo a la mierda y hago publica esta perorata y luego finjo demencia?

Anoche volví a soñar con Z. Estábamos en la sala de mi casa, y estábamos hablando mientras yo me movía de un lado al otro caminando por la sala. No recuerdo nada de la conversación, pero mi laptop estaba cerca.

En un momento Él observó en dirección de mi laptop, la tapa estaba cerrada y no mostraba la pantalla. Una media sonrisa se atravesó en su rostro, y comenzó a mover su cabeza en negación, sin abandonar la media sonrisa. Me encogí de hombros, e hice una mueca que intentaba ser una disculpa que no era una disculpa real. Una mueca que decía, "no puedo evitarlo, ya te lo dije."

Me moví en dirección del sofá y me dejé caer en mi puesto favorito. Llevé mis piernas sobre el asiento, recosté mi espalda en el espacio entre el espaldar y el posa brazos del sofá, abrazando mis piernas frente a mí, pasando mis manos por la tela de mi pantalón de yoga negro (uno de los que me ha dado por usar muy seguido).

Z me siguió y se sentó en el extremo opuesto del sofá. Observando en

dirección de mis piernas que buscaban acomodarse más cómodamente en el sofá, pero sin atreverme realmente a llevarlas muy cerca de Él.

Busqué su mirada, buscando la luz en sus ojos, y me encontré con su pesada mirada, que me hizo temblar de pies a cabeza. Pero mi personalidad atrevida y carente de filtro, que llevo ahora como un sistema de defensa, se plantó ante su mirada pesada. "¿Cómo está el clima allá en Siberia?" dije con una media sonrisa burlona, manteniendo mi tono neutral, refiriéndome al hecho de que Él estaba sentado no solo en el extremo opuesto del sofá, sino que también estaba muy pegado al borde del sofá.

Su mirada se relajó, soltó una leve risa y comenzó a acomodarse en el sofá, relajando sus piernas al frente, acercándose un poco en mi dirección. Me atreví a acomodar mis piernas de la forma en la que me gusta sentarme en el sofá, pero aún sin atreverme a tocarlo mucho, mi rodilla que descansaba sobre el cojín del sofá apenas tocaba un ápice de su pierna, y uno de mis tobillos quedaron cerca de su cadera. Levanté la mirada para verlo a los ojos y me encontré con su mirada pesada.

Me desperté a mitad de la mirada, mi cuerpo aun temblando por el recuerdo de su mirada pesada sobre mi rostro.

Ya ni siquiera sé por qué sigo escribiendo esto, realmente no le veo sentido. Sacar a la luz todo lo que está en mi cabeza quizá. Pero...

Hace unos días un viejo compañero de clases del instituto me contactó vía Instagram. La verdad es que le presté poca atención, mi cabeza estaba sumida en otro lugar, en otras cosas. Aparentemente el hombre pensaba que yo lo odiaba, porque cuando estábamos en el instituto solíamos ser amigos, yo pasaba casi todos los días en su casa junto a nuestro grupo de amigos, escuchando música, jugando con el Play, bebiendo Bacardí con limón. Por alguna razón que en este momento no recuerdo, un día simplemente dejamos de ser amigos (cosas de carajitos), lo que sí recuerdo es que para ese entonces yo acababa de darme el mayor golpe de mi vida después de carnavales, y aún no estaba saliendo con mi novio del instituto (aun, pero casi).

Cuando me contactó comenzó a disculparse por haber sido un idiota, yo realmente no le vi la necesidad al ejercicio. Y me sorprendí al darle mi respuesta "éramos carajitos, realmente ya no importa" fue una respuesta muy parecida a la que me dio Z cuando le reclamé por haberme hecho a un lado hace diez años sin razón alguna.

Sé que en ese tiempo, ese chico y yo coqueteábamos bastante, y creo que yo pensaba que él me gustaba, y después el tono de la conversación se giró a él insinuándome que quería "probar" o más bien "vengarse de su novia" conmigo. Fingí demencia, y comencé a reírme, para que él desistiera de lanzarme puntas sobre el asunto.

Después de un rato y desde ese día, no he dejado de pensar en la forma en que yo lo hice abandonar el tema: "éramos carajitos", "uno hace boberías cuando es chamo."

¿Acaso Z cuando me dio una respuesta similar a esa, estaba tratando de deshacerse de mí de la misma forma en que yo me estaba deshaciendo de este tipo?

¿Será que para Z yo soy el equivalente a este tipo fastidioso que quería continuar las cosas donde se quedaron cuando teníamos catorce años?

Y me di cuenta de lo tonto de todo el asunto.

Es realmente estúpido intentar rehacer una relación que murió hace más de una década atrás.

Y sin embargo, ¿por qué sigo creyendo que Él es diferente?

Y ahora de repente siento la necesidad de pedir dinero prestado donde no puedo, vender cada una de mis figuras de colección de Star Wars con la denotada intención de irme a dónde Él está. A un país que no me gusta, con gente que no me gusta, solo para ¿qué exactamente? Él no me ha dicho nada que me aliente a nada.

Realmente me estoy volviendo loca, perdiendo la poca cordura que me queda.

No pretendo hacer eso, sin embargo el pensamiento está en mi cabeza.

Capítulo Dieciséis

La Canción de Kenny

Mis recuerdos siempre encuentran la forma de regresar a esos lugares en los que solíamos estar cuando éramos niños. La casa que supuestamente estaba embrujada, el portón diseñado para parecer una telaraña, la casa con la piedra que decía "Love" en la empinada subida después del parque, la mesa de ping pong en la academia de natación, el estacionamiento de la empresa en la que nuestros padres trabajaban, la sombra que hacían los árboles sobre el muro de piedras donde nos sentábamos a hablar, el campo de tierra de esa cancha de softbol. Su cuarto, el balcón con las barandas blancas.

Esta maldición me tiene dando círculos en los mismos pensamientos, rememorando una época en la que de alguna forma era feliz. Eso solo ocurría cuando estaba a su lado, solo estando cerca de su presencia me sentía completa, centrada, alegre, en control. Aunque nunca lo besara, o hiciera más que estar en silencio a su lado; era en esos momentos en los que me sentía realizada.

Todo este desastre en mi cabeza es mi culpa.

Recuerdo que el día de la comunión de la hermana de Z. La escuela/instituto en dónde ellos estudiaban era grande y bonita (en comparación con el rancho en el que yo estudié) el patio era enorme y mi madre (que es la madrina de "La Princesa") estaba criticando la estatura de un actor famoso en Venezuela, el cual era el padrastro de una de las compañeras de clase de "La Princesa".

En ese momento en el que yo estaba sentada sobre la mesa de cemento, mis pies apoyados sobre el banquillo de cemento, mirando a los pasillos de la escuela, pensando en la madre putada que nos hizo mi madre a mi hermana y a mi, obligándonos a estudiar en esos lugares decadentes; unos dedos se hundieron en mis costados, haciéndome cosquillas desde la espalda, la risa burlona de Z corriendo a un lado, unos segundos después.

Mi incómoda falda larga de blue jean me complicó un poco mi patético intento de huida de allí, tratando de mantener la compostura aunque fuese solo unos minutos.

En esa época yo aun tenía esperanzas de que si seguía las reglas y hacías las cosas en el orden natural, eventualmente obtendría las cosas se supone una

adolescente cercana a los veinte años obtiene, como un carro usado, algo de libertad.

Esa tarde empecé a fantasear con que Z y yo empezábamos una relación, que salíamos, una parte de mi cerebro me estaba diciendo que el momento era el adecuado. Pero me bloqueé, la presencia de la familia dentro del pequeño restaurante de mariscos, todos conglomerados en ese lugar tan cerrado, me retrajo. A pesar de que Él intentó varias veces esa tarde llegar a mi.

En mi cabeza solo se repetían las cosas que quería hacer en vez de enfocarme en lo que estaba frente a mi.

Aún era una adolescente tonta. Pero el hecho de que horas antes había estado en el instituto en el que Z estudiaba, con chicos de su edad. La imagen de una chica de piel blanca y largos cabellos negros (su tipo de mujer) como siempre me ha recalcado, se atravesó en mi cabeza, una fotografía que Él en algún momento colocó en su perfil de Messenger. En mi cabeza solo resonaba una voz que me recordaba que Él era un adolescente de instituto, y yo tenía casi veinte años y en la universidad.

Y todas esas tonterías me hicieron mantenerme a ralla con Él. Decidí dejarlo jugar con sus primos, mientras yo me senté en un taburete del bar a tomar daiquirís de fresa vírgenes.

Sus brazos de vez en cuando buscaban abrazarme, hacerme cosquillas, atraparme con el brillo de sus ojos, pero, mi estúpida y cobarde mente de adolescente me retrajo.

Esa última Navidad en que fui a su casa, yo había acompañado a mi madre a comprar los regalos de Navidad. No me agradaba mucho la idea de regalarle a Z una franela genérica al igual que a todos mis demás... (ácido en mi garganta) primos.

Sin embargo estaba molesta con Él, y a pesar de buscar una franela en la que apareciera Kenny de South Park, el cual era su personaje favorito de esa serie, yo agarré la que era roja (a Z no le gustaba el color rojo).

Me quedé sentada en el sofá pegando mis rodillas juntas para evitar que se mostrara más de lo necesario por mi minifalda. Observándolo mientras aún de pie, recostado del marco de la puerta de la sala abría el regalo. Su cara de desdén e incomodidad me tenían al borde, y cuando extrajo la franela roja, vi la mueca de desagrado en su rostro, fue fugaz, pero la vi, y no pude evitar a mi vez hacer una mueca de triunfo.

Z intentó disimular su bluff al gritar "¡Kenny!" Refiriéndose al dibujo en la franela.

Recuerdo que su mamá dijo algo tajante y me retraje hasta la cocina. Z subió a su cuarto y allí se quedó.

Yo quería subir, quería estar cerca de Él, y en algún momento me obligué a subir hasta su cuarto. Toqué la puerta abierta de su cuarto y esperé a que Él me dijera que podía pasar. Sin embargo Él no sonreía como de costumbre, su mirada era seria, pesada e inmediatamente me sentí incómoda y fuera de lugar. Quería salir corriendo lejos y no mirar atrás, pero me obligue a quedarme unos minutos más intentando entablar conversación con Él. Z estaba realmente tajante y "sangrón". Pocos minutos después emigré fuera de su cuarto y bajé hasta la sala.

Nunca me ha gustado estar donde no soy bienvenida y obviamente yo ya no era bienvenida en su cuarto o en su vida.

Cuando finalmente decidí escribir todo lo que siempre ha estado dando vueltas en mi mente, y enviárselo a Z, mi insomnio se transformó en algo peor, mis ojos estaban abiertos como platos, las manos me temblaban, y el dedo índice de mi mano izquierda estaba más entumecido que nunca.

Intenté ejercicios de respiración, y cuando ya finalmente estaba ganándole la guerra al insomnio, me acordé de la araña que vi en el techo de mi cuarto esa tarde y que se me olvidó matarla como tenía intencionado.

Y cuando realmente me pude dormir, empecé a soñar lo que suelo soñar cuando estoy estresada.

Soñé que me despertaba temprano en la mañana y empezaba a limpiar las aplicaciones de mi móvil, había un montón de aplicaciones que no reconocía y en mi bandeja de entrada habían varios mensajes, pero no me dio chance de abrirlos porque cuando estaba a punto de hacerlo escuché el sonido de una escoba golpear una puerta fuera de mi cuarto. Mis padres y mi hermana siempre se van temprano a trabajar y el ruido me sorprendió.

Al llegar a la sala vi a mi madre barriendo con brío y la puerta de entrada del apartamento estaba completamente abierta. Pero lo peculiar no era la puerta abierta, era que mi madre no se veía como ella, se veía como yo, usando mi camiseta verde, y mi sostén deportivo verde, mis lentes y mi cabello amarrado en la nuca por el calor. Se volteó a verme y me dijo que había que sacar todo lo sucio.

Me desperté apretando la mandíbula, la luz del día me regañó e intenté volverme a dormir, pero lo que hice fue dar vueltas en la cama a las ocho de la mañana. Creo que dormí dos o tres horas en toda la noche.

Finalmente harta de escuchar la letra de "Luces Ancestrales" en mi cabeza, me quité el antifaz del rostro gritando "¡maldita sea!" y me levanté de la cama, pateando las sábanas. Por lo menos hay café. Y luego buscando sacar la canción de mi cabeza encendí la laptop y puse la canción en volumen alto, esperando que, así pudiera exorcizarla de mi mente.

No funcionó.

No debí hacer eso, fue un movimiento estúpido y "pedante" de mi parte. Sigel me pica en la espalda.

En mi defensa las runas me dijeron que lo hiciera. Yo les pregunté si era buena idea hacerlo y la respuesta fue afirmativa.

Tomé mi móvil y abrí la aplicación de las notas y comencé a escribir terminando con "so... don't be an ass" cuando el "ass" real era yo. Y se lo envié al Messenger de Twitter, por alguna razón cuando le envió mensajes a Z por allí, Él me responde más rápido. Luego abrí Instagram mientras esperaba una respuesta y al poco rato recibí una respuesta de Z.

Su respuesta fue simple, haciéndome saber que confiaba en mí y en mi inspiración, e inmediatamente pensé que posiblemente "esas palabras se van a regresar para morderlo a Él en el trasero", nadie nunca debería confiar en lo que mi inspiración me obliga a escribir, soy peor en papel de lo que soy en persona. Aunque tal vez, quizá, a Él le importe una mierda lo que escribí.

Solo hablamos por cortos diez o quince minutos pero no podía dejar de sonreír. Él siempre me hace sonreír, con sus comentarios, es más grosero que yo, y siempre me ha parecido gracioso.

Hablar con Él no ayudó a mi insomnio.

Y la condenada canción diciéndome que cuando mis huesos se transformen en cenizas lo único que permanecerá es mi amor.

Voy a tener que castigar a Bumblebee por sus condenados mensajes.

Esos dos días y dos noches no pude dormir bien, paseé por la casa, no le presté mucha atención a las series de televisión que veo, me leí tres libros completos y la mitad del Fausto, me depilé cada parte de mi cuerpo que podía depilarse, limpié mi cuarto, me hice la pedicura, y finalmente esa noche después de bañarme me peiné el cabello, tome una tijera y sin pensarlo dos veces me grafilé el cabello.

Mientras veía mi reflejo en el espejo después de que se me secara el cabello, comprobando que una vez más me hice un corte de cabello que me quedó perfecto (solo me gustan mis cortes de cabello cuando me los hago yo misma), llegué a la conclusión de que no importa si tengo unos kilos de más (los cuales me joden la psiquis) sigo viéndome matadora. He tenido el mismo peso por más de cinco años y durante ese tiempo no me ha ido mal en el departamento sexi.

Una vez un querido amigo me dijo que yo a veces podía ser "microondas" porque me gusta coquetear, fuerte, pero luego dejo al pobre tipo con tremenda erección y un "no tengo ganas." Es divertido hacerlo, y no me da miedo, sé muy bien cómo defenderme sola, aunque hace unos años se me olvidó cómo era el asunto. Pero ya todo eso está en el pasado, a diferencia del mismo pensamiento que me ha acompañado por más de una década: si soy tan sexi y ninguno de los tipos a los que me he propuesto "atrapar" han podido resistirse a mis encantos, entonces, ¿por qué Z sí se pudo resistir a cada uno de mis coqueteos e insinuaciones de que me gustaba?

Supongo que es porque Z es el único que me hace sentir nerviosa, Él es el único que hace que se me olvide todo lo que sé, y comience a decir pistoladas y a actuar como una adolescente tonta cuyo cerebro está inflado con helio.

La melancolía me está matando y es todo mi culpa. Él me rompió el corazón, pero yo me rendí en tratar de enmendarlo.

Lo perdí en el 2005, y aún hoy, un poco más de una década después, lo sigo añorando.

Mi regadera huele a piscina, el agua fría que cae en tropel sobre mi cuerpo me recuerda a la ducha fuera de la piscina de la casa de sus padres en Paparo.

Ayer después de intentar en vano poder relajarme con hard core yoga, me fui a dar un baño con agua fría, y el olor a piscina me hundió en pánico. El agua me ahogaba, el baño se sentía mucho más pequeño de lo que realmente es. Su rostro que a pesar de ser el de un hombre ahora, sigue siendo el mismo, son las mismas mejillas, la misma nariz aguileña, la misma mirada, la misma actitud de idiota. La diferencia recae en que ahora no lo puedo golpear cuando actúa como un imbécil.

Después de recibir el mensaje de Él, diciéndome que había terminado de

leer todo lo que siempre quise decirle, mi corazón creo que realmente se detuvo por un segundo o dos. Comencé a sudar frío, mi nuca se sentía prensada e inmediatamente comencé a llorar. El pecho lo sentía oprimido. Esa sensación de pánico y una voz en mi cabeza me gritaba "¡La Cagaste!"

Z se quedó hasta las 5:00 am leyendo lo que "realmente escribí para Él". Su mensaje citaba la forma en que lo llamé casi al final de lo escrito por mí (el insulto continuado). Pero su mensaje no mostraba rabia u odio; muy notoriamente transmitía cierta melancolía. Eran las 8:00 am cuando vi ese mensaje de Él.

Una serie de mensajes de mi parte empezaron a derramarse de la misma forma en que lo hacían mis lágrimas.

Esperé horas, tratando de mantener la calma, repitiéndome a mí misma "debe estar dormido, deja de enviar mensajes".

Al mediodía fue que pude controlar el pánico en mi cuerpo al recibir respuesta de Z. Su tono era jovial, amigable, y la conversación entre nosotros comenzó. Al principio más que nada disculpas y chistes que a pesar de que me hacían reír, no ayudaban a cubrir el hoyo en mi alma.

La conversación murió en poco tiempo, porque yo tenía planes para el día. se suponía que debía encontrarme con una amiga para almorzar y hablar sobre ella; porque en ese momento ella era quién necesitaba una amiga a su lado. Sin embargo, ambas terminamos apoyándonos la una a la otra. Hablamos por horas mientras esperábamos a que el doctor la viera a ella y determinar si ella realmente necesitaba ayuda psicológica a causa de la presión laboral y familiar que pesaba sobre sus hombros en ese momento.

Mientras mi amiga almorzaba, yo me bebía mi té rojo bien frío para calmarme. A pesar de que Z fue realmente amigable y simplemente el Él de siempre; el "tengo preguntas" de su parte me tenían en punta de nervios. A pesar de que temía la reprimenda de mi amiga, le conté en grosso modo lo que había hecho.

Ella me escuchó sin disimular su media desaprobación y la curiosidad por todo el asunto. Finalmente me dijo que dejara de sobreanalizar todo y simplemente decidiera lo que yo quería hacer ahora. No me dejó darle un "no sé" como respuesta, a pesar de que fue lo que le respondí al principio y repetidas veces, hasta que finalmente me atreví.

Lo que temía decir en voz alta, lo que temo siquiera pensar es: quiero ir hasta dónde está Él.

¡A la mierda España!

Sí, le he hecho mala campaña publicitaria a Argentina, es Latinoamérica y estoy harta del tercer mundo. Pero la verdad, es que a veces creo que soy capaz de ir hasta lo más recóndito del mundo por Él. Z es mi hogar, lo necesito, no porque sin Él no pueda vivir, sino porque Él es en cierta forma parte de mí, y no quiero vivir sin Él.

Al llegar a casa esperaba encontrar sus preguntas en el móvil, y como no vi ninguna, le envié un mensaje.

Sus preguntas, eran exactamente las que yo me imaginé. No sé si me creyó o no, realmente no puedo molestarme con Él por no hacerlo si eso fue lo que pasó.

Después de hablar sobre lo puntual, la conversación fue a lo más actual, el ahora, quiénes somos ahora.

Lo extrañaba y aunque una foto de Él y una nota de voz de Él no sean suficiente, tampoco son poco, es más de lo que tenía.

Me sentía destrozada de igual forma.

Lo extraño, pero Él extraña es los tiempos en los que éramos chamos. No a mí. Los viejos tiempos.

Intenté hablar y confiar en mi madre, y su reacción inmediata fue: "has la licenciatura" o "tienes que hacer un postgrado" seguido de "yo lo quiero, Z es más mi ahijado que su hermana" (quién realmente es la ahijada de mi madre) pero... "el año que viene nos vamos a España".

¡Estoy escuchando esa mierda desde hace diez años!

Allí murió mi leve intento de confiar en mi madre.

Me duele pensar que Él no recuerda algunas cosas sobre nosotros, y más me duele saber que las que están "grabadas en piedra" para Él, son las que me carcomen a mí.

Capítulo Diecisiete

Tripolar

Lo recuerdo de otras vidas, siempre amándolo y perdiéndolo, por mi culpa, por su culpa, por cuestiones ajenas a nuestra voluntad, pero siempre perdiéndolo cuando apenas lo tengo. ¿Por qué esta vida habría de ser diferente?

Años. Pasé años pensando en cuándo sería el momento adecuado. Torturándome desde ese carnaval en el camino de regreso a casa, después de pasar todo el carnaval y su cumpleaños en su casa, allá en la playa, justo como en este año, lo único que este carnaval lo paso en mi casa de la playa y a miles de kilómetros lejos de Él.

En el camino de regreso a casa después de ese carnaval en Paparo, cuando me di cuenta de lo monumentalmente jodida que estaba, iba sacando cuentas en el asiento trasero del carro de mi papá, tratando de pensar en el año, en la edad exacta en la que podría hacer todas esas cosas que siguen atormentando mi mente.

¡Maldita sea!

Aún hoy puedo recordar la vía, como lucía en ese momento. La autopista estaba recién construida, los edificios de la entrada de Guarenas, donde antes yo vivía, y donde Él antes vivía. En donde tuve que esconderme en el closet de mis padres para cubrirme de los gases lacrimógenos el mismo día en el que Él nació, el día en que llegó para joderme la existencia.

Cierro mis ojos, al recordar que yo dormí hace muchos años en su cama, que me abracé a su cuerpo, que lo escuché tocar pésimamente la canción "I wanna hold your hand" de los Bittles. Que me paseaba por su cuarto descalza como si fuera mi propio cuarto, que usaba su suéter cuando tenía frío.

La lluvia sigue cayendo, casi parece que ha empeorado, y ahora cae con más fuerzas, ríos de agua corren por la vía frente a mi edificio.

Ya me cansé de esperar, de creer que va a pasar algo cuando lo único que pasa es nada.

El agua que cae es fría, el cielo truena, y escalofríos recorren mi cuerpo. Se supone que debo sentirme libre, tranquila, en paz conmigo misma por haber dicho al fin todo lo que estaba en mi alma, pero esta sensación de pesadez no abandona mi pecho, cohibiéndome. No puedo respirar.

Las lágrimas siguen cayendo de mis ojos, confundándose con las gotas

de lluvia.

Esa fuerza de persuasión que Él usaba contra mí, esa fuerza que siempre me hizo sucumbir ante Él, dejándolo ponerse sobre mí cada vez que discutíamos en su cuarto y yo terminaba en la cama con Él sobre mí haciéndome cosquillas. El enorme deseo de que esa guerra de cosquillas se transformara en algo más.

¿Por qué soy débil ante Él?

Tantos años entrenándome para más nunca ser débil ante un hombre. Pero si vamos al caso, desde siempre he sido débil ante Él.

¿Cuándo voy a ser libre de Él?

No importa con quién termine pasando mi vida, Él siempre será el amor de mi vida. Así de maldita estoy.

La lluvia cae a tropel sobre el techo de madera, creando un sonido atronador. Durante el día, el sol era tan brillante e inclemente, que no había forma de huir de él, el mar me agredía cada vez que intentaba bañarme en sus aguas, la corriente revolviendo su interior, sacando a flote las algas que cubren las piedras submarinas, enredándose en mi cabello, adhiriéndose a mi piel. El eclipse solar jodiendo con mi cabeza y mi control sobre mis movimientos dentro del mar. Pero, ¿cómo no estar así?, si un par de días antes me percaté de la extraña coincidencia de que Él nació durante un eclipse como el de hoy.

Sigo volviendo allí, a ese día, ese fatídico día, el sentimiento de no poder cambiar nada, de observar cómo todo sucede y sentirme inútil a poder cambiar algo.

Hay canciones que me llevan a ese día, el brillo en sus ojos, su franela negra, su voz hipócrita al decir el nombre de Kenny, dibujado en la franela roja que maliciosamente elegí para Él a sabiendas que odiaba ese color.

Verlo bailar dentro de esa sala y estar inmóvil sentada en ese molesto sofá que me hundía, dificultándome levantarme de él, queriendo salir corriendo, y fracasando en mi intento.

Su dura mirada pidiéndome sin palabras que me alejara de su cuarto.

Anoche buscando entre los papeles en el archivo dentro de mi closet, mi hermana encontró la fotografía que el papá de Z tomó ese día de Navidad, ese último día que estuve en esa casa. La mirada en mis ojos, la blusa roja que yo llevaba, con la espalda descubierta, la minifalda, la tobillera de piedras de

jaspe verde atadas con una cadena de oro. Recuerdo que ese día estaba molesta, triste. Ese día Él no estaba allí cuando yo llegué, y cuando Él llegó no quería tener nada que ver conmigo. Esa foto la tomaron después de que bajé a la sala, sintiéndome derrotada por la rudeza en su mirada, y sin embargo nada de eso se nota en mi rostro en esa fotografía, pero lo recuerdo tan claro como si hubiese ocurrido ayer. Recuerdo todo perfectamente bien.

Nunca antes le había dicho a nadie "te amo" y realmente sentirlo. Era solo una expresión vacua, que no tenía profundidad, o realismo, era algo que sólo decía para salir de una situación incómoda; una expresión de un sentimiento que solo había sentido realmente por una sola persona antes, y que nunca antes se lo había dicho; pero, en el momento en el que me decidí finalmente a decírselo, para mí tenía sentido, para mí lo era todo, pero para Él. Para Él no se si signifique algo. Las veces que se lo he dicho no ha sido para que Él me lo repita, lo he dicho porque realmente lo siento, porque realmente quiero decirlo, porque quiero que Él lo sepa. Porque es algo que callé por tanto tiempo, que ya no puedo seguir haciéndolo, ya no le veo el sentido a no admitirlo, a no decirlo. Estoy cansada de arrepentirme de las palabras que no me atrevo a decir, prefiero arrugar la cara entera al recordar que dije lo que sentí, en vez de querer golpear a la pared (o hacerlo) por recordar que me mordí la lengua cuando quería decir algo.

No, no le dije que lo amaba para que me lo dijera de vuelta, lo dije porque no tengo nada que perder al hacerlo.

Una noche, realmente podía sentir que estaba acostada a su lado, sin realmente tocarlo, pero sintiendo el calor de su cuerpo cerca del mío, el sonido de sus dedos contra el teclado mientras jugaba online desde su computadora, porque sabía exactamente lo que estaba haciendo, podía sentir el aroma del ron en el vaso sobre la mesa, escuchar los murmulos que hacía con cada jugada, la música emanando de su reproductor, a un volumen lo suficientemente alto como para escucharla Él sin perturbar a nadie más, y lograba quedarme dormida en instantes, mis manos constantemente buscando alcanzarlo con la punta de mis dedos, y realmente podía sentirlo. Y cada vez que uno de sus mensajes me despertaba a mitad de noche, me hacía sonreír.

Yo no soy cursi, no puedo serlo, no está en mí. La última vez que intente ser cursi, se notaba mi falsedad, se notaba que estaba mintiendo entre dientes. No puedo ser cursi con Él, nunca lo he sido, nunca he podido. Él sabe que soy

rústica, y de igual forma le terminé subiendo el ego, aunque realmente no quería hacerlo. Él nunca me lo sube a mí, y cada vez que puede ser un hijo de puta de tercera, lo es, a sabiendas que me voy a amotinar.

Estoy en desventaja ante Él. Él sabe exactamente lo que siento por Él, sabe más de mí que mis propios amigos, Él tiene toda la maldita información, no información parcial; toda. Y yo sé muy poco de Él.

Me rehusó a aceptar que es tarde, que lo perdí, estoy en la etapa de negación, ira y depresión, todas al mismo tiempo.

Las diferentes voces en mi cabeza no dejan de pelear, de gritarme que me detenga, que siga, que estoy perdiendo mi tiempo, que ya he perdido tiempo suficiente, que me busque un premio de consolación, que me rinda. Pero no quiero rendirme, no quiero renunciar, pero duele de una forma increíble. Duele despertar cada mañana y encontrarme con la cruda realidad.

Cuando se trata de Z, mi cordura se nubla.

Él se fue, Él ni siquiera pensó en mí antes de irse. ¿Y por qué habría de hacerlo?, yo desaparecí ese día, sin advertencias, sin dar explicaciones, sin despedirme, porque ni si quiera regresé a su cuarto para despedirme de Él cuando me fui. Yo desaparecí.

Mucho tiempo ha pasado, muchas cosas han sucedido, muchas personas han aparecido, para bien o para mal, mucho ha pasado, y ni Él estaba aquí conmigo, ni yo estaba allá con Él.

Cada mañana despierto sintiendo frío y deseando poder arrimarme a su cálido cuerpo. Con los ojos aún cerrados, estiro mi brazo a mi izquierda buscando encontrarlo, y recuerdo que Él no está a mi lado.

Este frío antinatural que me ataca de vez en cuando, sin razón aparente, el clima es cálido y sin embargo, mi cuerpo se siente frío hasta la médula.

Sonará a cliché, pero es tan cierto que duele. Duele acostumbrarse a hablar con alguien todos los días, y que luego llegue un día en el que ya no hablan más, y duele más, saber qué has perdido las ganas de hablar con esa persona, saber que ya no hay nada que buscar allí. Por ahora. Por ahora es la mentira que me digo al repetir en mi cabeza que ya no debo hablar con Él.

Estoy cansada, cansada de ser la que siempre lo busca, de intentar arreglar lo que sea que está roto entre nosotros, cansada de ignorar que se que a Él le importa una mierda. Cansada de mostrarle lo que siento y recibir solo migajas.

"De mutuo acuerdo" y una mierda. Le dije que prefería ser honesta, que a solo decir estupideces, y Él decidió decir estupideces, en vez de ser honesto conmigo desde un principio.

Y los meses siguen pasando, atropellándome en su paso, y todavía no he podido sacarlo de mi cabeza, todas las cosas que dije, todo lo que deje salir, y las voces en mi cabeza recordándome lo idiota que fui, por esperar algo a cambio, por ilusamente creer que haría una diferencia, que esta vez sí cambiaría el resultado, pero al final, fue todo por nada, porque resultó que todo estaba en mi cabeza, que aparentemente en realidad lo aluciné todo. Y maldita sea Febrero, he intentado ignorar el hecho de que es este maldito mes otra vez, y al igual que todos los anteriores, estoy sola con mis pensamientos, con mis fantasías idiotas, con esperanzas que se rehusan a morir, a pesar de que no tienen cabida.

Grito en mi cabeza, porque un grito externo parece una grosería y una pérdida de aliento, porque no quiero perder más tiempo pensando en alguien que no me dedica ni un puto segundo de su tiempo.

¡Maldita lluvia! Tengo frío y quiero comer tequeños con salsa de ajo.

¿Cómo puede ser posible que se sienta tan real la sensación de su presencia a mi lado, si hace tantos años que no duermo a su lado?

Mi brazo siempre encuentra el vacío al borde de mi cama, o la madera de la peinadora y me golpeo la rodilla y la frente. Quiero pasar las puntas de mis dedos sobre su desordenada barba, y absorber el aroma de su cuello, mientras lucho con la luz del día que me pide despertar.

Me da tanta rabia saber que otras han conocido lo que yo siempre he querido, no es la experiencia lo que me molesta, es los rostros anónimos, los cuerpos anónimos que tuvieron lo que es mío, lo que dejé escurrirse de mis manos. Y ese condenado instinto psicópata-asesino que se desata en mí, queriendo derramar la sangre de cada una de ellas; algo que Él encuentra "cuchi" y "gracioso", pero que a mí realmente me molesta.

Su nombre en la punta de mi lengua, repitiéndose en mi cabeza, tronando y tronando de la misma forma que la lluvia truena contra el techo de madera sobre mi cuarto. Decir su nombre tres veces no lo hará aparecer mágicamente frente a mí (lo he intentado. No funciona) Él no es Beetlejuice. Él es otra especie de demonio completamente diferente.

Lo único que quiero hacer es verlo, hablar con Él, detesto esta distancia, y el constante recordatorio de que yo lo dejé ir, yo no hice nada para

detenerlo. Al igual que Él siempre tuvo carro, yo siempre viví cerca de Él, el mismo reclamo puede ser hecho en mi dirección.

Para Él, yo lo abandoné, y tiene razón, yo me alejé, es cierto que Él me alejó, pero yo sé lo permití. Yo sé lo permití.

Lo extraño tanto. No hay un solo maldito día que no me despierte sintiendo que mi corazón se rompe más allá del reparo. Lo necesito, necesito estar cerca de Él. Quiero dejar de sentirme rota por dentro, abandonar esta sensación de condena.

Escribir mis recuerdos de Él no lo exorcizó de mi mente, y dejar que Él viera todo eso, tampoco ayudó.

Ya no tengo insomnio, eso es algo bueno, aunque sé que no va a durar mucho tiempo, pero estoy aprovechando mis tiempos de inconsciencia, huyendo de la realidad.

Ha pasado tanto tiempo. Él tiene razón, ha pasado demasiado tiempo, es imposible saber si es tarde o no. Y Él está a miles de kilómetros de distancia en otro país, y estará allí por quién sabe cuánto, puede que se quede allí para siempre y puede que no.

Sigo estando molesta con Él. Y el hecho de que me haya dicho que yo le rompí el corazón no ayudó en nada, tampoco ayudó que me dijera que junto a mí era feliz, que éramos muy unidos, y que también estuvo enamorado de mí.

Todo en tiempo pasado.

Él se fue, Él me alejó, y rompió más que mi corazón cuando finalmente se fue sin siquiera despedirse.

Hay recuerdos que para Él están perdidos en alguna parte de su memoria, enterrados. Quiero que recuerde esas cosas, a pesar de que sí me recuerda y hay recuerdos de mí que "tiene grabados en piedra".

No quiero creer que es tarde, no quiero creer que lo perdí para siempre. No quiero.

Él no es mi primer amor, como dice mi madre. Si fuera mi primer amor, no me dolería tanto recordarlo, no me importaría que estuviese a miles de kilómetros de distancia, o que no lo he visto en un poco más de una década, lo recordaría con cariño muy de vez en cuando y eso sería todo. Pero no. Él es la primera persona en la que pienso al despertarme, y la última antes de dormir, y cada noche veo su rostro en mis sueños. Él no es mi primer amor, Él es el amor de mi vida.

¡Cómo extraño su cara de bobo! Una foto de Él no es suficiente, y una

nota de voz no es suficiente. Nada de esto es suficiente.

Lo quiero a Él, y quiero que Él me quiera de la forma en que yo lo quiero.

Después de que Él me enviara ese mensaje que me dejó llorando toda la mañana, la conversación fluyó entre nosotros de una forma en que hacía tiempo no fluía.

Todas las mañanas me despierto con este sentimiento de arrepentimiento, el corazón me palpita, siento el pecho oprimido, y no puedo respirar, quiero pararme y salir corriendo, correr hasta Él. Pero Él ahora está muy lejos.

Me obligo a quedarme en mi cama, buscando la forma de respirar y deshacerme del ataque de pánico.

Siento que lo perdí.

Hasta hace un año Él estaba cerca, yo bien pude ir hasta Él, pero no lo hice, yo decidí quedarme aquí, y hacerme la víctima.

Sí me alejé, fui una cobarde.

Y resulta que el nombre del pueblo donde le compraron su cama se llama ¡Magdaleno! Sabía que me estaba pelando con el nombre.

Lo amo. Desde ese día en que lo vi con ese ridículo disfraz de dalmata.

Epílogo

Cada vez que iba al Sambil, por alguna condenada razón , siempre sonaba la misma canción ("I found" de Amber Run), en esa época no sabía como hacer para encontrar esa canción que siempre despertaba algo en mi mente, algo enterrado en mi memoria.

Odiaba ir a ese centro comercial, detestaba a la persona que me tomaba de la mano en ese momento, y más me detestaba a mi misma por simplemente no alejarme, o dejarlo alejarse de mí cuando lo hacía.

Esa condenada canción resonaba en mi mente, me hacía sonreír y al mismo tiempo me hacía sentir un vacío en mi pecho. esa canción me decía que estaba junto a la persona equivocada, pero estaba tan cegada por una especie de niebla en mi mente, una niebla que me hacía olvidar a Z. Olvidar por qué estaba en esa condenada situación.

Como un flash, rápido y fugaz, recordaba a Z cada vez que escuchaba esa canción. Esperaba que Él llegara y me llevara con Él, pero ese pensamiento era tan fugaz, que en el segundo en el que aparecía, desaparecía. En vez, me tocó rescatarme a mi misma como Fiona.

No fue sino muchos años después, en mi empeño de descargar música nueva y diferente, después del mega coñazo que me di con Z ese año en el que estuvimos hablando casi a diario, cuando me tropecé con la canción. Había escuchado una canción de ese cantante en Youtube y como soy obsesiva-compulsiva, me descargué su discografía completa. Y de repente la canción que siempre sonaba en el Sambil empezó a sonar en mi reproductor. Los pensamientos que pasaban en mi cabeza cada vez que escuchaba esa canción hace años, llegaron atropellados a mi mente. Finalmente entendí por qué esa canción me hacía pensar en Él. Es porque cada una de las palabras de esa canción, describen exactamente lo que siempre sentí por Él.

¿De qué me sirve saber cómo le gusta el café? El cuál le gusta igual que a mí, bien fuerte, negro y sin azúcar. O saber cómo le gustan las panquecas: con queso o sin nada. Que se muere por el chocolate, y que aún le gustan los Doritos. Que se toma el ron puro como a mí me gusta (ambos tenemos cierto complejo de pirata, aparentemente). Saber que cambió la franela azul roída por un suéter gris roído que nunca se quita y huele a loco (según Él). Todos esos pequeños detalles no me sirven de nada.

El tiempo y la distancia tienden a crear lagunas mentales en mi cabeza y se me olvida lo que me dijo en nuestra última conversación, y quiero escribirle como si nada hubiese pasado. Escribirle como solía hacerlo, contarle cualquier estupidez que me ha sucedido. Pero luego recuerdo sus palabras referente a las veces que era genuina con Él.

¿Cómo pude ser tan idiota y no darme cuenta?

Y mientras más reflexiono en el tiempo en el que hablamos por meses, e

intentar drenar mis sentimientos y darle voz a mi peor yo mientras escribo, para así poder deshacerme de todos estos sentimientos, que lo único que hacen es alimentar al gusano malvado en mi cabeza, llenándome de rabia, odio e incertidumbre, sentimientos que me hacen dudar de mi misma; más me doy cuenta que perdí mi tiempo.

Me las apañé para no llorar ni una lágrima cuando leí ese último mensaje que decidí no responder, y no lloré ni una lágrima en los meses que le siguieron. Estaba bastante orgullosa de eso. Cómo odio esto, y sin embargo, no puedo ser capaz de odiarlo a Él, no completamente al menos.

Hay mensajes que por mucho tiempo que tengan de viejos, se repiten en mi cabeza, palabra por palabra. Mensajes que me despiertan a mitad de noche recordando el tono fantasma del móvil que realmente no está sonando, y mi mente visualiza el mensaje, a pesar de que hace mucho tiempo que los borré del móvil.

Su disculpa por ser un "atorrante-arrogante-maldito-cobarde-imbécil de siempre" me partió el alma y me arrepentí un poco de mis palabras. Pero luego todo se fue a la mierda.

Siempre amé la forma en que decía mi nombre, llamándome por el diminutivo. Detesto cuando alguien, sea quién sea me llame así, pero siempre me encantó que Él me llamara así. Y a pesar de que en este momento lo odio como nunca antes, cada palabra de ese primer mensaje me parte el alma.

Fue agradable poder hablar con Él después de tanto tiempo. Sin presión, solo una conversación idiota, entre un par de idiotas en realidad. Discutir con Él.

Sus mensajes hacen ecos en mi cabeza, me atormentan y me llaman como un fantasma, dando vueltas y vueltas, golpeándose con las mismas paredes, realmente como un fantasma bruto.

Z realmente es fácil de odiar. Pero, si es tan fácil odiarlo, entonces ¿por qué sigo pensando que quizá, en algún momento todo cambie?

Muchas sensaciones han muerto desde la última vez que hablamos.

Una cosa que ya no me sucede casi en lo absoluto es esa sensación molesta en mi dedo índice de la mano izquierda cada vez que pienso en Él. Porque hace meses (muchos meses) afilando unos palos chinos para transformarlos en palos de pinchos, coloqué el cuchillo de forma errónea y ¡zas!, me corte casi por completo el nudillo superior de ese dedo. Creo que la

cortada meritaba puntos, pero el solo pensar en la escasez de medicamentos y suministros médicos en todas las clínicas de Caracas, y la certeza de la ladilla voz de mi papá quejándose por mi imprudencia, cuando el muy hijo de puta no mueve ni una paja para ayudar en la casa, y cuando mi madre le pidió que la llevara a comprar los putos palos de pinchos le salió con una grosería y se metió al cuarto a ver televisión. Bueno, pues me tragué las lágrimas que querían salir por el dolor. ¡Me podía ver el hueso!

Metí el dedo debajo del agua, mi madre me buscó el alcohol y con mi mejor cara de poker le dije que era solo una cortadita. Ni ella, ni mi hermana se atrevían a ver la cortada, porque les daba "cosa". Me limpié la herida y me puse una venda. Me obligué a ignorar el dolor punzante en mi dedo y seguí afilando los palos chinos.

La cortada tardó meses en curarse y poco a poco la cicatriz se ha ido disipando, ya no siento una presión dentro del dedo cada vez que flexiono ese nudillo y ya no molesta en lo absoluto. No hubo daño permanente de ningún tipo. Lo único que sucedió es que esa molestia que me atormentaba cada vez que pensaba en Él desapareció. Quizá me dañé algo dentro del nudillo o algo. Pero la verdad es que en cierta forma estoy agradecida. Era realmente molesto. Pero otra parte de mí extraña un poco esa sensación.

Palabra que empiece con "t" y termine con "o"... Tonto, tarado, toleto (esta la aprendí nueva). Puede que existan otras, pero esas son las que digo ahora en mi cabeza, cada vez que la otra expresión se apura a la punta de mi lengua sin razón alguna aparente.

Intento convencerme que es, no lo se, ¿costumbre quizá? O tal vez sea malcriadez por parte de una pequeña porción de mi memoria que se rehusa a olvidar. A olvidarlo a Él. A olvidar que por mucho que yo desee algo, simplemente ese algo no es.

Tenía curiosidad de averiguar por qué cambió sus planes de hacer su viaje por carretera hacia Buenos Aires; para ir a Tenerife en vez. Estaba molesta con él (sigo estándolo), pero saber que iba a estar cerca me hacía fantasear en las diferentes formas en que volvería a verlo. Nunca lo vi.

El día en que me enteré que estaba en la isla, fue una tarde que llegué a verme con un primo "El Peludo" (así le dicen, yo no le puse ese mote) que me ofreció empleo.

Al entrar a la cocina, su madre después de saludarme y preguntarme por

mi madre y mi hermana, me sorprendió diciéndome "¿Y viste a Z?". Me sostuve del mesón de la cocina, porque sentí que mi cuerpo dejó de funcionar, mis piernas querían dejarse caer en el suelo, no por la larga caminata que tomé de mi casa hasta la peluquería de mi tía, sino por el golpe de esa pregunta.

Mi mente trabajando a millón ¿por qué mi tía que no se sabe todo el drama me pregunta si lo he visto? Y luego una voz gritando en mi cabeza ¿Z está aquí?

"¿A Z?, ¿está aquí?" le respondí sintiendo que la cabeza me pitaba. "Ya no, se fue el domingo, estuvo aquí unos días y ya se regresó a Argentina". Me respondió mi tía tan rápido que me tomó un segundo asimilar. "No sabía que estuvo aquí. No, no lo vi" le respondí tratando de no sonar nerviosa o molesta.

Encima de toda la mierda de todos esos días, me entero que el muy idiota estuvo aquí, que tenía mi número de móvil nuevo, todas mis redes sociales y las de mi madre y ni un puto mensaje envió.

Fue en ese momento en que todas y cada una de las voces en mi cabeza dijeron al unísono "Ya. Suficiente. Basta."

No fue la última gota que derramó el vaso, fue que patearon el vaso, se derramó toda el agua y el vaso se rompió en miles de pedazos. Ya no hay agua que derramar. Y luego me entero que el muy mamito llamó a su madre para decirle que nosotras no lo quisimos ir a ver. Si no teníamos ni idea de que Él estaba aquí.

Él tenía todas las herramientas necesarias para hacernos saber que estaba aquí y decidió no usar ninguna.

No le creí ni una sola palabra cuando me lanzó la excusa infantil de "me dijeron que ustedes estaban en otra parte". ¡Tarúpido de mierda! (se me ocurrió otra). Puede que fuera sincero en todo ese asunto de que le deprimió ver a los abuelos viejitos y turulecos; ¿quién sabe, a lo mejor el tipo tiene su parte sensible?

Pero la excusa no me convenció en lo más mínimo, y cada vez que sonaba el tono de un mensaje nuevo de Él, en vez de sentir curiosidad o emoción, solo me daba fastidio, y me encontré murmurando insultos cada vez que escuchaba una notificación. Y el "Ass" que es como se me ocurrió llamarlo hace meses dejó de tener una connotación de molestia media y graciosa, a ser solo una molestia molesta (valga la redundancia).

Intento no tratar de sentirme tan hastiada o indiferente hacia la situación de molestia extrema por Z, es algo que no puedo dejar de sentir.

Quisiera saber qué es lo que quiere. Porque Él me hizo saber muy claramente que quería que me alejara. Pero, la forma en que estaba hablando conmigo, era como si nada hubiese pasado hace meses. Su maldita memoria selectiva, ignorando el hecho de que actuó como un hijo de puta de primera, y todo siguiese normal. Su habilidad para hacerme dejar de estar molesta con Él, esta vez no funcionó. No me sonreí idiotamente ni una sola vez.

Ya tengo la certeza de que no hay nada que buscar o esperar de Él. Ya todo lo que pude haber sentido por Él está menguando, y lo más seguro es que pronto ya no quede nada.

Y sin embargo, se que este tampoco es el final de nada, porque para bien o para mal. Z es familia.

¿Será que ya me terminé de desilusionar de Él de una buena vez?

Esta mierda de Z atrayéndome a su vida, para luego hacerme a un lado, es algo que ha estado haciendo desde que tengo uso de memoria. Y francamente ese día de Halloween (del año en el que hablábamos casi a diario) me sentí usada. Sentí que jugó conmigo. Tal vez estoy exagerando, tal vez tengo razón en sentirme así. Pero en verdad me gustaría saber qué demonios pasa por su cabeza. Tal vez debería ponerle más empeño a practicar la clarividencia. Puede que sea mi habilidad secreta, y aún no lo se.

Creo que sí estaba jugando conmigo, porque para qué decirme que aunque su tipo son blancas de cabello negro y liso, "las de castaño oscuro le estaban picando el ojo". El cabrón está "tocado" (otra nueva que aprendí que quiere decir loco), pero si vamos al caso, a ese club pertenecemos los dos, ambos estamos "tocados" de cierta forma.

No lo odio en realidad, hace meses si lo hacía, lo odiaba con locura. Ahora. Bueno, ahora siento algo de indiferencia. Me sigue chocando que lo quise en vano, que todo lo que fuimos por muy rústico en los bordes que haya sido todo, era algo que en verdad me hacía feliz.

¿Por qué no me dijo que estaba aquí? De todas las putadas que me ha hecho en su vida, esta tiene que ser la peor, o quizá la siento como la peor porque me la hizo a mí. Nadie es tan idiota o despistado como para "olvidar" que estábamos aquí a solo quince minutos de distancia, u olvidar que tenía mi nuevo número de móvil. Fue una decisión deliberada, ¿con qué intenciones lo hizo?, no tengo ni idea. Pero la pregunta me jode, y bastante.

Ir a visitar a la prima que no quiso nunca, la tía que Él mismo decía que era una gorda fastidiosa y maloliente, ver a unos primos que Él siempre corría

de su cuarto porque no los quería allí, que no soportaba (probablemente porque eran pequeños) pero ¡Vamos! No se puede ser tan cabrón. No decirnos nada. A mi me dolió un montón, enterarme que estuvo aquí y ni un puto mensaje me envió, tenía un gran potencial de hacer sacar lo peor de mi frente a personas que hasta el momento solo han hecho salir lo medianamente mejor de mí.

Después de cortar la conversación, puse música a un volumen alto mientras intentaba concentrarme completamente en la tarea frente a mí e ignorar todo lo relacionado a Z. Pero de a segundos me golpeaba y tenía que sacudir mi cabeza para deshacerme de todo lo que estaba sintiendo.

La caminata de regreso a casa, la cual es bastante larga, se me hizo más pesada de lo que realmente es. Las subidas me parecían más empinadas, la distancia parecía más larga, los tobillos me dolían y un grito estaba atravesado en mi garganta. La flor de cuarzo rosado contra mi pecho no ayudo mucho a "nivelar" mis emociones.

Todo el camino mi mente pasaba de "no le voy a decir a mi madre" a buscar una forma delicada de decirle a mi madre de que Z estuvo aquí y no la quiso ver a ella, pero a la gorda malintencionada si.

Finalmente al llegar a casa la decisión se tomó sola, cuando mi madre me preguntó ¿cómo te fue? Las palabras simplemente salieron. Mi madre estaba sosteniendo un paño de cocina naranja y estaba sonriendo al hacerme la pregunta y luego su expresión cambió, se tornó un poco demacrada, y empezó a limpiarse las manos con el pañito de cocina a pesar de que no tenía nada que limpiarse. A ella también le dolió semejante grosería.

Y si todas las voces en mi cabeza gritaron ¡suficiente! Entonces, ¿por qué se me derramaron un par de lágrimas cuando mi madre decidió que todo este drama era información pertinente a comunicar a mi tía?

Z tampoco es un partidazo como dice la tía, pero por alguna razón que no logro entender, su estúpida cara de talibán me hace trizas.

Creo que es mas bien voluntad de hacerme decir ¡basta!, que cualquier otra cosa. Porque el coñazo que me dio al venir aquí y no querer verme fue tan fuerte que no encuentro forma de entenderlo.

Si hubiésemos estado en Venezuela, tal vez lo habría entendido, es el lugar en el que crecimos, es técnicamente nuestro país natal, y Él solo fue a mi apartamento cuando éramos niños y aunque supiera la dirección; Él visitarnos a nosotros, era algo que nunca sucedía. Tal vez si ese hubiese sido el caso no

me habría golpeado tanto.

Pero, hacerlo aquí (Tenerife), un país en el que somos de alguna forma nuevas, un lugar diferente, en el que somos inmigrantes, y aún lo estamos haciendo nuestro hogar, hacernos ese tipo de desprecio, es simplemente incomprensible e imperdonable.

Y mucho más fuerte es la sensación de desprecio que siento, porque decidió ver a personas que tuvieron poco o ningún contacto con su vida. El mensaje que dejó ese rechazo fue claro: "me importas una mierda".

Quizá sea el ron el que está hablando en este momento, o quizá el ron está permitiéndome decir sinceramente, sin filtros o edición, exactamente lo que siento, lo que mi alma me está comunicando, y lo que yo necesito aceptar.

Desde hace unos años me he estado haciendo la pregunta "¿debería seguir, o debería rendirme?" y esto. Bueno... esto me está dando una respuesta muy clara para una pregunta muy clara. El asunto, el delicado y molesto asunto que hay que entender, es que aceptar esa respuesta no es algo que se acepta de la noche a la mañana, es algo que toma tiempo.

Aceptar la realidad y olvidar los sueños, todo aquello que se quería y soñaba es algo muy difícil y doloroso de lograr. Como dice la pana Katie, éramos solo un un sueño irrealista. Empezó como un sueño, y permaneció como tal, sin cambiar su estatus.

Y ahora, ahora me encuentro deseando que el agua se lleve mis recuerdos, cuando hasta hace no mucho no quería desprenderme de ellos. Quiero deshacerme de todo aquello que me haga pensar en Él, soñar con Él en las noches (algo que no he podido dejar de hacer). Quiero obligarme a olvidarlo, y creo que estoy teniendo éxito en la tarea.

"Timing and geography" es la expresión que últimamente se me viene a la cabeza.

Tiempo, momento, la hora, el minuto exacto.

Geografía, que siempre parece alargarse a miles de kilómetros de distancia, a pesar de ser a veces solo un par de metros.

Estaba a solo una cuadra de distancia, y no me enteré. Por días pude sentirlo cerca de alguna forma, sentía que si solo estiraba mis manos solo un poco lo podía alcanzar. En las noches no podía evitar decirle buenas noches al viento, esperando que de alguna forma lo alcanzara.

Pero nada de eso importa, nada de lo que yo quiera (respecto a esto) realmente importa.

Mi nueva cama se ha acostumbrado a mi ya. Ya me permite soñar más libremente, ya me permite sumergirme en mi mundo. Ya me permite verlo. Ya me permite mentirme con la idea de que posiblemente aún no es tarde.

La marca del sol en mi piel ha permanecido cubierta por mucho tiempo, escondiéndose incluso de mis propios ojos. Pero el clima ya me permite mostrarla una vez más.

El torbellino de emociones que suele arremolinarse en mi pecho cada vez que me acuerdo de Él, no ha atrevido a manifestarse.

Ya mis dedos no me gritan por escribirle. Porque la voz que nació en mi cabeza después de las últimas palabras que nos dijimos, ya no es agresiva, sino un recordatorio amigable. "A Él no le importa".

Mis noches de insomnio a veces se tornan tormentosas, recordando esas palabras, y la forma en que me hicieron sentir. Inadecuada, insuficiente, poco atractiva, defectuosa. Realmente me jodió el cerebro.

Podría disculparme. Tal vez debería disculparme por desaparecer esa primera vez, por permitirle alejarme. Disculparme por adentrarme en mi papel de víctima, y no tomar la decisión de acercarme y buscar solucionarlo todo, pero me escudo en una excusa similar a la que Él usó: "Era una chama. No sabía nada".

Podría disculparme por tardarme tanto en encontrar el valor de contactarlo otra vez. Disculparme por todos los insultos que le dije, desde los más pequeños hasta los más largos. Disculparme por escribir este maldito libro, fue algo muy cruel. Disculparme por todos los insultos que le dije esa última vez que hablamos, por hacerme la víctima otra vez, por actuar como una loca histérica. Pero no lo haré. Al igual que Él no se disculpará por todas las cosas que dijo, por la forma en que me hizo sentir.

Por lo que si debería pedir disculpas es por permitirme creer que no era tarde. Pero esa disculpa me la debo a mi misma. Y creo que nunca me disculparé por eso. Porque a pesar de que en mi mente me ha dado por llamarlo de la forma en que lo hacía cada vez que me molestaba con Él, sigo considerándolo mi hogar. Ese hogar que se prendió en fuego y luego se inundó. Ese hogar que ya no existe.

En realidad no lo necesito para continuar con mi vida, nunca lo he necesitado. Me hice la promesa hace muchos años de que nunca detendría mi vida por Él. Y he cumplido esa promesa. Pero cómo detesto poder vivir sin él.

No lo necesito para seguir con mi vida, pero quisiera no tener que hacerlo. Quisiera poder verlo y olvidar todo lo malo, olvidar todas las discusiones, todos las malas palabras que nos dijimos, las putadas que nos hemos hecho. Pero esa es la fantasía más ridícula de todas.

El vínculo que nos unía se deshizo. Y aunque Él tenga una epifanía y se le ocurra disculparse por la forma de mierda en que me hizo sentir, y aunque yo lo perdone (porque creo que hasta le disculparía intento de asesinato), ya mucha mierda ha pasado, mucho daño ha sido causado.

La camaradería que nos teníamos y que aún tenemos, no es suficiente.
Amarlo no es suficiente.

Hace unos días, mientras me dedicaba fervientemente a escribir una historia en la que he estado trabajando por años, mi madre tocó a la puerta de mi cuarto con la extraña frase "Z te envió un mensaje".

Mi móvil está en coma desde hace unos meses y no hay presupuesto para uno nuevo, por lo tanto comparto móvil con mi madre, es algo relativamente incómodo, pero como tengo meses en modo "ermitaño" nadie me escribe porque yo no le escribo a nadie (no tengo ganas de nadie).

Me levanté de mi incómoda cama que me tiene jodida la pierna izquierda por todos los resortes que me clavo al intentar dormir; y me fui a la ventana de la sala que es uno de los tres lugares estratégicos en los que el móvil tiene señal dentro de esta montaña, y antes de ver el mensaje decidí irme al patio que es otro de los puntos estratégicos en los que el móvil agarra señal.

Noté en el tono del mensaje, que Z lo reescribió varias veces antes de enviarlo (que putada entenderlo cuando ya se que no lo tengo, y que quizá nunca lo tenga). Por un segundo al ver el texto del mensaje mi cerebro le cambió la identidad por la de un viejo con quien estuve unos años. Z en vez de escribir mi nombre, escribió un pronombre con el que "el Viejo" solía llamarme, cuando quería decir mi nombre pero le daba "pena" (el diablo sabrá por qué).

En vez de sentirme nerviosa o ilusionada de que Él me escribiera, el cuello me empezó a picar, manifestación de "me siento incómoda". Me sorprendí al darme cuenta que NO quería hablar con Z, y fui un poco cortante al principio, intenté ser mi usual yo con Él, pero me pareció un poco hipócrita, y a pesar de que hubo un intercambio de fotos del paisaje cerca de ambos, la conversación la corté rápido y me regresé a mi trabajo anterior.

Sin embargo, unas horas después mientras veía televisión, la personalidad curiosa en mi mente me obligó a preguntarle por la razón atípica de su mensaje. La apatía de horas antes se transformó en rabia cuando me dijo que había visto en la calle a una mujer que le recordó a mi, lo que me hizo recordar la vez que me dijo que "había visto una niña con mis ojos, mi mirada"; y luego me envió una condenada canción bastante extraña; sigo sin estar segura de si esa canción era una indirecta o Él solo siendo un despistado idiota.

De verdad quise darle una buena cachetada en ese momento, y al igual que en la tarde corté la conversación rápido. No podía dejar de pensar que un par de meses antes Él estuvo a solo una cuadra de dónde yo estaba viviendo y no tuvo ninguna intención de verme o de enviarme un mensaje.

En Irlanda hay un viejo dicho que dice: "Que obtengamos lo que queremos y no lo que nos merecemos" eso es precisamente lo que se me viene a la cabeza cuando pienso que lo que yo quería (aún quiero) era a Z.

Cuando yo tenía unos once o doce años, descubrí el amor por la lectura, empezó una tarde de aburrimiento en la casa de mi abuela paterna, a la que mi papá me obligaba a ir todos los fines de semana en los que no estábamos en Todasana. Una tarde estaba tan aburrida de escuchar las mismas conversaciones aburridas de mis tías, y al llegar a la dolorosa conclusión que en la televisión no estaban dando nada bueno o interesante, me volteé hacia la biblioteca a la derecha del diván en el que estaba sentada en el pequeño salón con el televisor. Primero observé los libros en el escalón justo frente a mi, entre los títulos estaban "El Rey Arturo y la Espada Mágica", "El Rojo y el Negro", una colección entera de pequeños libros de solapa azul sobre la historia de Roma (de la cuál solo me pude robar dos libros), y una serie de pequeños libros de solapa marrón en el que estaban todas las más famosas historias épicas de amor. Esos libros fueron los primeros que leí en las tardes de aburrimiento en la casa de mi abuela.

Aún recuerdo el aroma a libro viejo que salía de todos los libros de esa biblioteca, y el picor que me daba en los brazos por la alergia causada por el polvo y las bacterias de papel en descomposición de esos mismos libros (el picor valía la pena).

Me leí todas las historias trágicas y amorosas de las Reinas más famosas de la historia, y la historia más jodida de todas "Romeo y Julieta" para luego pasar al libro que considero uno de mis favoritos, "El Rojo y el Negro" (casi

me lo robo, pero me daba pena). Esos fueron los libros de los que me enamoré, y recuerdo pensar que yo quería una historia de amor como esa.

Las primeras historias que escribí las empecé después de iniciar mis sesiones de lectura en la casa de mi abuela. Todas las escribí en mi vieja computadora. Esa computadora era muy vieja, creo que tenía veinte años de antigüedad cuando la heredé de una de mis tías, el CPU era enorme, y la pantalla tenía más culo que pantalla. Todas esas historias las perdí (tampoco eran muy buenas, pero sirvieron como práctica), unas las borré y otras desaparecieron en cada una de las veces en las que el disco duro colapsó, porque era muy viejo, ya que ni Internet tenía en ese entonces porque mi papá decía que era "muy costoso" (no lo era, realmente no lo era). Fueron muchas las tonterías que escribí, deseando tener esa "Gran Historia de Amor Épico". Y luego, unos años después, me di tremendo golpe en la cabeza al darme cuenta de que estaba enamorada del idiota de mi primo gordito.

Una noche hace muchos años después de enterarme de mis sentimientos por Él, me desvelé una noche viendo la película "Romeo y Julieta" estelarizada por el joven Leo, a pesar de que yo sabía que debía acostarme a dormir temprano porque a la mañana siguiente tenía que levantarme de madrugada para ir a Todasana por la ruta larga, porque mi papá estaba empeñado en que todos debíamos ir a ver cómo estaba la casa después del famoso deslave del 99. Me acosté a dormir en la madrugada y recuerdo que esa noche soñé con Él, esa clase de sueños molestos provocados por un sueño estresante porque no terminas nunca de dormir por completo. Un par de horas después y me levantaron para salir.

Durante el camino hacia Todasana, mi mente cansada por no dormir bien me hacía revivir escenas de la película (las partes tristes más que todo) y luego pasaba a mis molestos sueños. La frase de la película que más se repetía en mi cabeza en el trayecto era "Nos vemos al despuntar el día." Y cada vez que esa frase se repetía en mi cabeza clavaba mis uñas en mis brazos o en mis muslos para evitar llorar (a parte de ir incómoda en la camioneta Pic-Up ochentosa de mi papá en la que estábamos cuatro personas apretujadas). Al despuntar el día frente a mi, el cielo mostrando una gama de colores rosados, lilas, naranjas y amarillos; una molesta lágrima se asomó en mi lagrimal, ¿por qué?, porque el camino largo hacia Todasana, es el mismo camino regular hacia Paparo, pero sin tomar el último desvío en la estación de gasolina, y justo estaba pasando junto a la puta estación de gasolina; todo mi cuerpo

deseaba ir era a Paparo no a la aburrida Todasana en la que como la mar estaba brava no iba a poder ni mojarme los tobillos en la playa, y a parte no había electricidad.

Al llegar a Todasana, la casa estaba bien, unos cuantos metros cuadrados medos de terreno, a causa de la crecida del río y de las mareas altas, pero relativamente todo en orden. Y si me pude mojar más que los tobillos en el mar.

Para evitar mis arrebatos de tragedia, me empecé a refugiar sobre una roca no tan alta, a la orilla del mar, allí me senté varios días, bajo el cielo gris, y bajo la lluvia, a pensar y a desear.

Siempre hay que tener cuidado con lo que se lanza al universo, tener cuidado al decir "yo quiero", porque el universo siempre escucha y muchas veces otorga lo que se le pide. A pesar de que lo quería a Él, varios años antes de siquiera saber que lo quería era a Z, quise una estúpida "historia de amor épica" y eso fue exactamente lo que obtuve. Obtuve una historia que tuvo, amor, traición, rabia, odio y una forma de tragedia.

Lo quise, luché para tenerlo y perdí. No creo ya que valga la pena seguir luchando por algo que vez tras vez termina en fracaso.

Obtuve lo que quise, no lo que me merecía.

SANGRE CRUZADA

GEMELOS

Un laberinto de emociones, discusiones, secretos y sangre. Cora Raven-Phis una adolescente de un pequeño condado, cae perdidamente enamorada de Adam Lindworm, el hermano de su mejor amiga y por si fuera poco el novio de su hermana. Gracias a las crueles jugadas del destino son incapaces de mantenerse muy lejos el uno del otro, sin sentir que van a perder la razón.

Cora no se siente como una típica adolescente y actúa como una mujer en vez de una niña, mientras Adam tiene que luchar con sus propios demonios, y aceptar que lo que siente por ella no es antinatural.

Influidos por sus sentidos primitivos, forzándolos a mantenerse juntos y a separarse constantemente, pero debido a su naturaleza impulsiva no pueden retener sus instintos carnales, y su ávido deseo de consumir la sangre el uno del otro.

Table of Contents

Contents

Título

Copyright

Dedicación

Nota Marginal

Preludio

Capítulo Uno Caluroso Plenilunio

Capítulo Dos En Algún Lugar de los 80 y los 90

Capítulo Tres Onceavo

Capítulo Cuatro El inicio de una Obsesión

Capítulo Cinco Tiempo sin tiempo

Capítulo Seis Ataques de Lujuria Reprimidos

Capítulo Siete Declive y Caída en el Falso Olvido

Capítulo Ocho Cartas sin Orden

Capítulo Nueve El Demonio

Capítulo Diez Soñando con Z

Capítulo Once El Oscuro Capítulo de mi Vida

Capítulo Doce Encuentro Fallido

Capítulo Trece Febrero

Capítulo Catorce Recuerda el Agua

Capítulo Quince Despecho

Capítulo Dieciséis La Canción de Kenny

Capítulo Diecisiete Tripolar

Epílogo

OTROS LIBROS DE JESSICA MACHADO